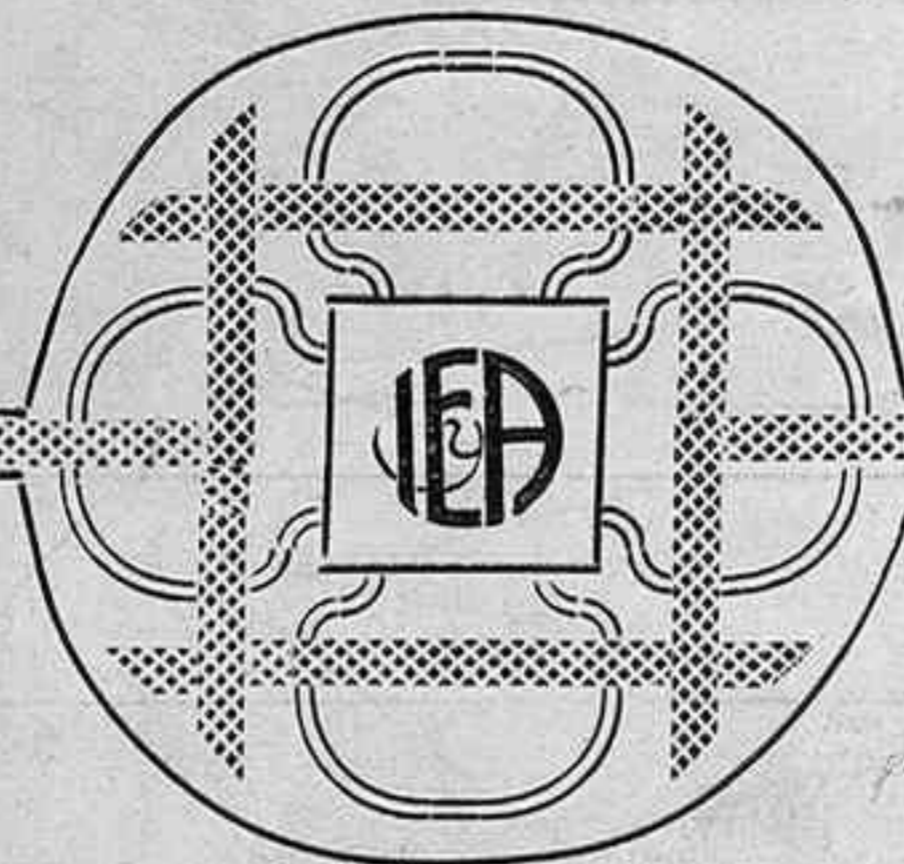


# LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA

REVISTA DE BELLAS ARTES,  
LITERATURA Y ACTUALIDADES

:: SE PUBLICA LOS DÍAS ::  
8, 15, 22 Y 30 DE CADA MES



AÑO LVIII

AÑO LVIII

## PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

### EN MADRID

Un año. . . . . 35 pesetas.  
Seis meses. . . . . 18 »  
Tres meses. . . . . 10 »

### PROVINCIAS

Un año. . . . . 40 pesetas.  
Seis meses. . . . . 21 »  
Tres meses. . . . . 11 »

En PORTUGAL rigen los mismos precios, á razón de 180 reis por peseta.

### DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año. . . . . 50 francos.  
Seis meses. . . . . 26 »  
Tres meses. . . . . 14 »

### AGENCIAS DE LA EMPRESA EN AMÉRICA Y ASIA

(Pagaderos en oro por anticipado.)

Un año. . . . . 60 francos.  
Seis meses. . . . . 35 »

Los Sres. Agentes de esta Empresa, en América, quedan autorizados para fijar el importe que, en la moneda circulante en cada país, equivalga á los expresados precios, atendiendo al coste de las letras sobre Europa.

EN los días 8, 15, 22 y 30 de cada mes aparece un número de 16 páginas, muchas de ellas con selectos grabados, reproduciendo los sucesos de interés general, cuadros notables de todas las escuelas, monumentos arquitectónicos antiguos ó modernos, retratos de los personajes de reconocida notoriedad, etcétera. La sección literaria, confiada á los más distinguidos escritores, contribuye de manera eficaz á hacer de esta publicación una verdadera enciclopedia de nuestra época. Cuando la abundancia ó el interés de los asuntos artísticos ó de actualidad lo reclama, se distribuyen Suplementos, gratis para los Sres. Suscriptores.

Á las personas que deseen conocer esta publicación se les facilita número de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

**Administración: Preciados, 46, Madrid.**

# LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



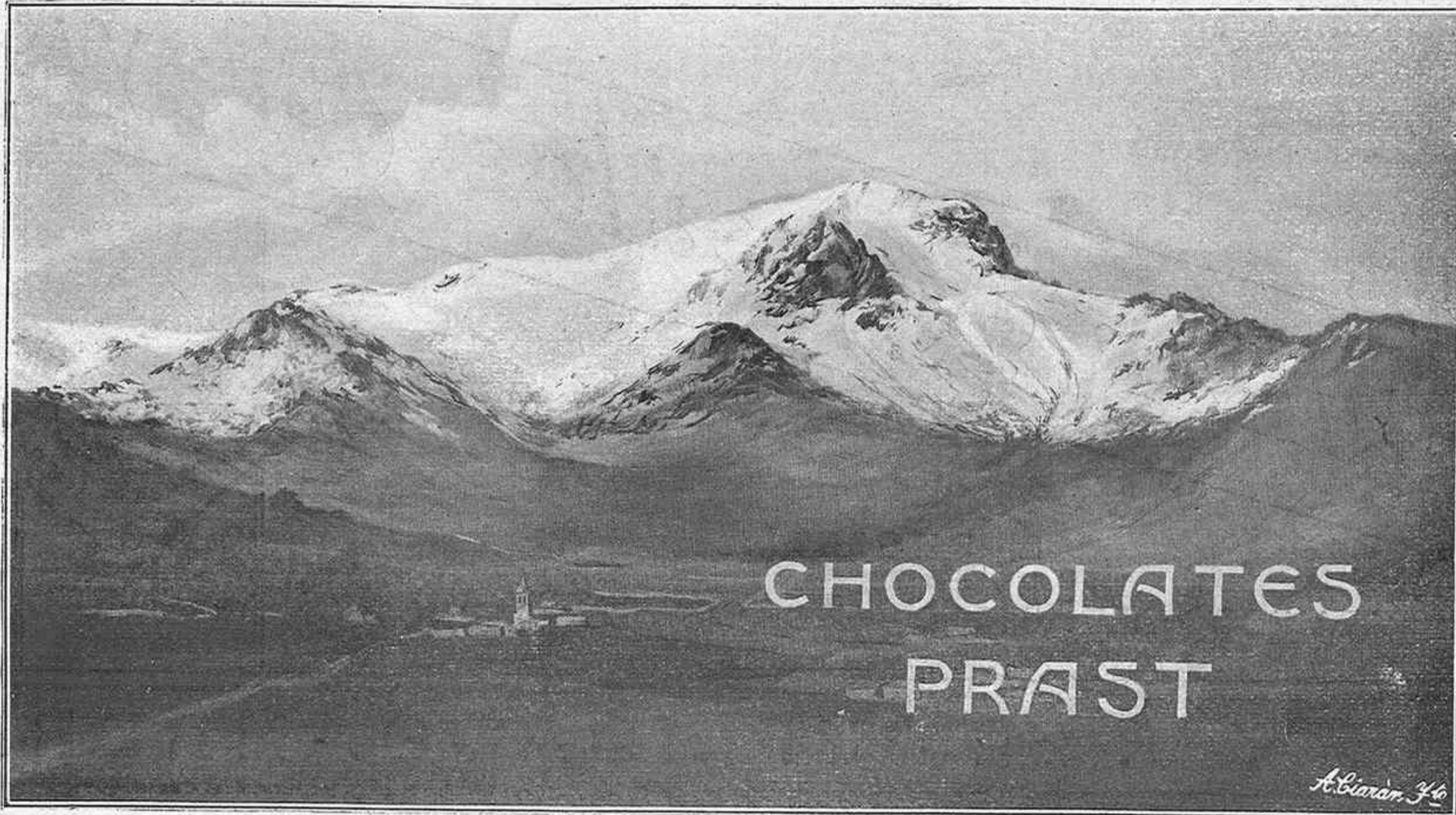
DESENCANTO

Escultura de Miguel Blay.

B

11136

*Carlos Prast y H<sup>nos</sup>*



CHOCOLATES  
PRAST

*A. Barón. Fe.*

MAZAPANES, TURRONES,

CONSERVAS DE FRUTAS,

BOMBONES, CAMELOS,

VINOS VIEJOS,

CESTAS SURTIDAS

PARA REGALOS,

PORCELANAS Y BRONCES

*Arenal, 8, Madrid.*

TELÉFONO 283.

*Arenal, 8, Madrid.*

TELÉFONO 283.



ABANICOS, SOMBRILLAS,  
PARAGUAS  
Y BASTONES

*Julían González Frayle*

Sucesor de SERRA

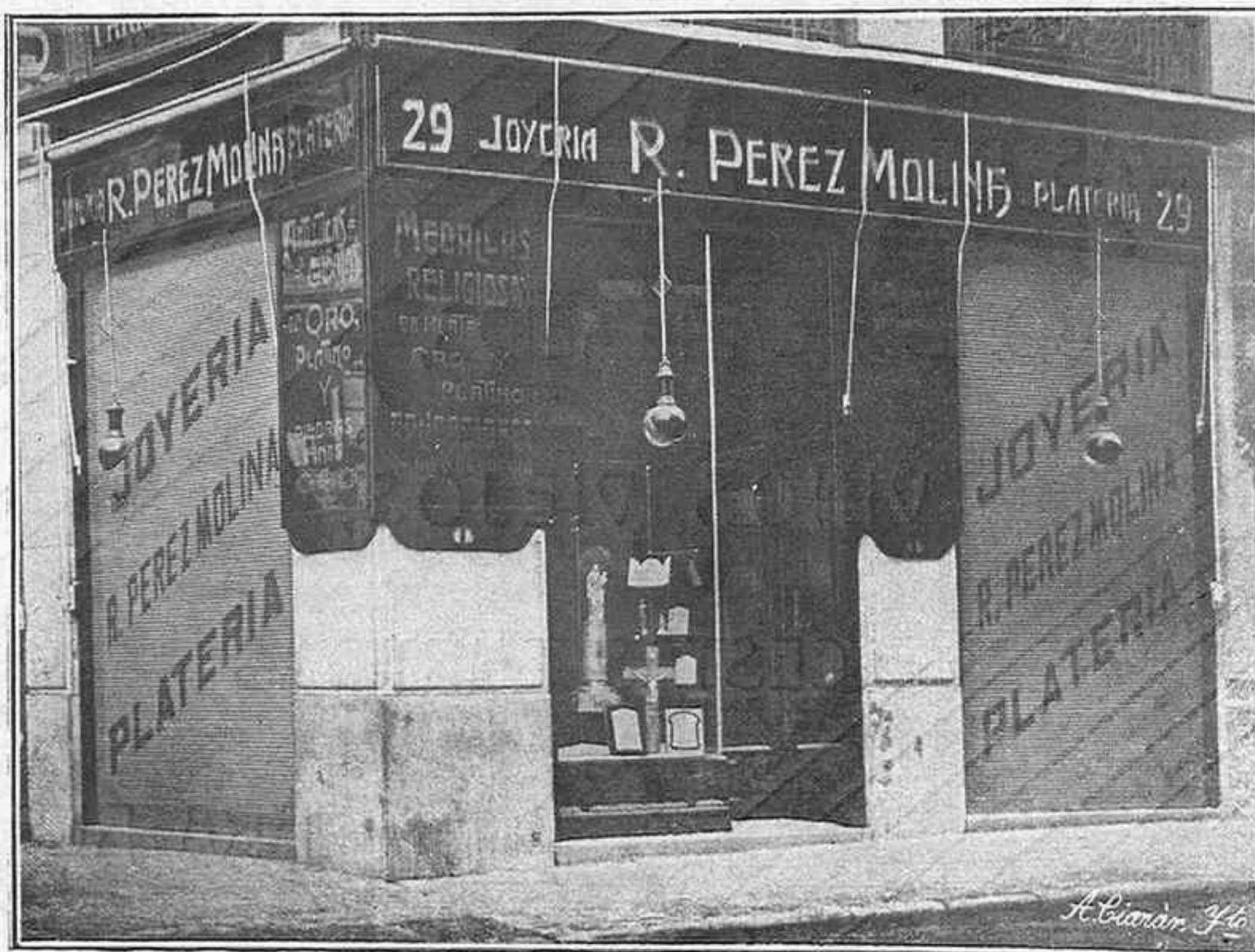


ESPECIALIDAD EN  
ABANICOS ARTÍSTICOS ANTIGUOS Y MODERNOS

**ARENAL, 22 DUPLICADO.-MADRID**

*Joyería.* R. PÉREZ MOLINA *Platería.*

☞ ☞ Variedad en alhajas del mejor gusto artístico.-Objetos de plata para ☞ ☞ regalos. ☞ ☞



☞ Casa especial en medallas religiosas de plata, oro y platino, enriquecidas con fina pedrería.

☞ ☞ Especialidad en medallas-escapulario de oro y plata, cálices y copones. ☞

☞ ☞ Crucifijos é imágenes para Oratorios. ☞ ☞

:: Esta Casa recuerda á su distinguida y numerosa clientela, que se ha trasladado á la acera de enfrente de la misma calle,

**Carrera de San Jerónimo, 29.-Madrid.**

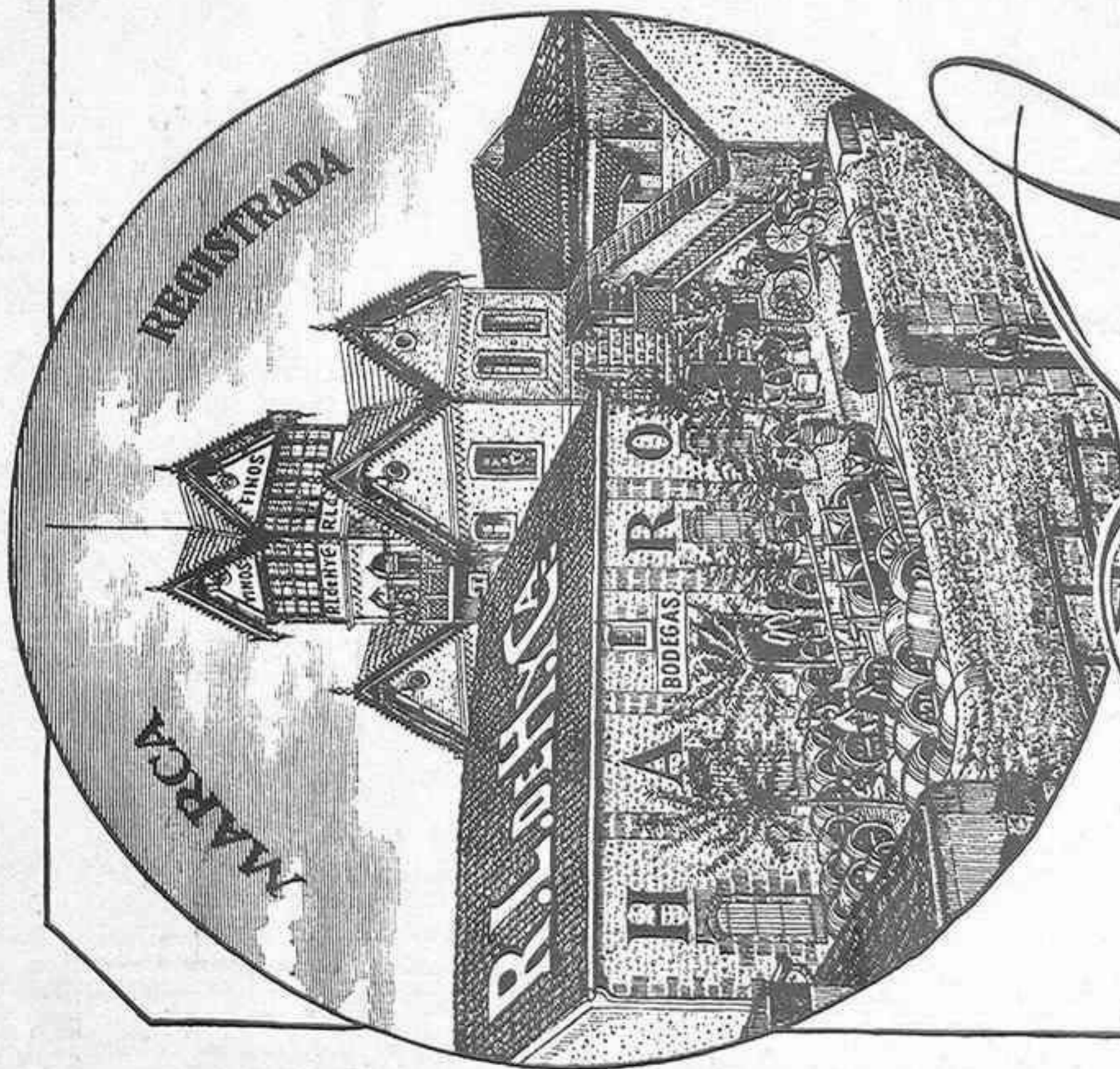
*Perfumeria Inglesa.*

*La mejor surtida en productos extranjeros garantizados.*



*3. Carrera de San Jerónimo, 3.- Madrid.*





VINOS FINOS

*Superior de*  
*Crecedia y*  
*da*

HARO-RIOJA

*Domicilio Comercial y Depósito Central*

**MADRID.**

G. & D. Mod. 5.

**PIDANSE EN TODAS PARTES**

ALMANAQUE DE  
LA ILUSTRACIÓN  
ESPAÑOLA Y AMERICANA

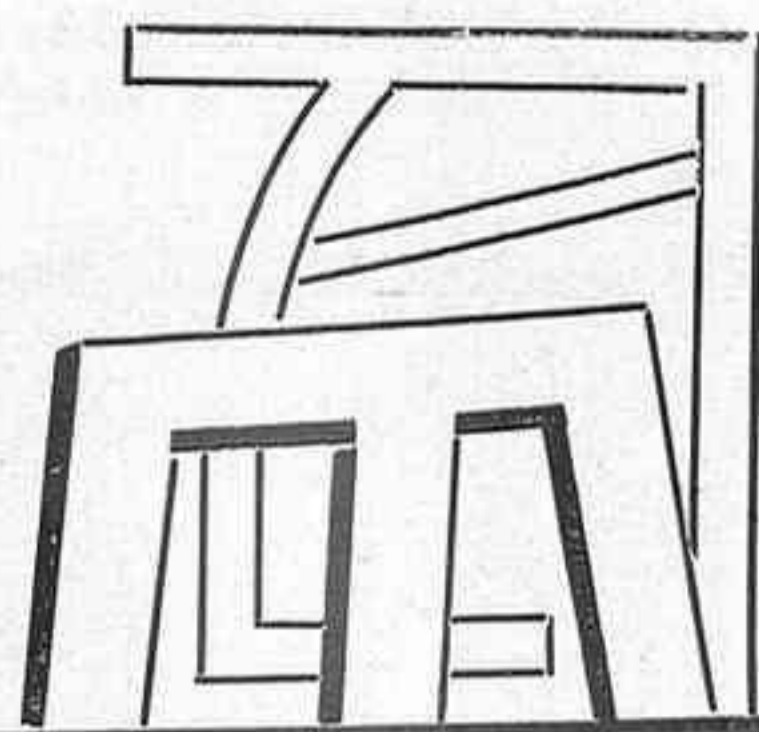
PARA EL AÑO 1914

CONTAMINACIÓN  
DEL AMBIENTE



AÑO XLI

B  
11196



# LA MANAQUE

DE

## LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA

PARA

DIRIGIDO Y COMPUESTO  
POR

D. ANTONIO GARRIDO

CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

Ácebal (D. Francisco), Alvarez Quintero (D. Serafín y D. Joaquín).

Blanco-Belmonte (D. M. R.).

Cánovas y Vallejo (D. José), Casero (D. Antonio), Cavestany (D. Juan Antonio), Clarán (D. Alfonso), Cuenca (D. Carlos Luis de).

Díez de Tejada (D. Vicente).

Espí (D. Manuel).

Félez (D. Mariano), Francés (D. José),

García (D. M. J.), Gil (D. Rodolfo).

Íñigo (D. Carlos).

Jackson Veyán (D. José), *Jean*.

Lacoste (D. J.), Larrubiera (D. Alejandro).

Manero (Fr. E.), Miranda (D. Carlos), Moreno (D. Mariano).

Pardo Bazán (Condesa de), Pedrero (D. Mariano), Pérez (D. Alonso), Pérez Zúñiga (don Juan), Puente (D. J. G. de la).

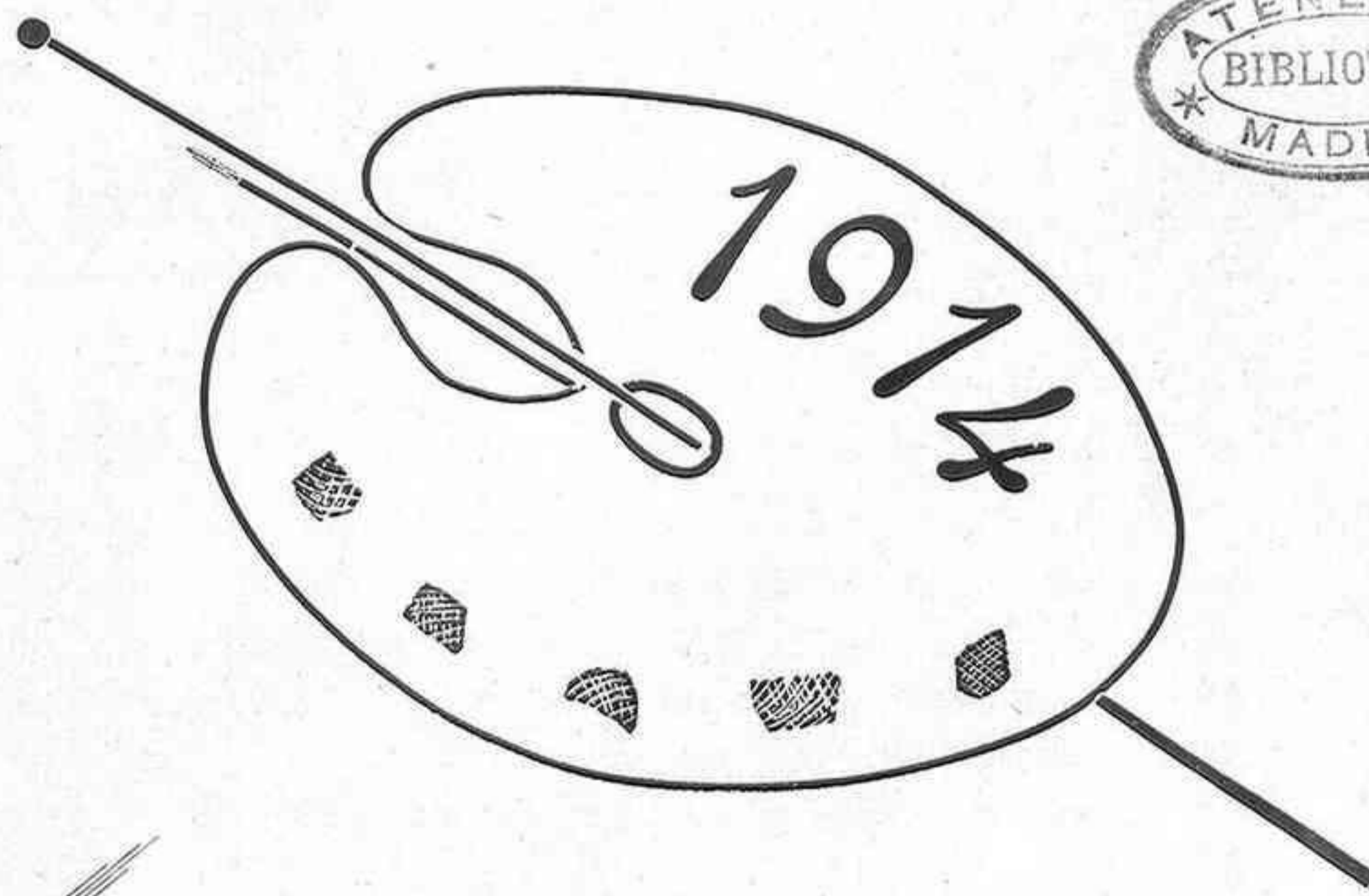
Répide (D. Pedro de), Rivero (D. Ricardo del).

Sánchez Gerona (D. José).

Ugarte (D. Javier).

Vázquez (D. Carlos), Vera (D. Vicente), Villena (D. Manuel).

Zamacois (D. Eduardo).



MADRID, 1913.—Est. Tipográfico

"Sucesores de Rivadeneira".

BOLETA

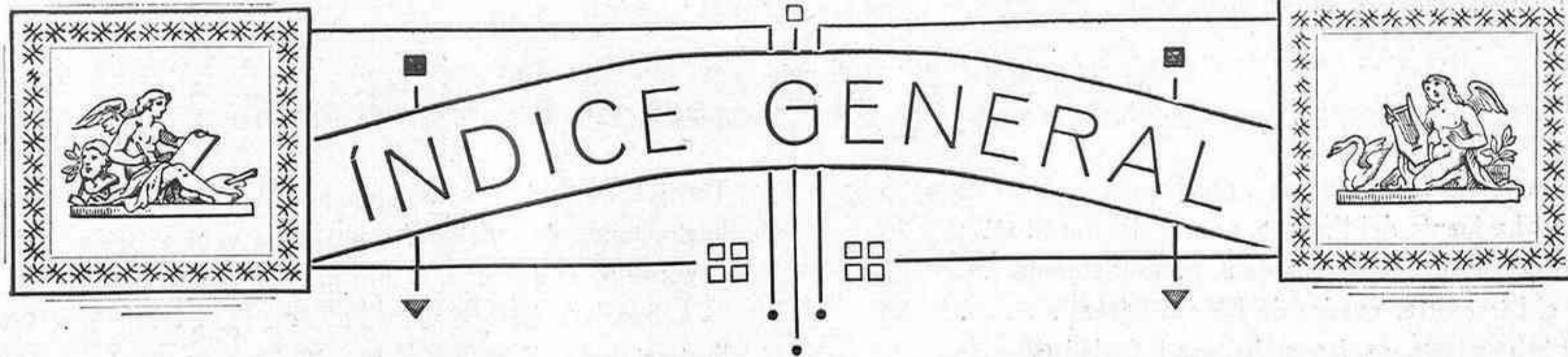
LA ILUSTRACION

ESPAÑOLA Y AMERICANA

PARA



ES PROPIEDAD  
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY



## — [ ] TEXTO —

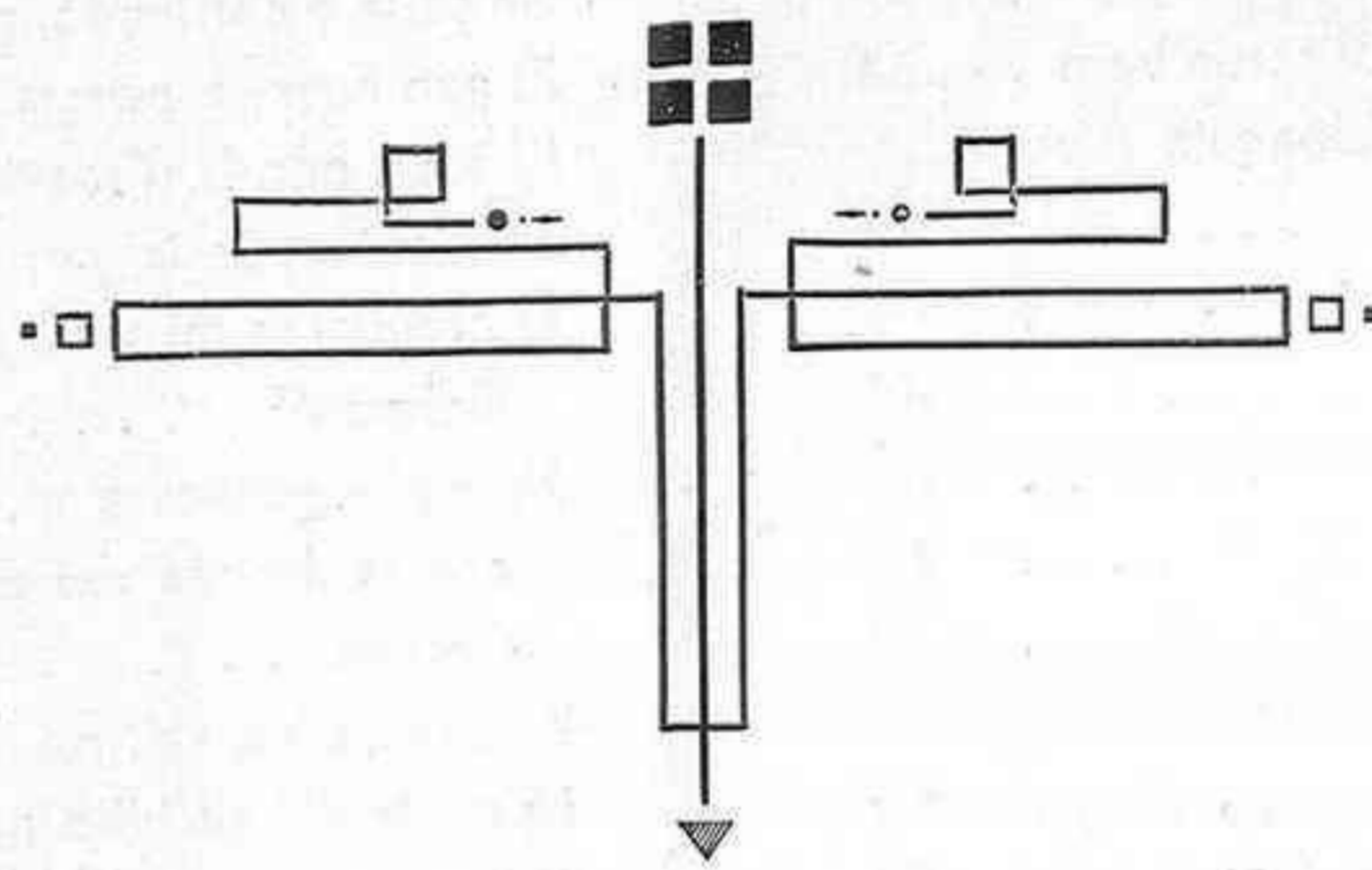
Páginas.	[ ]	Páginas.
Año religioso, por D. M. J. G. . . . . .		Acuarium carnavalesco, poesía, por D. Juan Pérez Zúñiga . . . . .
Anuncios astronómicos, por D. Manuel Villena. . .		La senda, por D. Pedro de Répide. . . . .
Santoral . . . . .		De prisa y corriendo, por D. Carlos Luis de Cuenca. . . . .
¡Vida nueva!, poesía, por D. José Jackson Veyán . .		El pan nuestro, poesía, por D. Carlos Miranda. . . . .
Agonía y muerte de la Tierra, por D. Vicente Vera .		El ama, por D. Francisco Acebal. . . . .
Abanicos, poesía, por D. Serafín y D. Joaquín Álvarez Quintero . . . . .		Tormenta, poesía, por D. Antonio Casero. . . . .
La penúltima voluntad, por D. José Cánovas y Vallejo . . . . .		El orgullo de mi vida, poesía, por D. M. R. Blanco-Belmonte. . . . .
Pacita no se casa, por D. José Francés. . . . .		Artimaña gitanesca y el avisado consejo, ó dar con la horma del zapato, por D. José Sánchez Gerona. . . . .
Eterna ley, por La Condesa de Pardo Bazán . . . .		Primavera, poesía, por D. Javier Ugarte. . . . .
El sueño de Nico, por D. Alejandro Larrubiera. . . .		La punta del cuchillo, por D. Vicente Díez de Tejada. . . . .
La cuna vacía, poesía, por D. Juan Antonio Castany . . . . .		Mirtos, poesía, por D. Rodolfo Gil. . . . .
Intimidaciones teatrales, por D. Eduardo Zamacois. .		

## — [ ] GRABADOS —

Páginas.	[ ]	Páginas.
Alegoría, por Jean . . . . .		Primeras confidencias, fotografía. . . . .
Santoral.—Cuadros y retratos de Juan Bautista Mayno, El Greco, Zurbarán, Velázquez, Bayeu, Claudio Coello, Juan de Juanes, Goya, Alonso Cano, Murillo, Valdés, Leal y Ribera; ilustraciones, por José Sánchez Gerona . . . . .		Primavera, cuadro de Zaska. . . . .
El amanecer, por Mariano Félez. . . . .		Segovia: La Hontanilla, por Mariano Pedrero. . . . .
Disidentes, cuadro de A. Weczeric. . . . .		El corazón es siempre joven, cuadro de Perfoglio. . . . .
El día, por Mariano Félez. . . . .		Coloquio amoroso y La comba, cuadros de Emilio Sala . . . . .
		No hay rosa sin espinas, cuadro de Carlos Vázquez . . . . .
		El anochecer, por Mariano Félez. . . . .

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACIÓN

	Páginas.	□□ □□		Páginas.
Ilustraciones de "La senda", por Espí. . . . .	73 y 75	↓	Torrijos: Patio de casa antigua, por M. Pedrero. . .	92
Ávila: La fuente del Pradillo, por M. Pedrero . . . . .	76		Ilustraciones de "Artimaña gitanesca y el avisado consejo, ó dar con la horma del zapato", por J. Sánchez Gerona . . . . .	93 y 95
Paisaje nevado, fotografía de J. G. de la Puente. . . . .	79		Ilustración de "Primavera", por M. Pedrero. . . . .	96
En el Directorio, cuadro de Alonso Pérez . . . . .	80		Galantería y discreción, cuadro de Alonso Pérez. . .	97
El Ebro en Reinosa, fotografía, por J. G. de la Puente	81		Paisaje montaños, fotografía de J. G. de la Puente. .	98
Ilustraciones de "El pan nuestro", por Pedrero. . . . .	82 y 83		En el baño, fotografía. . . . .	99
La noche, por Mariano Félez. . . . .	84		Viñetas varias . . . . .	55 y 83
Ilustración de "Tormenta", por Pedrero. . . . .	89			
Estudio de luz, fotografía de Carlos Íñigo. . . . .	90			



# PRELIMINARES

## AÑO RELIGIOSO

### CÓMPUTO ECLESIASTICO

Áureo número. . . . .	15	Indicción romana. . . . .	XII
Epacta . . . . .	III	Letra dominical. . . . .	D
Ciclo solar. . . . .	19	Letra del Martirologio romano. . . . .	C

### FIESTAS MOVIBLES

Dulcísimo Nombre de Jesús. . . . .	18 de Enero.
La Sacra Familia. . . . .	25 de Enero.
Septuagésima. . . . .	8 de Febrero.
Sexagésima. . . . .	15 de Febrero.
Quincuagésima. . . . .	22 de Febrero.
Miércoles de Ceniza. . . . .	25 de Febrero.
Pascua de Resurrección. . . . .	12 de Abril.
El Patrocinio de San José. . . . .	3 de Mayo.
Letanías. . . . .	13, 19 y 20 de Mayo.
Ascensión del Señor. . . . .	21 de Mayo.
Pascua de Pentecostés. . . . .	31 de Mayo.
La Santísima Trinidad. . . . .	7 de Junio.
Sanctissimum Corpus Christi. . . . .	11 de Junio.
Sacratísimo Corazón de Jesús. . . . .	19 de Junio.
Purísimo Corazón de María. . . . .	21 de Junio.
La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. . . . .	5 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora. . . . .	16 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario. . . . .	4 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora. . . . .	8 de Novbre.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento. . . . .	25.
Adviento (Primer domingo de). . . . .	29 de Novbre.

### TÉMPORAS

I.—El 4, 6 y 7 de Marzo.	III.—El 16, 18 y 19 de Sepbre.
II.—El 3, 5 y 6 de unio.	IV.—El 16, 18 y 19 de Dicbre.

### DÍAS DE AYUNO

Todos los de *Cuaresma*, excepto los domingos.  
 Los viernes y sábados de *Adviento*; advirtiéndose que cuando la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* cae en viernes ó en sábado, se anticipa el ayuno al jueves inmediato.  
 La vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne).  
*Miércoles, viernes y sábado* de cada una de las cuatro *Témporas*.  
 Vigilia de *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne).  
 Vigilia del apóstol *Santiago*.  
 Vigilia de la *Asunción de Ntra. Señora* (con abstinencia de carne).  
 Vigilia de *Todos los Santos*.  
 Vigilia de *Navidad* (con abstinencia de carne).

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la *Cuaresma*, ni aun los domingos.  
 Debe renovarse la *bula* todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven *deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los domingos de Cuaresma y todos los viernes del año*.

### VELACIONES

Se abren el 7 de Enero y el 23 de Abril, y se cierran, respectivamente, el 24 de Febrero y el 28 de Noviembre.

### DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA

El 8 de Febrero; el 3, 14, 15 y 22 de Marzo; el 3, 4 y 15 de Abril, y el 4 y 6 de Junio.

## ANUNCIOS ASTRONÓMICOS

que deben insertarse en los calendarios de Castilla la Nueva, correspondientes al año 1914.

### POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID

LONGITUD.. 0<sup>h</sup> 14<sup>m</sup> 45<sup>s</sup>,09 al O. de Greenwich.  
 LATITUD... 40° 24' 29",7 N.

### ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODÍACO

20 de Enero, <i>Acuario</i> .	23 de Julio, <i>Leo</i> .—Cáncula.
19 de Febrero, <i>Piscis</i> .	23 de Agosto, <i>Virgo</i> .
21 de Marzo, <i>Aries</i> .—Primavera.	23 de Sepbre., <i>Libra</i> .—Otoño.
20 de Abril, <i>Tauro</i> .	24 de Octubre, <i>Escorpio</i> .
21 de Mayo, <i>Géminis</i> .	23 de Noviembre, <i>Sagitario</i> .
22 de Junio, <i>Cáncer</i> .—Estío.	22 de Dic., <i>Capricornio</i> .—Invierno.

### CUATRO ESTACIONES

PRIMAVERA.—Entra el 21 de Marzo á las 11 horas 11 minutos.  
 ESTÍO.—Entra el 22 de Junio á las 6 horas y 55 minutos.  
 OTOÑO.—Entra el 23 de Septiembre á las 21 horas 34 minutos.  
 INVIERNO.—Entra el 22 de Diciembre á las 16 horas 23 minutos.

### ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA

FEBRERO 24 y 25. *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid.  
 El eclipse principia, en la Tierra, el día 24 á las 21<sup>h</sup> y 45<sup>m</sup>,8, tiem-

po medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 108° 8' al E. de Greenwich y latitud 62° 43' S.

El eclipse central principia, en la Tierra, el día 24 á las 23<sup>h</sup> y 34<sup>m</sup>,2, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 29° 58' al O. de Greenwich y latitud 77° 49' S.

El eclipse central termina, en la Tierra, el día 24 á las 24<sup>h</sup> y 52<sup>m</sup>,1, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 90° 49' al O. de Greenwich y latitud 42° 50' S.

El eclipse termina, en la Tierra, el día 25 á las 2<sup>h</sup> y 40<sup>m</sup>,4, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 125° 9' al O. de Greenwich y latitud 9° 37' S.

Este eclipse será visible en una pequeña parte de la América del Sur, en el Océano Antártico y en gran parte del Océano Pacífico del Sur.

MARZO 12. *Eclipse parcial de Luna*, visible en Madrid.

El principio de este eclipse será visible en casi toda Europa, en África, en las dos Américas, en el Océano Atlántico, en gran parte del Pacífico y en parte de los Mares Polares.

El fin de este eclipse será visible en una pequeña parte de Europa y África, en las dos Américas, en el estrecho de Behring, en gran parte del Océano Pacífico, en casi todo el Atlántico y en parte de los Mares Polares.



El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 92° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 30° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boreal del limbo, 0,911; tomando como unidad el diámetro de la Luna.

Las circunstancias principales de este eclipse, para Madrid, son las siguientes:

Principio del eclipse á las 2<sup>h</sup> y 42<sup>m</sup>. . . . . }  
Medio del eclipse á las 4<sup>h</sup> y 13<sup>m</sup>. . . . . } Tiempo medio civil de Greenwich.  
Fin del eclipse á las 5<sup>h</sup> y 44<sup>m</sup>. . . . . }

AGOSTO 21. *Eclipse total de Sol*, visible como parcial en Madrid.

El eclipse principia, en la Tierra, á las 10<sup>h</sup> y 12<sup>m</sup>,2, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 79° 30' al O. de Greenwich y latitud 53° 50' N.

El eclipse central principia, en la Tierra, á las 11<sup>h</sup> y 26<sup>m</sup>,1, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 120° 44' al O. de Greenwich y latitud 71° 21' N.

El eclipse central á mediodía sucede á las 11<sup>h</sup> y 55<sup>m</sup>,2, tiempo medio civil de Greenwich, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte, se halla en la longitud de 2° 0' al E. de Greenwich y latitud 70° 43' N.

El eclipse central termina, en la Tierra, á las 13<sup>h</sup> y 42<sup>m</sup>,8, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 70° 36' al E. de Greenwich y latitud 23° 52' N.

El eclipse termina, en la Tierra, á las 14<sup>h</sup> y 56<sup>m</sup>,8, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 47° 29' al E. de Greenwich y latitud 4° 3' N.

Este eclipse será visible en toda Europa, en parte de África y de la América Septentrional, en parte del Océano Atlántico é Índico y en casi todo el Mar Polar Ártico.

Las circunstancias principales de este eclipse, para Madrid, son las siguientes:

Principio del eclipse á las 11<sup>h</sup> 18<sup>m</sup> y 55<sup>s</sup>,1. }  
Medio del eclipse á las 12<sup>h</sup> 22<sup>m</sup> y 33<sup>s</sup>,2. } Tiempo medio civil de Greenwich.  
Fin del eclipse á las 13<sup>h</sup> 24<sup>m</sup> y 27<sup>s</sup>,9. . . . }

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada del Sol, 0,361; tomando como unidad el diámetro del Sol.

La primera impresión de la Luna en el disco solar, se verificará en un punto que dista 10° del vértice superior del Sol hacia la izquierda (visión directa).

SEPTIEMBRE 4. *Eclipse parcial de Luna*, invisible en Madrid.

El principio de este eclipse será visible en parte de Asia y de la América Septentrional, en la Australia, en todo el Océano Pacífico y en parte del Índico, en una pequeña parte del Mar Polar Ártico y en casi todo el Antártico.

El fin de este eclipse será visible en Asia, en la Australia, en todo el Océano Índico y en gran parte del Pacífico, en una pequeña parte del Mar Polar Ártico y en casi todo el Antártico.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 86° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 30° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte austral del limbo, 0,859; tomando como unidad el diámetro de la Luna.

Las circunstancias principales de este eclipse, para Madrid, son las siguientes:

Principio del eclipse á las 12<sup>h</sup> y 17<sup>m</sup>,1. }  
Medio del eclipse á las 13<sup>h</sup> y 55<sup>m</sup>,0. . . } Tiempo medio civil de Greenwich.  
Fin del eclipse á las 15<sup>h</sup> y 33<sup>m</sup>,0. . . . }



Horas á que se verifican las fases de la Luna, en Madrid, el año 1914.

ENERO . . . . .	{	Día 4.—13 <sup>h</sup> 9 <sup>m</sup> , en <i>Aries</i> .— <i>Creciente</i> .	}	JULIO . . . . .	{	Día 7.—14 <sup>h</sup> 0 <sup>m</sup> , en <i>Capricornio</i> .— <i>Llena</i> .	}
		12.—5 <sup>h</sup> 9 <sup>m</sup> , en <i>Cáncer</i> .— <i>Llena</i> .				15.—7 <sup>h</sup> 32 <sup>m</sup> , en <i>Aries</i> .— <i>Menguante</i> .	
		18.—24 <sup>h</sup> 30 <sup>m</sup> , en <i>Libra</i> .— <i>Menguante</i> .				23.—2 <sup>h</sup> 38 <sup>m</sup> , en <i>Leo</i> .— <i>Nueva</i> .	
		26.—6 <sup>h</sup> 34 <sup>m</sup> , en <i>Acuario</i> .— <i>Nueva</i> .				29.—23 <sup>h</sup> 51 <sup>m</sup> , en <i>Escorpio</i> .— <i>Creciente</i> .	
FEBRERO . . . . .	{	Día 3.—10 <sup>h</sup> 33 <sup>m</sup> , en <i>Tauro</i> .— <i>Creciente</i> .	}	AGOSTO . . . . .	{	Día 5.—24 <sup>h</sup> 41 <sup>m</sup> , en <i>Acuario</i> .— <i>Llena</i> .	}
		10.—17 <sup>h</sup> 35 <sup>m</sup> , en <i>Leo</i> .— <i>Llena</i> .				13.—24 <sup>h</sup> 56 <sup>m</sup> , en <i>Tauro</i> .— <i>Menguante</i> .	
		17.—9 <sup>h</sup> 23 <sup>m</sup> , en <i>Escorpio</i> .— <i>Menguante</i> .				21.—12 <sup>h</sup> 27 <sup>m</sup> , en <i>Virgo</i> .— <i>Nueva</i> .	
MARZO . . . . .	{	Día 24.—24 <sup>h</sup> 2 <sup>m</sup> , en <i>Piscis</i> .— <i>Nueva</i> .	}	SEPTIEMBRE . . . . .	{	Día 28.—4 <sup>h</sup> 53 <sup>m</sup> , en <i>Sagitario</i> .— <i>Creciente</i> .	}
		Día 5.—5 <sup>h</sup> 3 <sup>m</sup> , en <i>Géminis</i> .— <i>Creciente</i> .				Día 4.—14 <sup>h</sup> 1 <sup>m</sup> , en <i>Piscis</i> .— <i>Llena</i> .	
		12.—4 <sup>h</sup> 19 <sup>m</sup> , en <i>Virgo</i> .— <i>Llena</i> .				12.—17 <sup>h</sup> 48 <sup>m</sup> , en <i>Géminis</i> .— <i>Menguante</i> .	
ABRIL . . . . .	{	18.—19 <sup>h</sup> 40 <sup>m</sup> , en <i>Sagitario</i> .— <i>Menguante</i> .	}	OCTUBRE . . . . .	{	Día 19.—21 <sup>h</sup> 33 <sup>m</sup> , en <i>Libra</i> .— <i>Nueva</i> .	}
		26.—18 <sup>h</sup> 9 <sup>m</sup> , en <i>Aries</i> .— <i>Nueva</i> .				26.—12 <sup>h</sup> 3 <sup>m</sup> , en <i>Capricornio</i> .— <i>Creciente</i> .	
		Día 3.—19 <sup>h</sup> 42 <sup>m</sup> , en <i>Cáncer</i> .— <i>Creciente</i> .				Día 4.—5 <sup>h</sup> 59 <sup>m</sup> , en <i>Aries</i> .— <i>Llena</i> .	
MAYO . . . . .	{	10.—13 <sup>h</sup> 28 <sup>m</sup> , en <i>Libra</i> .— <i>Llena</i> .	}	NOVIEMBRE . . . . .	{	Día 12.—9 <sup>h</sup> 33 <sup>m</sup> , en <i>Cáncer</i> .— <i>Menguante</i> .	}
		17.—7 <sup>h</sup> 52 <sup>m</sup> , en <i>Capricornio</i> .— <i>Menguante</i> .				19.—6 <sup>h</sup> 34 <sup>m</sup> , en <i>Libra</i> .— <i>Nueva</i> .	
		25.—11 <sup>h</sup> 22 <sup>m</sup> , en <i>Tauro</i> .— <i>Nueva</i> .				25.—22 <sup>h</sup> 44 <sup>m</sup> , en <i>Capricornio</i> .— <i>Creciente</i> .	
JUNIO . . . . .	{	Día 3.—6 <sup>h</sup> 29 <sup>m</sup> , en <i>Leo</i> .— <i>Creciente</i> .	}	DICIEMBRE . . . . .	{	Día 2.—23 <sup>h</sup> 49 <sup>m</sup> , en <i>Tauro</i> .— <i>Llena</i> .	}
		9.—21 <sup>h</sup> 31 <sup>m</sup> , en <i>Escorpio</i> .— <i>Llena</i> .				Día 10.—23 <sup>h</sup> 37 <sup>m</sup> , en <i>Leo</i> .— <i>Menguante</i> .	
		16.—22 <sup>h</sup> 12 <sup>m</sup> , en <i>Acuario</i> .— <i>Menguante</i> .				17.—16 <sup>h</sup> 2 <sup>m</sup> , en <i>Escorpio</i> .— <i>Nueva</i> .	
		25.—2 <sup>h</sup> 35 <sup>m</sup> , en <i>Géminis</i> .— <i>Nueva</i> .				24.—13 <sup>h</sup> 39 <sup>m</sup> , en <i>Piscis</i> .— <i>Creciente</i> .	
		Día 1.—14 <sup>h</sup> 3 <sup>m</sup> , en <i>Virgo</i> .— <i>Creciente</i> .				Día 2.—18 <sup>h</sup> 21 <sup>m</sup> , en <i>Géminis</i> .— <i>Llena</i> .	
		8.—5 <sup>h</sup> 18 <sup>m</sup> , en <i>Sagitario</i> .— <i>Llena</i> .				10.—11 <sup>h</sup> 32 <sup>m</sup> , en <i>Virgo</i> .— <i>Menguante</i> .	
		15.—14 <sup>h</sup> 20 <sup>m</sup> , en <i>Piscis</i> .— <i>Menguante</i> .				17.—2 <sup>h</sup> 35 <sup>m</sup> , en <i>Sagitario</i> .— <i>Nueva</i> .	
		23.—15 <sup>h</sup> 33 <sup>m</sup> , en <i>Cáncer</i> .— <i>Nueva</i> .				24.—8 <sup>h</sup> 25 <sup>m</sup> , en <i>Piscis</i> .— <i>Creciente</i> .	
		30.—19 <sup>h</sup> 24 <sup>m</sup> , en <i>Libra</i> .— <i>Creciente</i> .					

NOTA. Todos los anuncios se refieren á tiempo medio civil de Greenwich.





# ENERO



**J**UEVES. *Fiesta.* LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR; santos Fulgencio Ruspen- se, Basilio y Justino, obispos; santa Martina, virgen y mr., y santa Eufrosina, virgen.

2 Vier. La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; santos

Isidoro, ob. y mr., y Macario, abad.

3 Sáb. San Antero, papa y mr., y santa Genoveva, virgen, patrona de Paris.

4 Dom. San Tito, ob., y san Aquilino y compañeros, mrs.

5 Lun. San Telesforo, papa y mr., y san Simeón Stilita.

6 Mart. *Fiesta.* LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES Melchor, Gaspar y Baltasar, y el beato Juan de Rivera, arzobispo de Valencia.

7 Miérc. San Julián, mr., y san Raimundo de Peñafort. — *Ábrense las velaciones.*

8 Juev. Santos Luciano, presb.; Teófilo, Eladio y compañeros, mártires; Eugenio y Julián, mrs., y Severino, abad.

9 Vier. San Julián, mr., y su esposa santa Basilisa, virgen, y santos Marcelino y Pedro, obispos.

10 Sáb. San Nicanor, diácono y mr., y san Gonzalo de Amaran- te, conf.

11 Dom. San Higinio, papa y mr.; san Alejandro, ob., y san Anastasio, monje.

12 Lun. San Benito Biscop, abad; san Arcadio, mr., y san Martín, canónigo de León.

13 Mart. Santos Gumersindo, presb., y Siervo de Dios, mrs., y santos Leoncio y Agricio, obispos.

14 Miérc. San Hilario, ob. y doctor, y san Félix de Nola, mr.



# MAYO



**J**UEVES. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.

16 Vier. San Marcelo, papa y mr., y san Marcelo, ob.

17 Sáb. San Antonio, abad, y san Mariano, diácono.

18 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús, la Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mr.

19 Lun. San Canuto, rey; san Mario, santa Marta y san Audifaz.

20 Mart. San Fabián, papa, y san Sebastián, mrs.

21 Miérc. San Fructuoso, ob.; san Augurio y san Eulogio, diáconos, y santa Inés, virgen, todos mártires.

22 Juev. San Vicente, diácono, patrón de Valencia, y san Anastasio, mrs.

23 Vier. San Ildefonso, arzobispo de Toledo, y santa Emerenciana, virgen y mr., patrona de Teruel. — *Días de Su Majestad el Rey.*

24 Sáb. Nuestra Señora de la Paz y san Timoteo, ob. y mr.

25 Dom. La Sacra Familia, la Conversión de San Pablo, apóstol, y santa Elvira.

26 Lun. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda romana.

27 Mart. San Juan Crisóstomo, ob. y doctor; san Julián, mr., y santos Emerito y Mauro, obispos.

28 Miérc. San Julián, ob. y patrón de Cuenca, y san Valero.

29 Juev. San Francisco de Sales, ob. y doctor, fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora, y san Valero, ob.

30 Vier. San Lesmes, abad, patrón de Burgos, y santa Martina, virgen.

31 Sáb. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced; santa Marcela, viuda, y san Ciro, Saturnino, Víctor y Tirso, mrs.



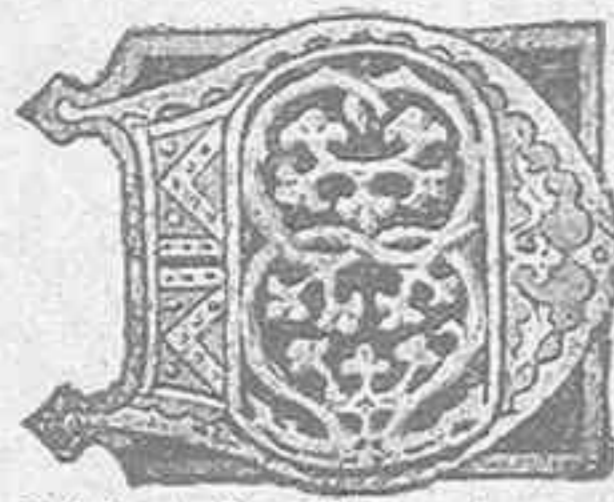
JUAN BAUTISTA MAYNO



LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES

Fot.ª de Lacoste.



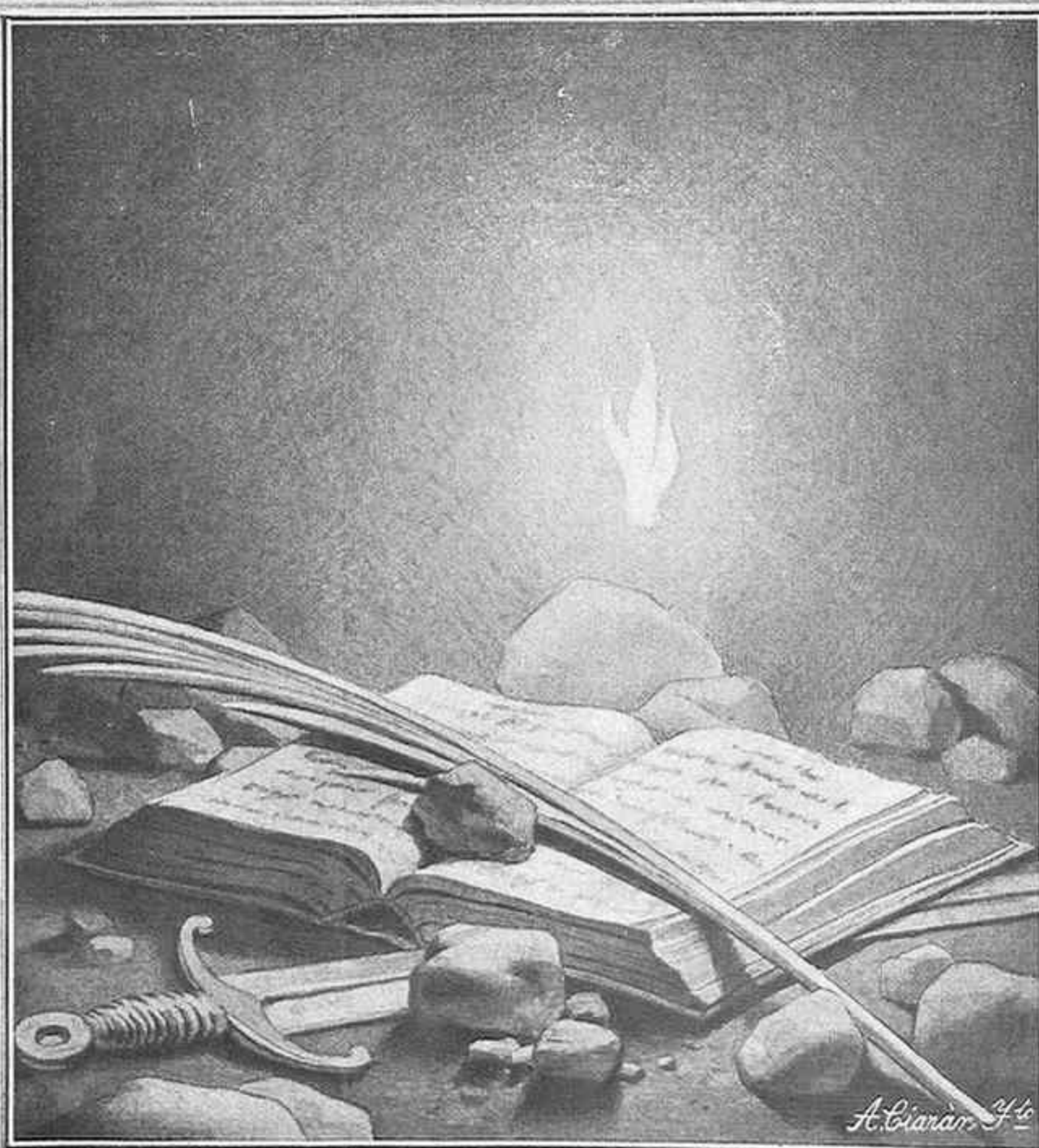


**DOMINGO.** San Ignacio y san Cecilio, patrón de Granada, obispos y mártires, y santa Brígida, virgen.

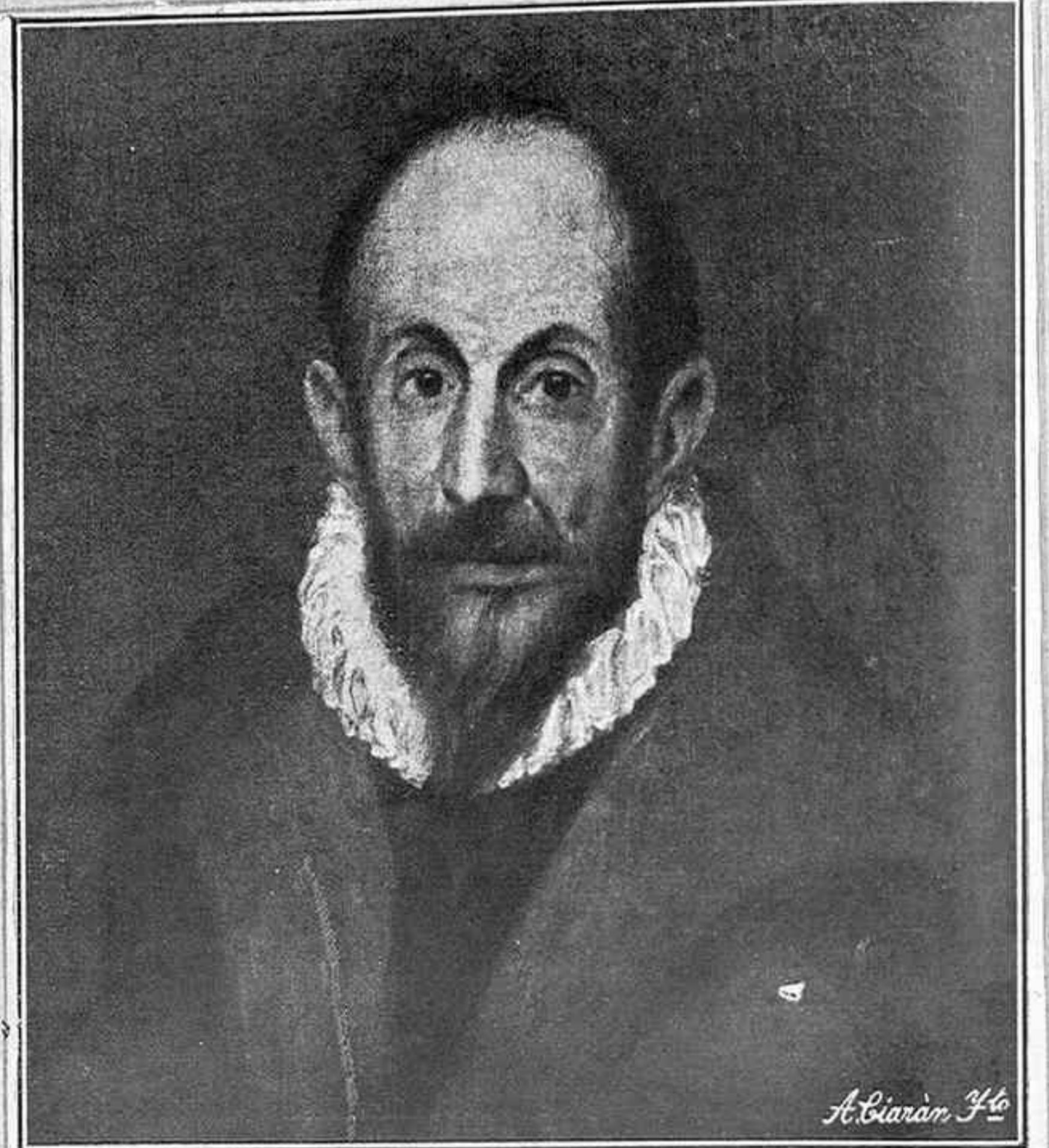
2 Lun. La Purificación de Nuestra Señora (vulgo *La Candelaria*) y san Cornelio Centurión, ob.

- 3 Mart. San Blas, ob. y mr., y el beato Nicolás de Longobardo.  
 4 Miérc. San Andrés Corsino, ob., y san José de Leonisa, conf.  
 5 Juev. Santa Agueda, virgen y mr., y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japón.  
 6 Vier. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mrs.  
 7 Sáb. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y santos Ricardo, rey de Inglaterra, y Teodoro, mr.; Moisés, ob., y santa Juliana, viuda.  
 8 Dom. *de Septuagésima.* San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.—*Anima.*  
 9 Lun. Santa Apolonia, virgen y mr.; santos Donato, Primo, Nicéforo, Alejandro, Anmonio, mrs.; Cirilo, Alejandrino, ob., conf. y doctor; Fructuoso, arz., y Sabino, ob.  
 10 Mart. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.  
 11 Miérc. San Saturnino, presb., y compañeros, mrs., y los santos Siete Siervos de María, fundadores.  
 12 Juev. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mr., y la primera Traslación de san Eugenio, arzobispo de Toledo.  
 13 Vier. San Benigno, mr., y santa Catalina de Ricci, virgen.  
 14 Sáb. San Valentín, presb. y mr., y el beato Juan Bautista de la Concepción, fundador.

## FEBRERO



## GRECO

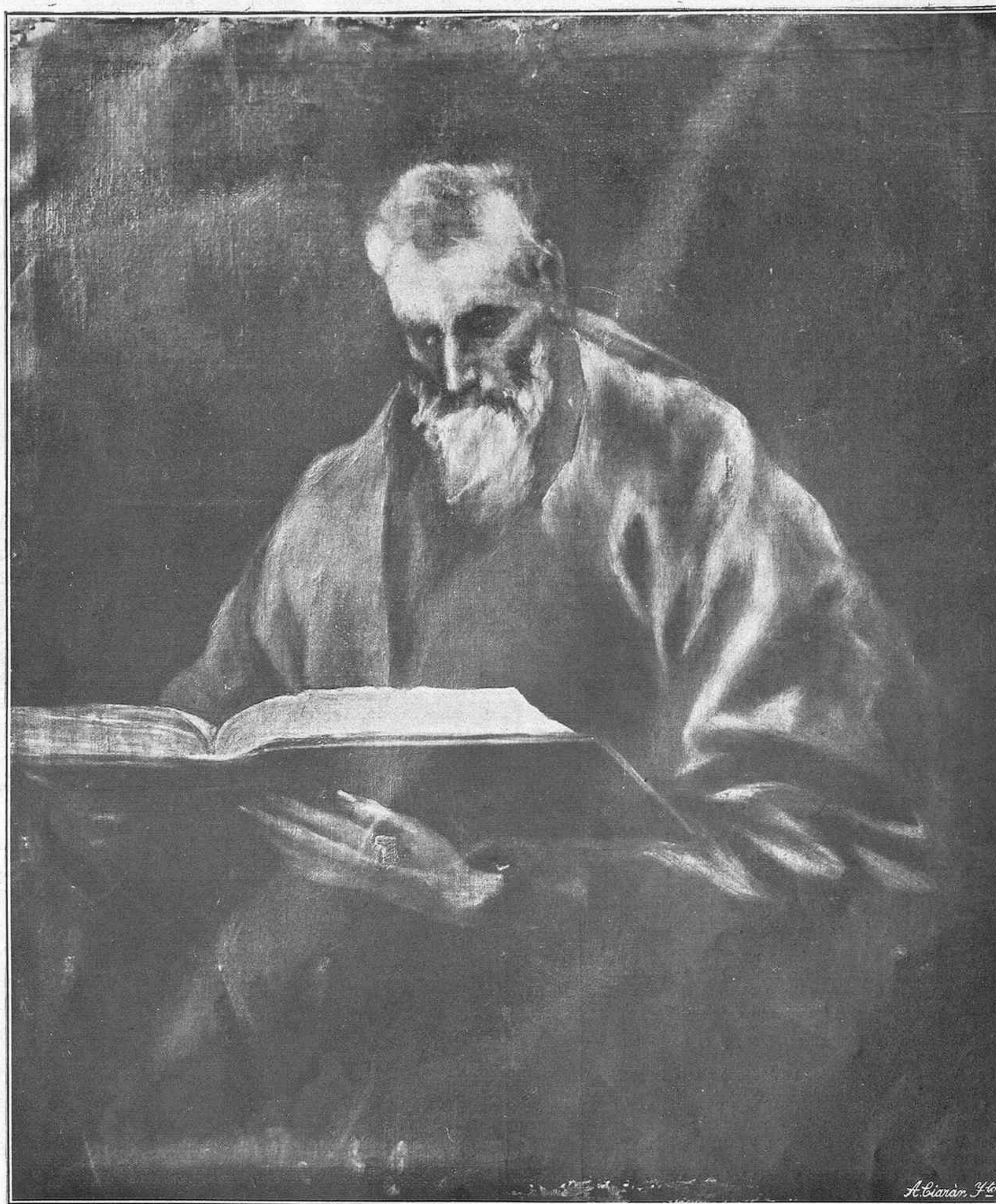


**DOMINGO de Sexagésima.** San Faustino y Santa Jovita, hermanos, mrs., y santos Saturnino, Cástulo, Magno y Lucio, mrs.

16 Lun. San Julián y 5.000 compañeros, mrs.; santos Faustino, Elías, Isaías, Jeremías, Samuel, etc., mártires.

- 17 Mart. San Julián de Capadocia, mr.; san Teódulo, mr., y santos Claudio y Silvino, obispos.  
 18 Miérc. San Eladio, arzobispo de Toledo; san Simeón, ob. y mártir, y san Teotonio, conf.  
 19 Juev. San Gabino, presb. y mr.; santos Álvaro de Córdoba, Publio, Julián y Marcelo, mrs.  
 20 Vier. San León, Eleuterio y Nemesio, obispos, y san Zenobio, presb. y mr.  
 21 Sáb. San Félix y san Maximiano, obispos.  
 22 Dom. *de Quincuagésima.* La Cátedra de san Pedro en Antioquía y san Pascasio, ob.  
 23 Lun. San Pedro Damiano, ob., cardenal y doctor; santa Marta, virgen y mr., y santa Margarita de Cortona, penitente.  
 24 Mart. San Matías, apóstol; san Modesto, ob., y santa Primitiva, virgen.—*Cierranse las velaciones.*  
 25 Miérc. *de Ceniza.* San Cesáreo, conf., y el beato Sebastián de Aparicio.—*Principia el ayuno de Cuaresma.*  
 26 Juev. San Alejandro, ob.; santos Nestor, Fortunato y Félix, mártires.  
 27 Vier. San Baldomero, conf.; santos Alejandro, Abundio, Fortunato y Julián, mrs.  
 28 Sáb. San Román, abad, y santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo y compañeros, mrs.

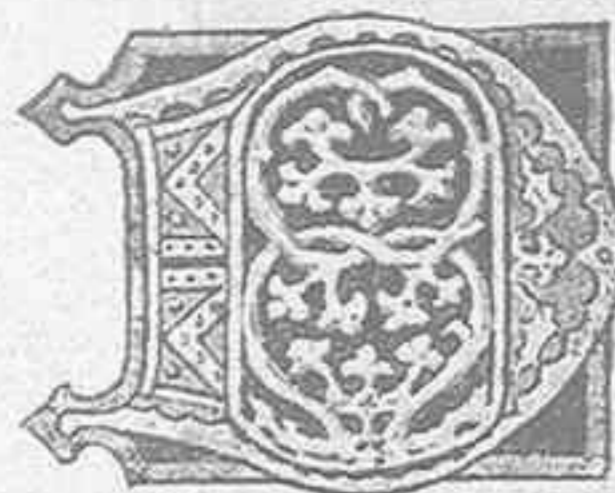
EL GRECO



SAN MATÍAS, APÓSTOL

Museo de El Greco, en Toledo.

Fot.ª de Moreno.



**DOMINGO I de Cuaresma.** El Santo Ángel de la Guarda, y santos Rosendo, Albino y Suitberto, obispos.

2 Lun. San Lucio, ob.; san Simplicio y san Pablo.

3 Mart. Santos Emeterio y Celedonio, mrs., patronos de Cahorra; san Marino, soldado, y san Asterio, senador, mrs.—*Anima*.

4 Miérc. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio.—*Témpora*.—*Ayuno*.

5 Juev. San Eusebio y compañeros, mrs., y san Teófilo.

6 Vier. Santos Victor y Victoriano, mrs., y san Olegario, ob.—*Témpora*.—*Ayuno*.

7 Sáb. Santo Tomás de Aquino, conf. y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mrs.—*Témpora*.—*Ayuno*.—*Órdenes*.

8 Dom. *II de Cuaresma.* San Juan de Dios, fundador; san Julián, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.

9 Lun. Santa Francisca, viuda romana; san Paciano, ob., y santa Catalina de Bolonia, virgen.

10 Mart. San Melitón y 39 compañeros, mártires en Sebaste.

11 Miérc. San Eulogio, presb., y san Vicente, abad, mrs.

12 Juev. San Gregorio Magno, papa y doctor; san Bernardo, y santas Sancha y Josefina, mrs.

13 Vier. San Leandro, arzobispo de Sevilla; san Rodrigo y san Salomón, mrs.

14 Sáb. Santa Matilde, reina, y santa Florentina, virgen.—*Anima*

15 Dom. *III de Cuaresma.* San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava.—*Anima*.

## MARZO



**LUNES.** San Julián de Anazarbo, mr.; san Ciriaco y san Agapito.

17 Mart. San Patricio, ob. y conf.; san José de Arimatea, y santa Gertrudis, virgen.

18 Miérc. San Gabriel, arcángel; el beato Salvador de Horta, y santos Alejandro y Narciso, obispos y mrs.

19 Juev. *Fiesta.* SAN JOSÉ, esposo de Nuestra Señora, patrón de la Iglesia universal, y el beato Juan de santo Domingo, mr.

20 Vier. San Niceto, ob., y santa Eufemia, mr.

21 Sáb. San Benito, abad y fundador; santos Filimón y Dominico, mrs., y Serapión y Birilo, obispos.

22 Dom. *IV de Cuaresma.* San Deogracias y san Bienvenido, obispos.—*Anima*.

23 Lun. San Victoriano y compañeros, mrs., y el beato José Oriol, presb.

24 Mart. San Agapito, ob. y mr.; los beatos José María Tomasi, cardenal, y Diego José de Cádiz.

25 Miérc. La Anunciación de Nuestra Señora y Encarnación del Hijo de Dios, y san Dimas, el Buen Ladrón.

26 Juev. San Braulio, obispo de Zaragoza, y santa Eugenia, virgen y mr.

27 Vier. San Ruperto, ob.; san Juan y santa Lidia, y santos Lázaro, Alejandro, Fileto y Macedón, mrs.

28 Sáb. San Sixto III, papa y conf., y santos Cástor y Doroteo, mrs.

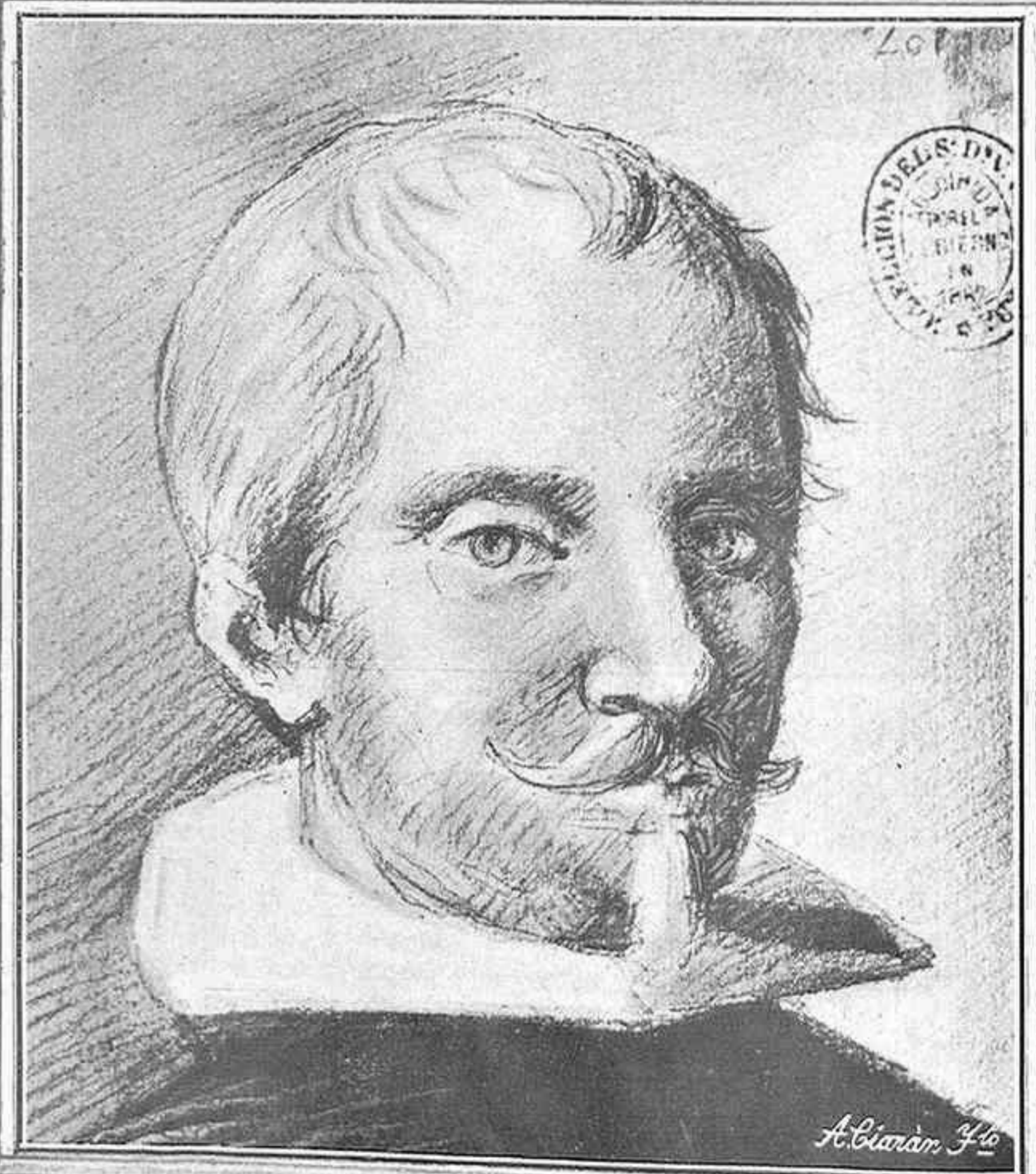
29 Dom. *de Pasión.* San Eustasio, abad, y santos Jonás y Pastor.

30 Lun. San Juan Climaco, abad; san Régulo y san Victor

31 Mart. Santa Balbina, virgen; san Amós, prof., y santos Teóduo, Anesio y Félix, mrs.



## BARBARA



A. G. ...

ZURBARÁN



SANTO TOMÁS DE AQUINO

Museo Provincial de Sevilla.

Fot.ª de Lacoste.



## VELAZQUEZ



**D**IÉRCOLES. San Venancio, ob. y mr.; santos Ignacio y Tesifón, mrs., y Hugón, ob.

2 Juev. San Francisco de Paula, fundador de los Mínimos, y santa María Egipcíaca, penitente.

3 Vier. Los Dolores de Nuestra Señora, y santos Pancracio, ob., y Ulpiano, mr.—*Ánima*.

4 Sáb. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, y san Ambrosio, ob. y confesor.—*Ánima*.

5 Dom. *de Ramos*. San Vicente Ferrer, patrón de Valencia, y la beata Juliana, virgen.

6 Lun. *Santo*. San Celestino, papa y mr.

7 Mart. *Santo*. San Epifanio, ob., y san Ciriaco, mrs., y san Saturnino, ob. y conf.

8 Miérc. *San'o*. San Dionisio, ob., y el beato Julián de San Agustín.—*Abstinencia de carne*.

9 Juev. *Santo*. Santa María Cleoté y santa Casilda, virgen, princesa de Toledo.—*Abstinencia de carne*.

10 Vier. *Santo*. San Daniel y san Ezequiel.—*Abstinencia de carne*.

11 Sáb. *Santo*. San León Magno, papa y doctor.—*Abstinencia de carne*.—*Órdenes*.

12 Dom. *de Resurrección*. San Víctor, mr.; san Zenón, ob., y santa Susana, virgen.

13 Lun. San Hermenegildo, rey de Sevilla, mr., y santos Máximo y Quintiliano.

14 Mart. Santos Tiburcio, Valeriano y Máximo, mrs., y san Pedro González Telmo, conf.

15 Miérc. Santas Basílisa y Anastasia, mrs.—*Ánima*.

## ABRIL



**J**UEVES. Santa Engracia, virgen, y 18 compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo de Astorga.

17 Vier. San Aniceto, papa y mr.; los santos mártires de Córdoba, Elías, Pablo é Isidoro, y la beata María Ana de Jesús.

18 Sáb. San Eleuterio, ob., y san Perfecto, mrs., y el beato Andrés Hibernón.

19 Dom. *de Cuasimodo ó in Albis*. San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mrs.

20 Lun. Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen.—*Abrense las velaciones*.

21 Mart. San Anselmo, ob. y doctor.

22 Miérc. Santos Sotero y Cayo, papas y mrs.

23 Juev. San Jorge, mr.; san Adalberto, ob. y mr., y san Félix, presbítero.

24 Vier. Santos Fidel de Sigüenza, Alejandro y Sabas, mrs., y san Gregorio, ob.

25 Sáb. San Marcos, evangelista, y san Aniano, ob.—*Letanias mayores*.

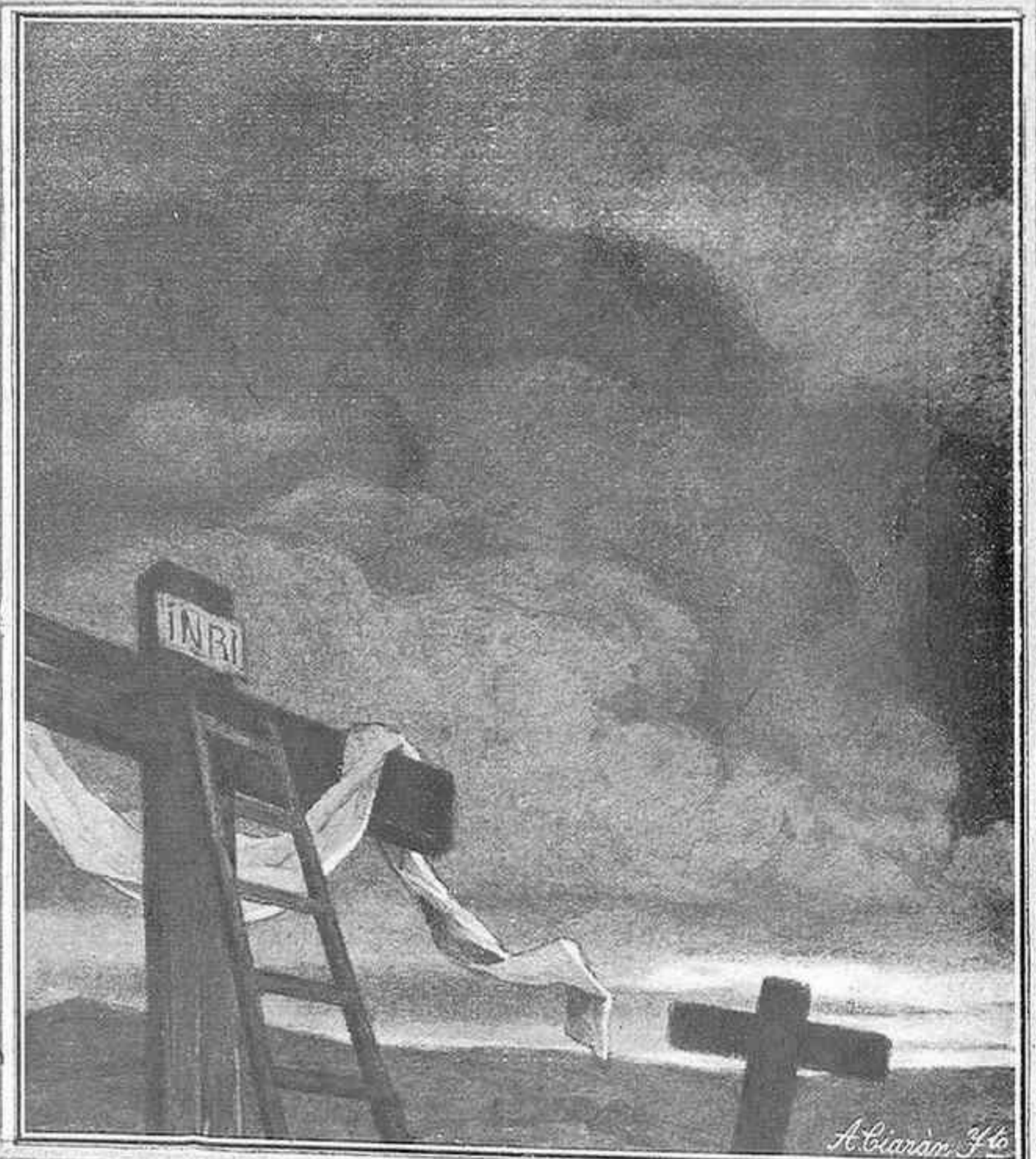
26 Dom. Nuestra Señora La Divina Pastora, santos Cleto y Marcelino, papas y mrs., y la Traslación de santa Leocadia.

27 Lun. Santos Anastasio, papa y mr.; Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, y san Pedro Armengol.

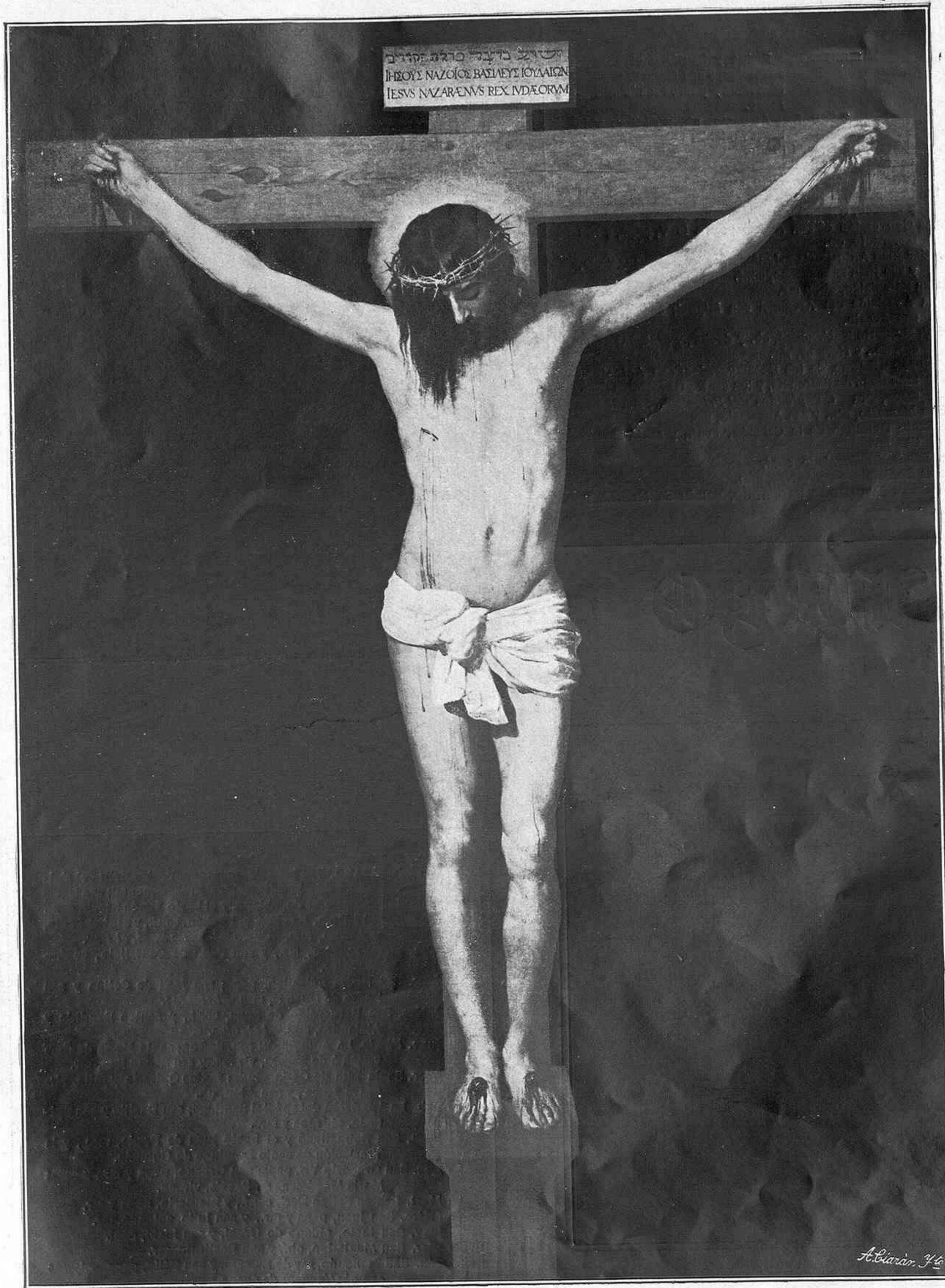
28 Mart. San Prudencio, ob.; san Vidal, mr., y san Pablo de la Cruz, fundador.

29 Miérc. San Pedro de Verona, mr., y san Roberto.

30 Juev. Santa Catalina de Sena, y los santos mártires de Córdoba Amador, presb., Pedro y Luís.



VELÁZQUEZ



NUESTRO SEÑOR CRUCIFICADO

Museo del Prado.

Fot.ª de Moreno.



**V** IERNES. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles, y san Orencio y santa Paciencia, padres de san Lorenzo.

2 Sáb. San Atanasio, ob. y doctor, y la beata Mafalda, re na.

3 Dom. El Patrocinio de San José; la Invencción de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa, Evencio y Teódulo, mrs., y Juvenal, ob.

4 Lun. Santa Mónica, madre de san Agustín, y santos Silvano y Ciriaco, obispos y mrs.

5 Mart. La Conversión de san Agustín; san Pio V, papa, y san Sacerdote, ob.

6 Miérc. San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista, y san Juan Damasceno, conf.

7 Juev. San Estanislao, ob. y mr.

8 Vier. La Aparición del Arcángel san Miguel; san Victor y san Acacio.

9 Sáb. San Gregorio Nacienceno, ob. y doctor, y santos Geroncio, ob., y Hermes, mr.

10 Dom. Nuestra Señora de los Desamparados; san Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epimaco, mrs. *Cumpleaños del Principe de Asturias.*

11 Lun. San Mamerto, ob., y san Anastasio, mr.

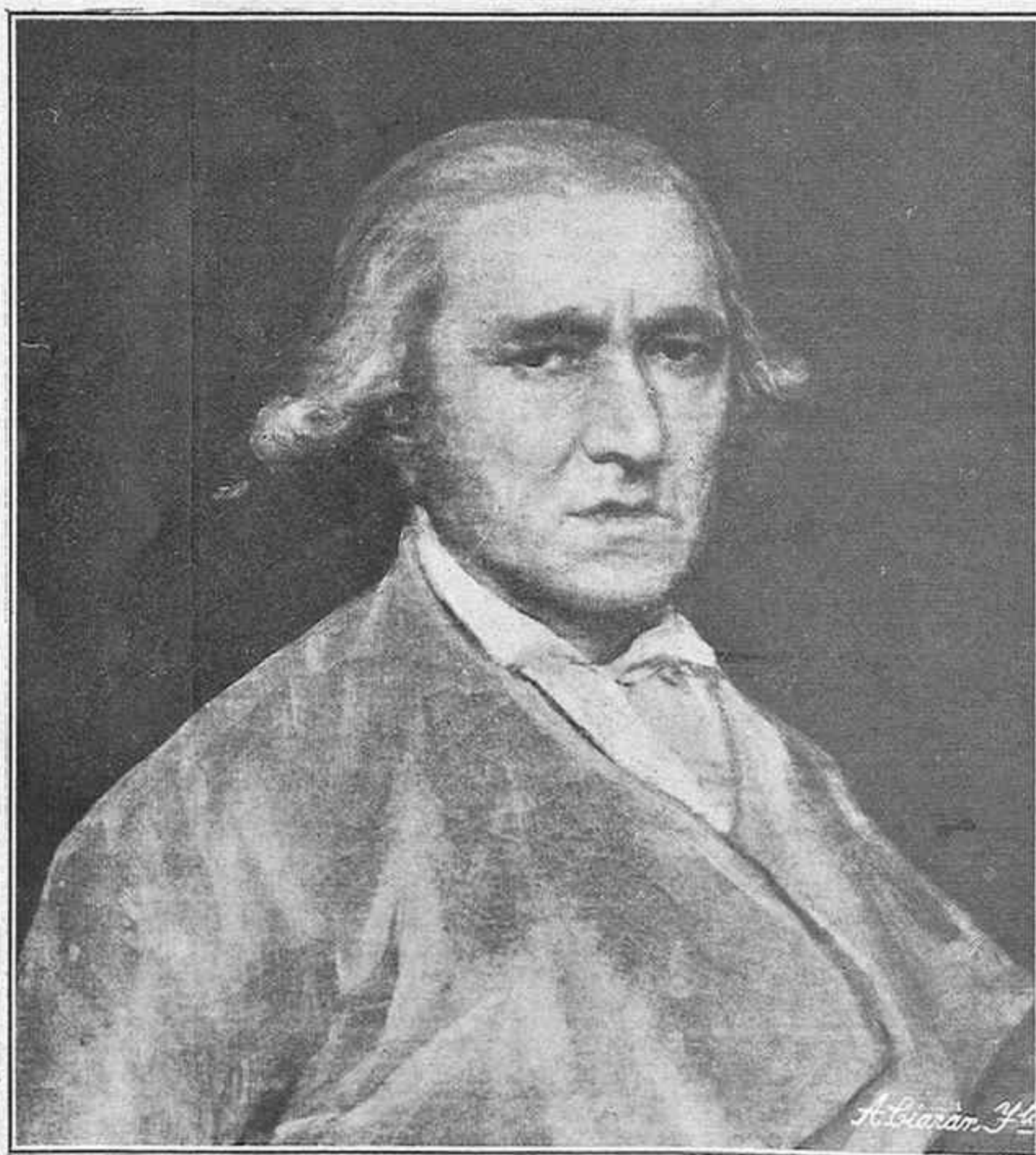
12 Mart. Santo Domingo de la Calzada, conf., y santa Domitila, mr.

13 Miérc. San Pedro Regalado, conf.

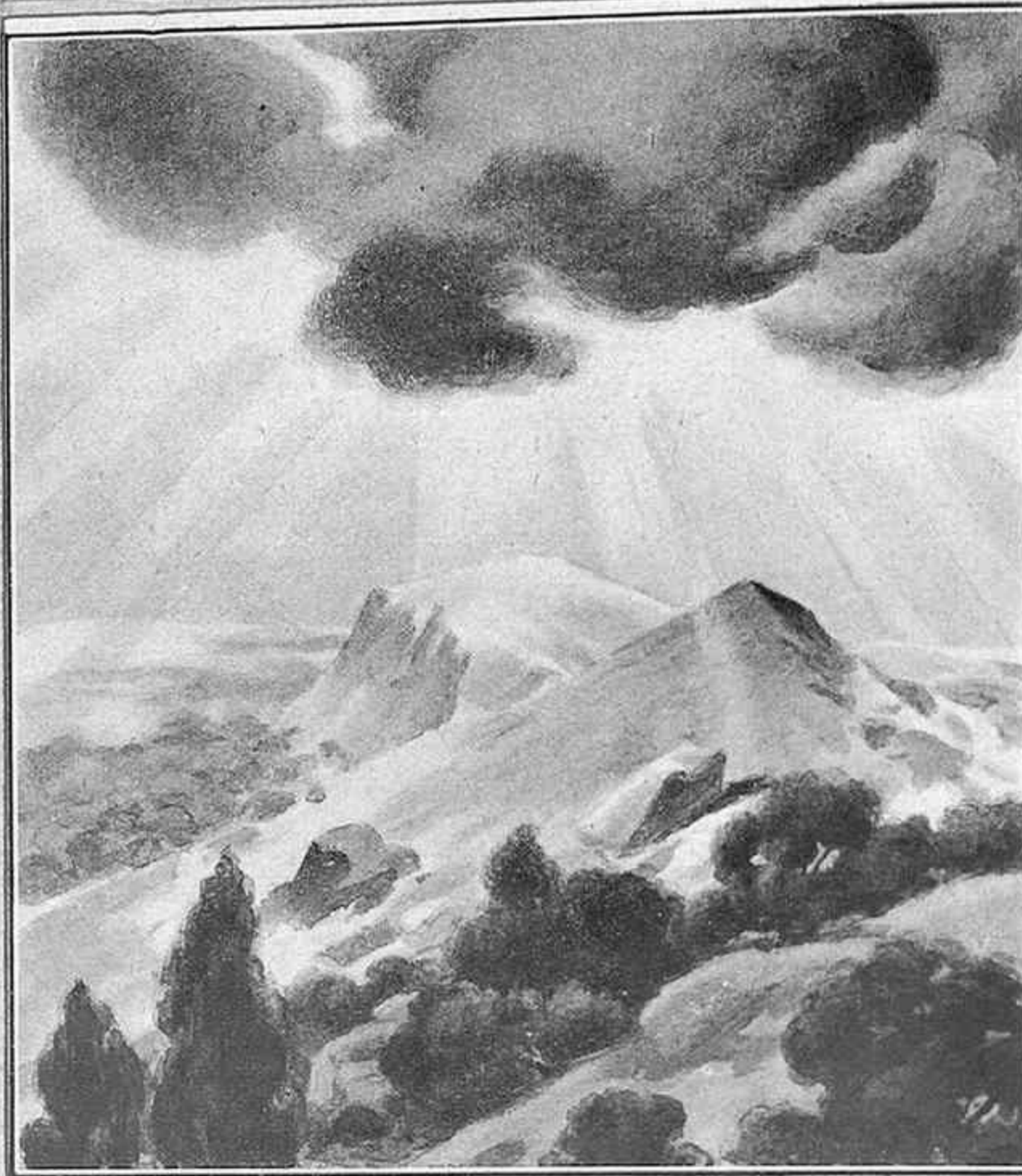
14 Juev. San Bonifacio y san Victor, mrs.

15 Vier. *Fiesta.* SAN ISIDRO LABRADOR, patrón de Madrid, y san Torcuato, ob.

## MAYO



## BAVAR



**S** ABADO. San Juan Nepomuceno, protomártir del siglo de la Confesión sacramental; san Ubaldo, obispo, y el beato Simón Stock, conf.

17 Dom. San Pascual Bailón, conf., y santos Pablo, y Eraclio, mrs.—*Cumpleaños de S. M. el Rey.*

18 Lun. San Venancio, mr., y san Félix de Cantalicio, conf.—*Letanias.*

19 Mar. San Pedro Celestino, papa; san Juan de Cetina y san Pedro de Dueñas, mrs.—*Letanias.*

20 Miérc. San Bernardino de Sena, conf., y santos Baudilio y Alejandro, mrs.—*Letanias.*

21 Juev. *Fiesta.* LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR; santa María de Cervellón ó de Socors, virgen, y san Secundino, mr.

22 Vier. Santa Rita de Casia, viuda; santas Quiteria y Julia, virgenes y mrs., y san Atón, ob.

23 Sáb. La Aparición del apóstol Santiago; san Basilio y san Epitacio, obispos y mrs.

24 Dom. San Robustiano y el beato Juan de Prado, mrs., y la Traslación de santo Domingo de Guzmán.

25 Lun. San Gregorio VII, papa; san Urbano, papa y mr., y santa María Magdalena de Pazzis, virgen.

26 Mart. Santos Felipe Neri, conf., y Eleuterio, papa y mr.

27 Miérc. San Juan, papa y mr., y san Julio, soldado, mr.

28 Juev. San Justo, obispo de Urgel, y san Justo, conf.

29 Vier. San Maximino, ob., y san Restituto, mr.

30 Sáb. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa.—*Ayuno con abstinencia de carne.*

31 Dom. PASCUA DE PENTECOSTÉS. Nuestra Señora Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso; santa Petronila, virgen, y san Pascasio, diácono.



FRANCISCO BAYEU



LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Museo del Prado.

Fot.ª de Lacoste.



# COELLO

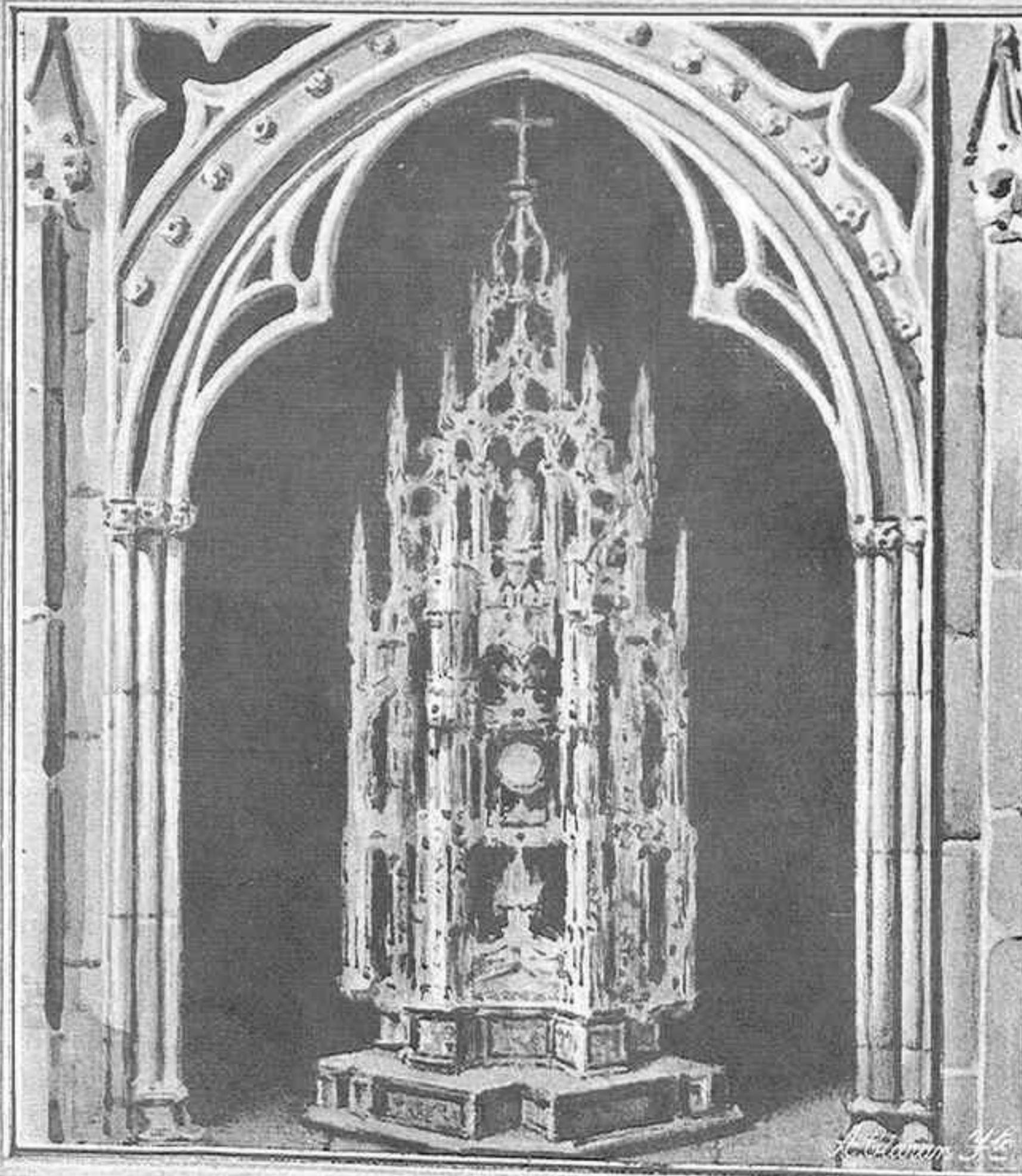


- L**UNES. San Segundo, ob.; san Íñigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mrs.
- 2 Mart. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mrs., y san Juan de Ortega, presbítero.
- 3 Miérc. San Isaac, mr., y el beato Juan Grande, conf.—*Témpora*.—*Ayuno*.
- 4 Juev. San Francisco Caracciolo, fundador, y santa Saturnina, virgen y mr.—*Ánima*.
- 5 Vier. San Bonifacio, ob. y mr., y san Doroteo, presb. y mr.—*Témpora*.—*Ayuno*.
- 6 Sáb. San Norberto, arz., y fundador de la Orden Premonstratense.—*Témpora*.—*Ayuno*.—*Órdenes y Ánima*.
- 7 Dom. LA SANTÍSIMA TRINIDAD, y san Pedro y compañeros, mrs., monjes de Córdoba.
- 8 Lun. San Salustiano, conf., y san Eutropio, ob.
- 9 Mart. San Primo y san Feliciano, hermanos, mrs.
- 10 Miérc. Santa Margarita, reina de Escocia; san Crispulo y san Restituto, mrs.
- 11 Juev. *Fiesta*. SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI; san Bernabé, apóstol, y santos Félix y Fortunato.
- 12 Vier. Santos Juan de Sahagún, Onofre, anacoreta, y Basíledes, Cirino, Nabor y Nazario, mrs.
- 13 Sáb. San Antonio de Padua, conf., y san Fandila, mártir en Córdoba.
- 14 Dom. Nuestra Señora de la Gloria; san Basilio, ob. y doctor, y san Eliseo, prof.
- 15 Lun. Santos Vito y Modesto, y santas Crescencia y Benilde, mrs.

# JUNIO



- M**ARTES. San Juan Francisco Regis, san Quirico y santa Julita, mrs., y santa Lutgarda.
- 17 Miérc. San Manuel y compañeros, mrs.; santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.
- 18 Juev. Santos Marco y Marceliano, y san Ciriaco y santa Paula, mrs.
- 19 Vier. El Sacratísimo Corazón de Jesús; santa Juliana de Falconeri, virgen, y los santos Gervasio, Protasio y Lamberto, mrs.
- 20 Sáb. San Silverio, papa y mr.; santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japón.
- 21 Dom. El Purísimo Corazón de María; san Luis Gonzaga, conf., y san Raimundo, ob.
- 22 Lun. San Paulino, ob.; san Acacio y compañeros, mrs., y santa Consorcía, virgen.
- 23 Mar. San Juan, presb. y mr.; santa Agripina, virgen y mr., y santos Zenón y Cenas, mrs.
- 24 Miérc. La Natividad de san Juan Bautista; san Fausto, y san Orencio, mr.
- 25 Juev. San Guillermo, abad; san Eloy, ob., y santa Orosia, virgen y mr., patrona de Jaca.
- 26 Vier. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mrs.
- 27 Sáb. San Zoilo, mr., y san Ladislao, rey de Hungría.—*Ayuno con abstinencia de carne*.
- 28 Dom. San León II, papa, y san Argimiro, mr.
- 29 Lun. *Fiesta*. SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles, y san Marcelo.
- 30 Mart. La Conmemoración del apóstol san Pablo, y san Marcial, ob.



CLAUDIO COELLO



LA SAGRADA FORMA  
Sanctissimum Corpus Christi.

Real Monasterio de El Escorial.

Fot.ª de Fr. E. Manero, Agustino de El Escorial.



## JULIO



- D**IECOLES. Santos Casto y Secundino, mrs., y santa Leonor, viuda.
- 2 Juev. La Visitación de Nuestra Señora, y san Felicísimo, mr.
- 3 Vier. San Trifón y compañeros, mrs., y el beato Raimundo Lulio, mr.
- 4 Sáb. San Laureano, ob. y mr.; el beato Gaspar Bono, y santos Elías y Flaviano, obispos.
- 5 Dom. La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y santos Cirilo y Metodio, obispos.
- 6 Lun. Santa Lucía, mr.; santos Rómulo y Paladio, obispos, y san Isaias, prof.
- 7 Mart. San Fermín, ob. y mr.; san Odón, ob.; san Lorenzo de Brindis y santa Pulqueria, emperatriz.
- 8 Miérc. Santa Isabel, reina de Portugal, y santos Aquilo y Propicio, mrs.
- 9 Juev. Santos Cirilo, Zenón y Alejandro, mrs., y santa Verónica de Julianis, abadesa.
- 10 Vier. Santa Amalia ó Amelia, virgen, y las santas Rufina y Segunda, vírgenes y mrs.
- 11 Sáb. San Pío I, papa y mr.; san Abundio, mr., y santa Verónica de Julianis, virgen.
- 12 Dom. San Juan Gualberto, abad; santos Nabor y Félix, mrs., y santa Marciana, virgen y mr.
- 13 Lun. San Anacleto, papa y mr.; santos Sila, Serapión y Eugenio, mrs., y santa Sara, virgen.
- 14 Mart. San Buenaventura, ob. y doctor, y santos Justo y Focas, soldados, mrs.
- 15 Miérc. San Camilo de Lelis, fundador de los Agonizantes, y san Enrique, emperador.



- J**UEVES. Nuestra Señora del Carmen; el Triunfo de la Santa Cruz, y san Sisenando, diácono, mártir de Córdoba.
- 17 Vier. San Alejo, conf., y san León IV.
- 18 Sáb. Santa Sinfarosa y sus siete hijos; san Federico, ob., y santa Marina, virgen, todos mártires.
- 19 Dom. San Vicente de Paúl, fundador de las Hijas de la Caridad.
- 20 Lun. San Elías, prof.; san Jerónimo Emiliano, fundador, y santas Librada y Margarita, vírgenes y mrs.
- 21 Mart. Santa Práxedes, virgen; san Víctor y san Alejandro, mártires.—*Cumpleaños de la Reina madre.*
- 22 Miérc. Santa María Magdalena, penitente, y san Teófilo.
- 23 Juev. San Apolinar, ob. y mr.; san Liborio, ob., y los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mrs.
- 24 Vier. Santa Cristina, virgen y mr., y san Francisco Solano, confesor.—*Ayuno.—Días de la Reina madre.*
- 25 Sáb. *Fiesta.* SANTIAGO, apóstol, patrón de España, y santos Cristóbal y Cucufate, mrs.
- 26 Dom. Santa Ana, madre de la Santísima Virgen María, y san Jacinto, mr.
- 27 Lun. Santos Pantaleón y Cucufate y santas Juliana y Semproniana, vírgenes y mrs., patronas de Mataró.
- 28 Mart. Santos Nazario, Celso y Víctor, papa, mrs.; san Inocencio, papa, y la beata Catalina Tomás.
- 29 Miérc. Santa Marta, virgen, y los santos Félix II, papa, Simplicio, Faustino y Beatriz, mrs.
- 30 Juev. Santos Abdón, Senén, Rufino y Teodomiro, mrs., y santa Segunda, mr.
- 31 Vier. San Ignacio de Loyola, conf., fundador de la Compañía de Jesús.

## JUANES



JUAN DE JUANES



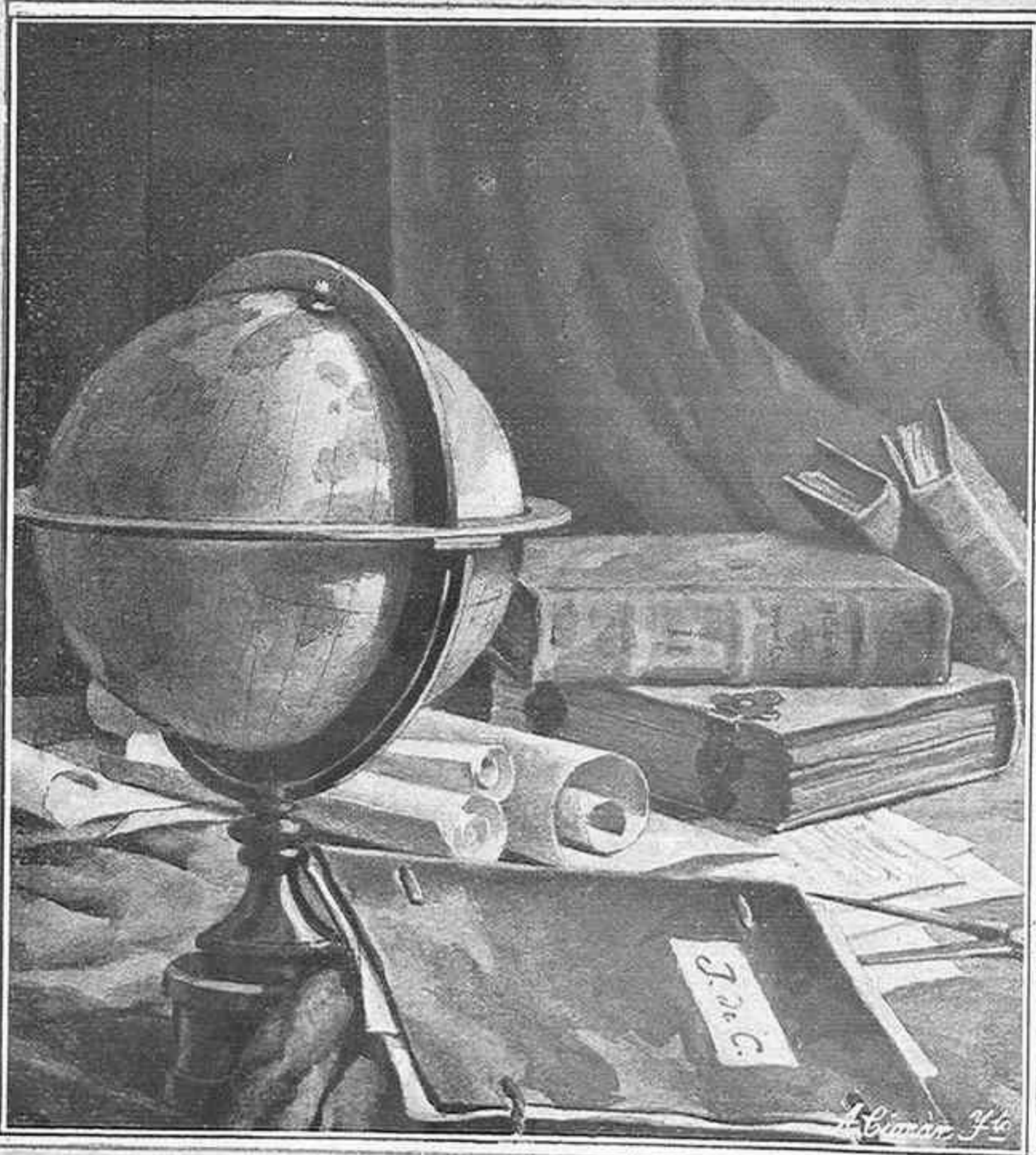
LA VISITACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Museo del Prado.

Fot.ª de Lacoste.



## COYA



# AGOSTO



**S**ABADO. San Pedro Advíncula; los santos hermanos Macabeos, mrs., y san Félix, mártir de África.

2 Dom. Nuestra Señora de los Ángeles; san Alfonso María de Ligorio, ob. y doctor; san Pedro, obispo de Osma, y san Máximo, ob. - *Jubileo de la Porciúncula.*

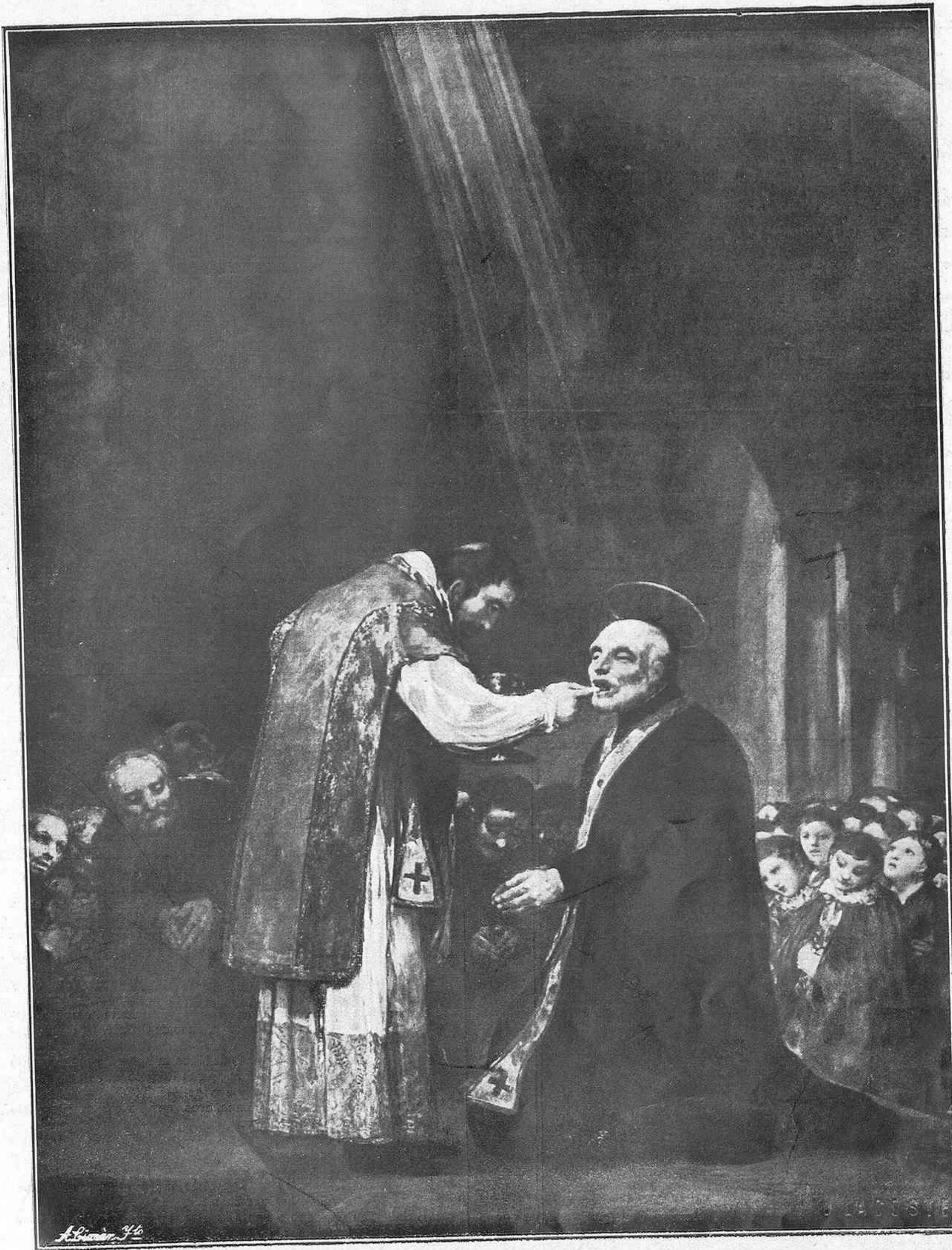
- 3 Lun. La Invencción del cuerpo de san Esteban, protomártir, y santos Nicodemus y Gamaliel.
- 4 Mart. Santo Domingo de Guzmán, fundador del Orden de Predicadores, conf.
- 5 Miérc. Nuestra Señora de las Nieves y san Abel ó Abelardo, abad.
- 6 Juev. La Transfiguración del Señor; los santos niños Justo y Pastor, mrs., patronos de Alcalá de Henares, y san Sixto II, papa y mr.
- 7 Vier. San Cayetano, fundador de los Teatinos; san Alberto de Sicilia, y san Donato, ob. y mr.
- 8 Sáb. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mrs.
- 9 Dom. San Román, mr., y los santos Firmo y Rústico, mrs.
- 10 Lun. San Lorenzo, diácono y mr., y santa Filomena, virgen y mártir.
- 11 Mart. San Tiburcio y santa Susana, virgen, mrs.
- 12 Miérc. Santa Clara de Asís, virgen, fundadora de las Clarisas.
- 13 Juev. Santos Hipólito, Casiano, Centola y Elena, mrs.
- 14 Vier. San Eusebio, presb., y san Pablo, diácono y mr. - *Ayuno con abstinencia de carne.*
- 15 Sáb. *Fiesta.* LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, y san Alipio, ob.



**D**OMINGO. San Joaquín, padre de Nuestra Señora; san Roque y san Jacinto, confesores, y el beato Juan de Santa Marta, mr.

- 17 Lun. San Pablo y santa Juliana, hermanos.
- 18 Mart. San Agapito, mr.; santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Montefalcó, virgen.
- 19 Miérc. San Luis, ob., y el beato Pedro de Zúñiga, mr.
- 20 Juev. San Bernardo, abad y doctor, y santos Leovigildo, Luis y Severo, mrs.
- 21 Vier. Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora, y santa Basa y sus tres hijos, mrs.
- 22 Sáb. Santos Timoteo, Hipólito, ob., Sinfiriano, Fabriciano, Filiberto y Mauro, mrs.
- 23 Dom. San Felipe Benicio, conf.; santos Cristóbal y Leovigildo, mártires de Córdoba.
- 24 Lun. San Bartolomé, apóstol; san Patricio, abad, y santa Áurea, virgen y mr.
- 25 Mart. San Luis, rey de Francia; san Ginés de Arlés, y los beatos Pedro Vázquez y Luis Sotelo, mrs.
- 26 Miérc. Santos Ceferino, papa, y Víctor, presb., mrs.
- 27 Juev. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías; san Rufo, ob., y la Transverberación del Corazón de santa Teresa de Jesús.
- 28 Vier. San Agustín, ob. y doctor, y san Hermes, mr.
- 29 Sáb. La Degollación de san Juan Bautista; santa Sabina y santos Juan de Perusa y Pedro de Saxoferrato, mrs.
- 30 Dom. Nuestra Señora de la Consolación y Correa; santa Rosa de Lima, virgen, y santos Félix y Adaneto, mrs.
- 31 Lun. San Ramón Nonnato, cardenal, y santo Domingo de Val, mr.

GOYA



SAN JOSÉ DE CALASANZ

Escuelas Pías de San Antón. — Madrid.

Fot.ª de Lacoste.





ARTES. San Vicente y san Leto, mártires de Toledo; san Gil, abad, y santa Ana, profetisa.

2 Miér. San Esteban, rey de Hungría, y san Antolín, mr., patrón de Palencia.

3 Juev. San Sandalío, santa Serapia, virgen, y santa Sabina, viuda, mrs.

4 Vier. Santas Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalía de Palermo, vírgenes.

5 Sáb. San Lorenzo Justiniano, ob., y santa Obdulia, virgen y mártir.

6 Dom. San Eugenio y compañeros, mrs., y el beato Juan de Rivera.

7 Lun. Santa Regina, virgen y mr., y san Pánfilo, ob.

8 Mart. La Natividad de Nuestra Señora, y san Adrián, mr.

9 Miérc. San Gorgonio, mr.; santa María de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador, y san Gregorio de Oset, patrón de Alcalá del Río.

10 Juev. San Nicolás de Tolentino, conf.; san Pedro, ob., y santa Pulqueria, emperatriz.

11 Vier. Santos Proto y Jacinto, hermanos, mrs.

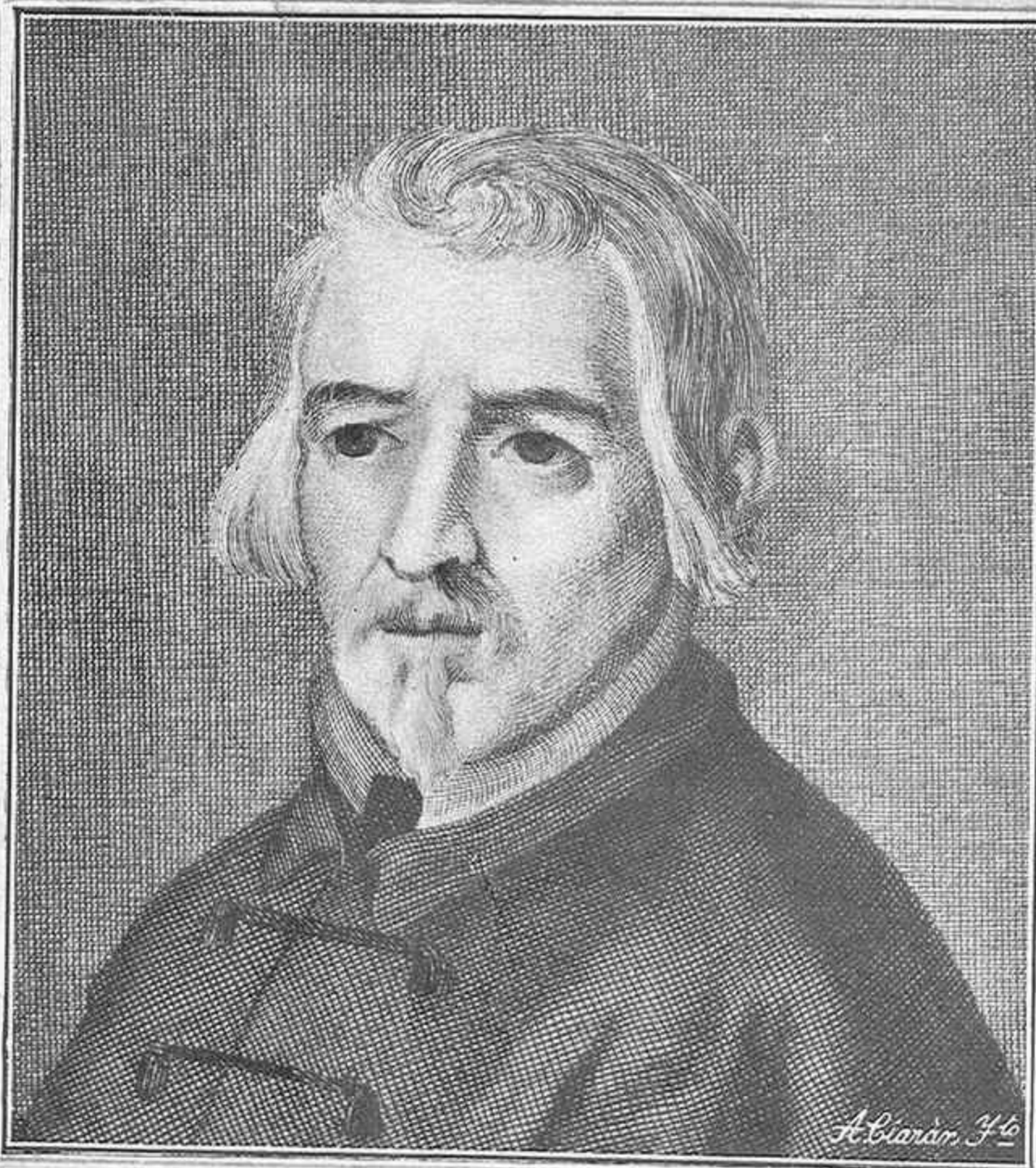
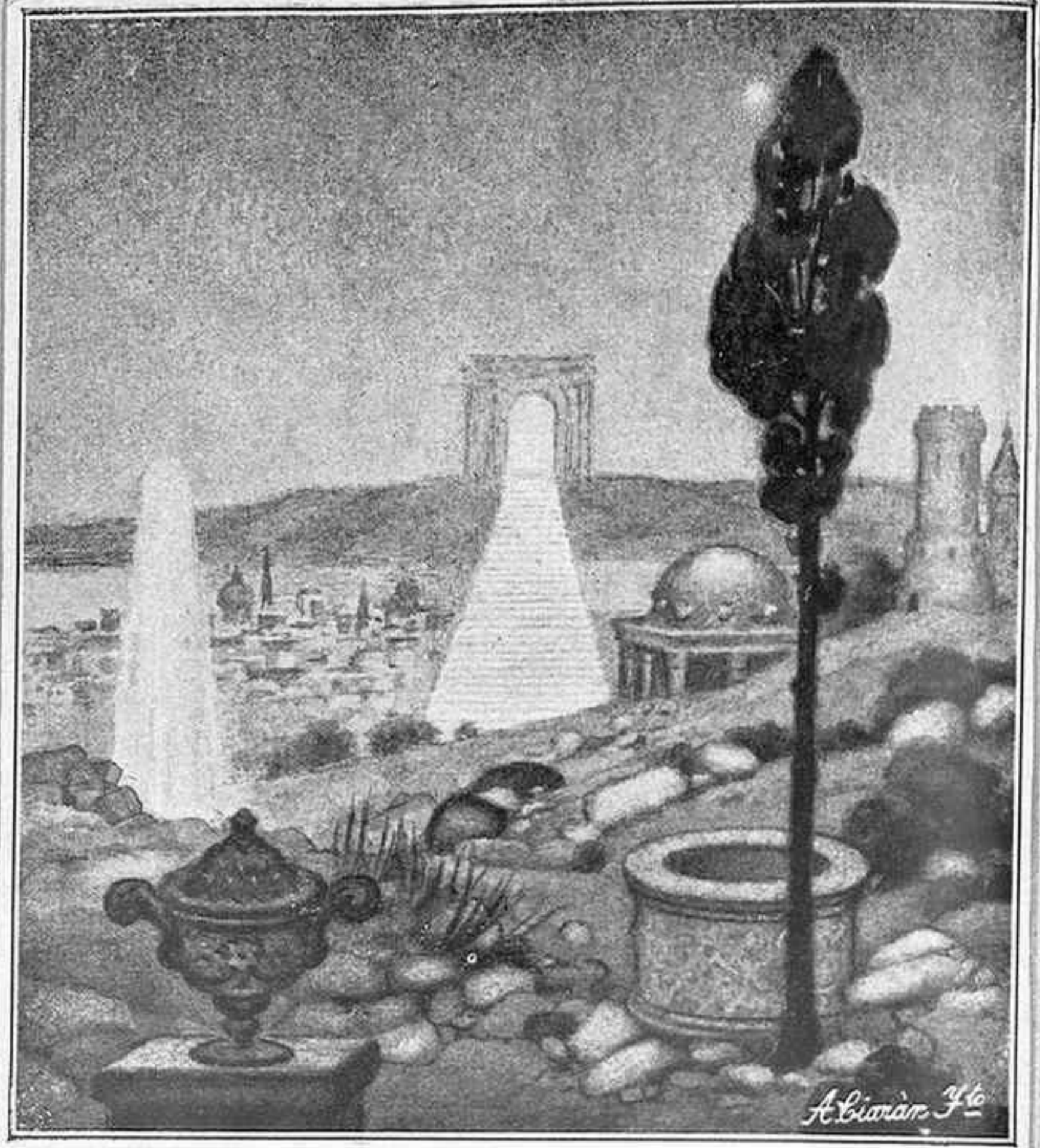
12 Sáb. San Leocio y compañeros, mrs.; san Vicente, abad, y san Amato.

13 Dom. El Dulce Nombre de María, y santos Felipe, Ligorio, Julián y compañeros, mrs.

14 Lun. La Exaltación de la Santa Cruz, y santos Crescencio y Víctor, mrs.

15 Mart. San Nicomedes, presb. y mr., y santos Valeriano y Jeremías, mártires de Córdoba.

# SEPTIEMBRE



# CAÑO



MIÉRCOLES. San Cornelio, papa, y san Cipriano, ob.—*Témpora.*—*Ayuno.*

17 Juev. La Impresión de las llagas de san Francisco de Asís; san Pedro Arbués, mr., y santa Columba, virgen.

18 Vier. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, y san José de Cupertino, conf.—*Témpora.*—*Ayuno.*

19 Sáb. San Jenaro, ob., y compañeros mrs.; santa Pomposa, virgen y mr., y el beato Alonso de Orozco.—*Témpora.*—*Ayuno.*—*Órdenes.*

20 Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora; san Eustaquio y compañeros, mrs., y san Rogelio, mr.

21 Lun. San Mateo, apóstol y evangelista.

22 Mart. San Mauricio y compañeros, mrs., y santos Florencio y Santino, obispos.

23 Miérc. San Lino, papa, y santa Tecla, virgen, mrs.

24 Juev. Nuestra Señora de las Mercedes y san Gerardo, ob. y mártir.

25 Vier. San Lope, ob.; san Formerio, mr., y el santo niño Cristóbal de la Guardia, mr.

26 Sáb. San Cipriano y santa Justina, virgen, mrs., y san Crescencio, mr.

27 Dom. Santos Cosme y Damián, hermanos médicos, mrs.

28 Lun. San Wenceslao, duque de Bohemia; santos Adolfo y Juan, mrs.; santa Eustaquia, virgen, y el beato Simón de Rojas, conf.

29 Mart. La Dedicación del Arcángel san Miguel; san Benito y santa Gudelia, mr.

30 Miérc. San Jerónimo, presb. y doctor; san Gregorio, ob., y santa Sofía, viuda.



ALONSO CANO



EL DULCE NOMBRE DE MARÍA

Museo del Prado.

Fot.<sup>a</sup> de Lacoste.

# MARILLO



**M**UEVES. El santo Ángel de la Guarda, tutelar de España; san Remigio, ob. y confesor, y san Severo.

2 Vier. Los santos Ángeles Custodios; san Olegario, ob. y mr., y san Satorio, anacoreta, patrón de Soria.

3 Sáb. San Cándido, mr.; san Gerardo, abad, y san Maximiano, ob.

4 Dom. Nuestra Señora del Rosario, y san Francisco de Asís, fundador del Orden de los Menores.

5 Lun. San Plácido y compañeros, mrs., y santos Froilán y Atilano, obispos.

6 Mart. San Bruno, fundador de los Cartujos; san Román, ob., y santa Fe, mr.

7 Miérc. San Marcos, papa, y san Sergio y compañeros, mrs.

8 Juev. Santa Brígida, viuda y fundadora, y santa Pelagia, penitente.

9 Vier. San Dionisio Areopagita, ob., y santos Rústico y Eleuterio, mrs.

10 Sáb. Santos Francisco de Borja y Luis Beltrán, confesores.

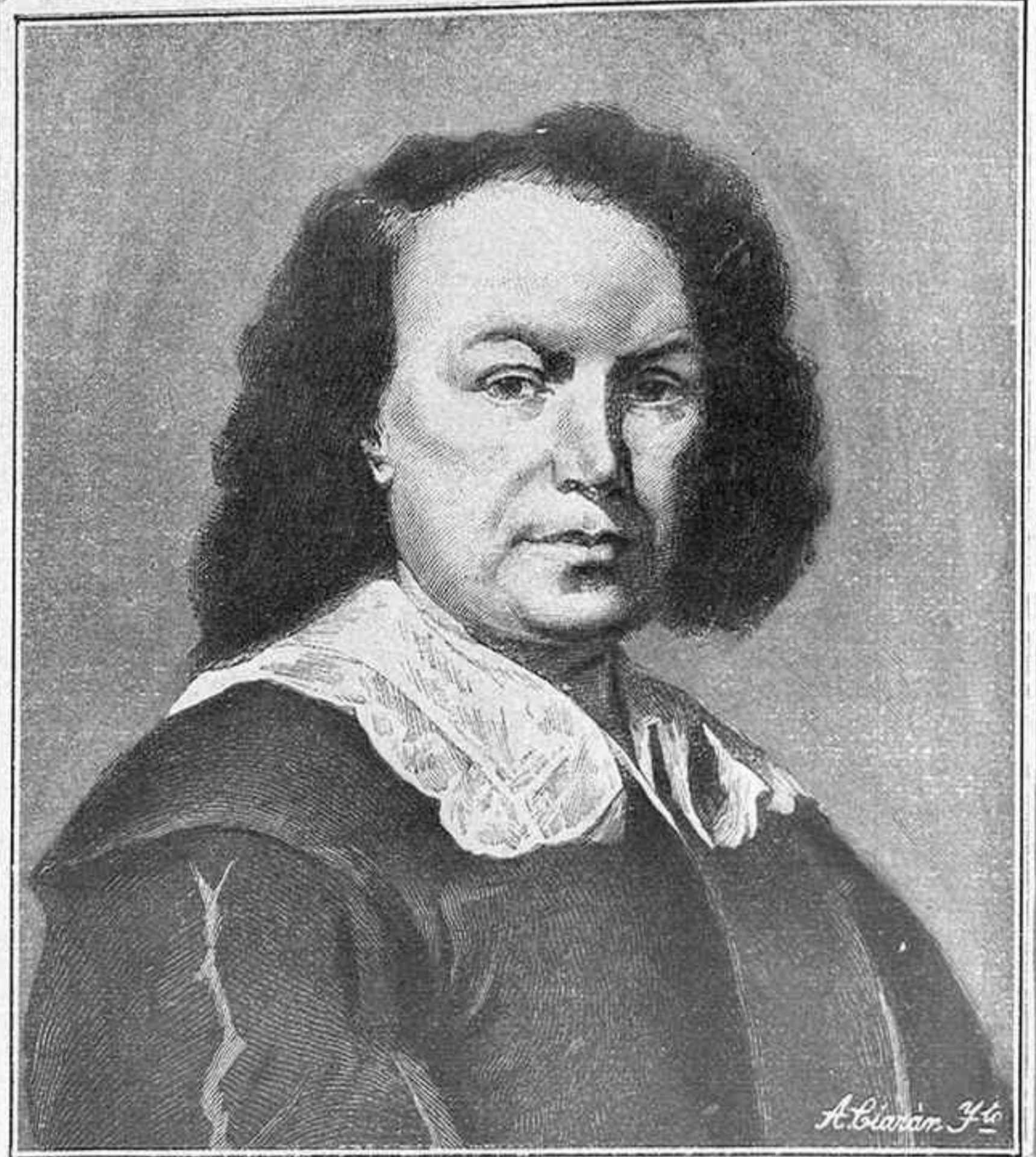
11 Dom. San Fermín, ob.; san Nicasio, ob. y mr., y santos Anastasio, Plácido y Ginés, mrs.

12 Lun. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; santos Félix y Cipriano, obispos y mrs.

13 Mart. San Eduardo, rey de Inglaterra; santos Fausto, Jenaro y Marcial, mrs.

14 Miér. Santos Calixto, papa y mr.; Gaudencio, ob. y mr., y santa Fortunata, virgen y mr.

15 Juev. Santa Teresa de Jesús, virgen y fundadora de las Carmelitas Descalzas.



# OCTUBRE



**V**IERNES. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.

17 Sáb. Santa Eduvigis, viuda, y la beata Margarita María de Alacoque.

18 Dom. San Lucas, evangelista; san Justo, mr., y san Julián, ermitaño.

19 Lun. San Pedro de Alcántara, conf., patrón de Coria, y santa Pelagia, virgen y mr.

20 Mart. San Juan Cancio, presb., y santa Irene, virgen y mr.

21 Miérc. San Hilarión, abad, y santa Úrsula y compañeras, vírgenes y mrs.

22 Juev. Santa Salomé, viuda, y las santas Nunilo y Alodia, virgen, mrs.

23 Vier. San Pedro Pascual, ob. y mr.; san Juan Capistrano, y los santos Servando y Germán, patronos de Cádiz.

24 Sáb. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvo, ob.—*Cumpleaños de S. M. la Reina.*

25 Dom. Santos Crisanto y Daria; santos Gabino, Proto, Jenaro, Crispín y Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, confesor.

26 Lun. San Evaristo, papa y mr.; santos Luciano, Marciano y Valentin, y santa Engracia, mrs.

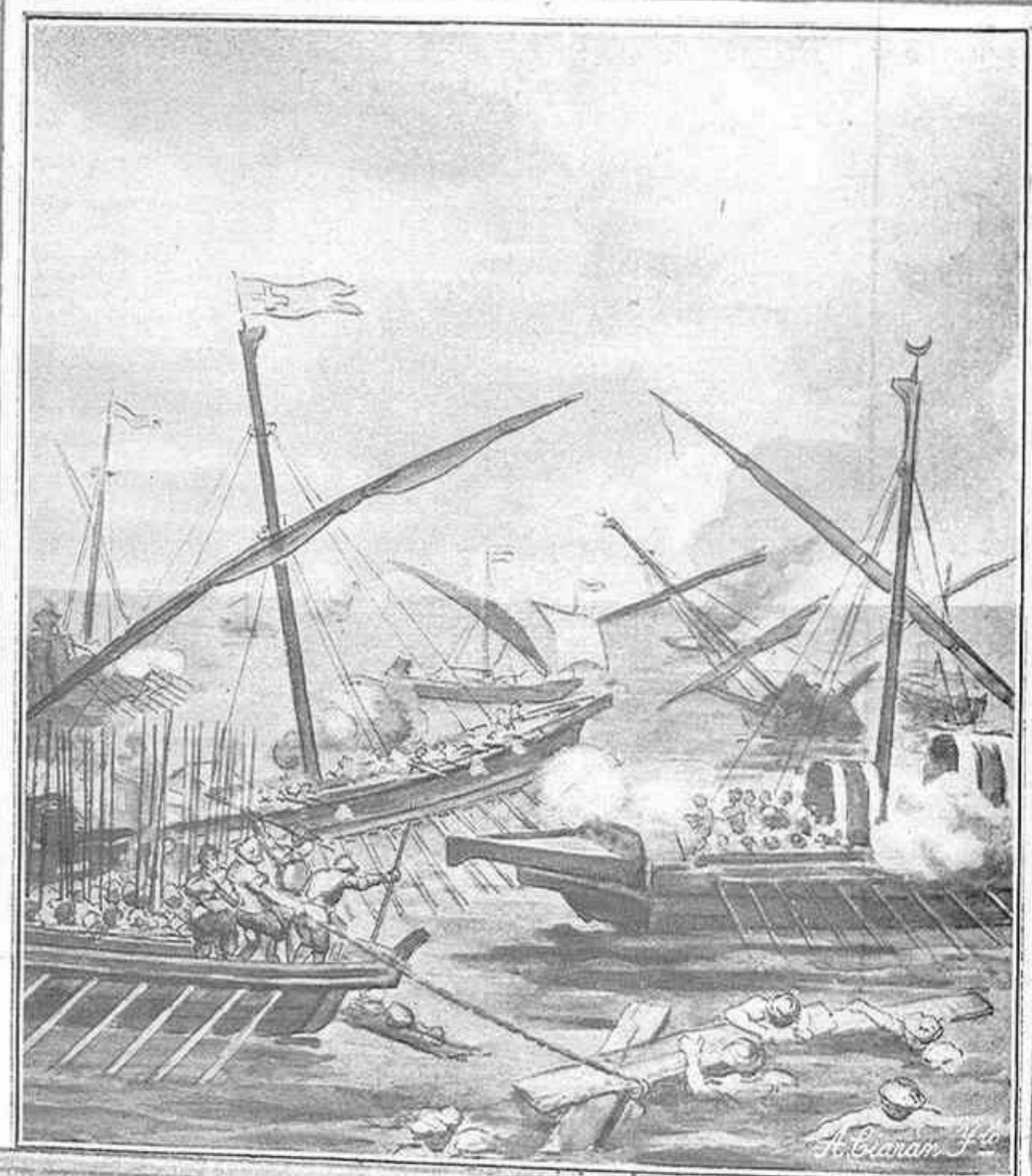
27 Mart. San Vicente, santas Sabina y Cristeta, hermanos, mrs., patronos de Ávila y de Talavera de la Reina.

28 Miérc. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles, y san Fidel, mártir.

29 Juev. San Narciso, ob., y san Marcelo, centurión, mrs.

30 Vier. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victórico, mrs., y san Alonso Rodríguez.

31 Sáb. San Quintín, mr., y la Conmemoración de la batalla del Salado.—*Ayuno.*



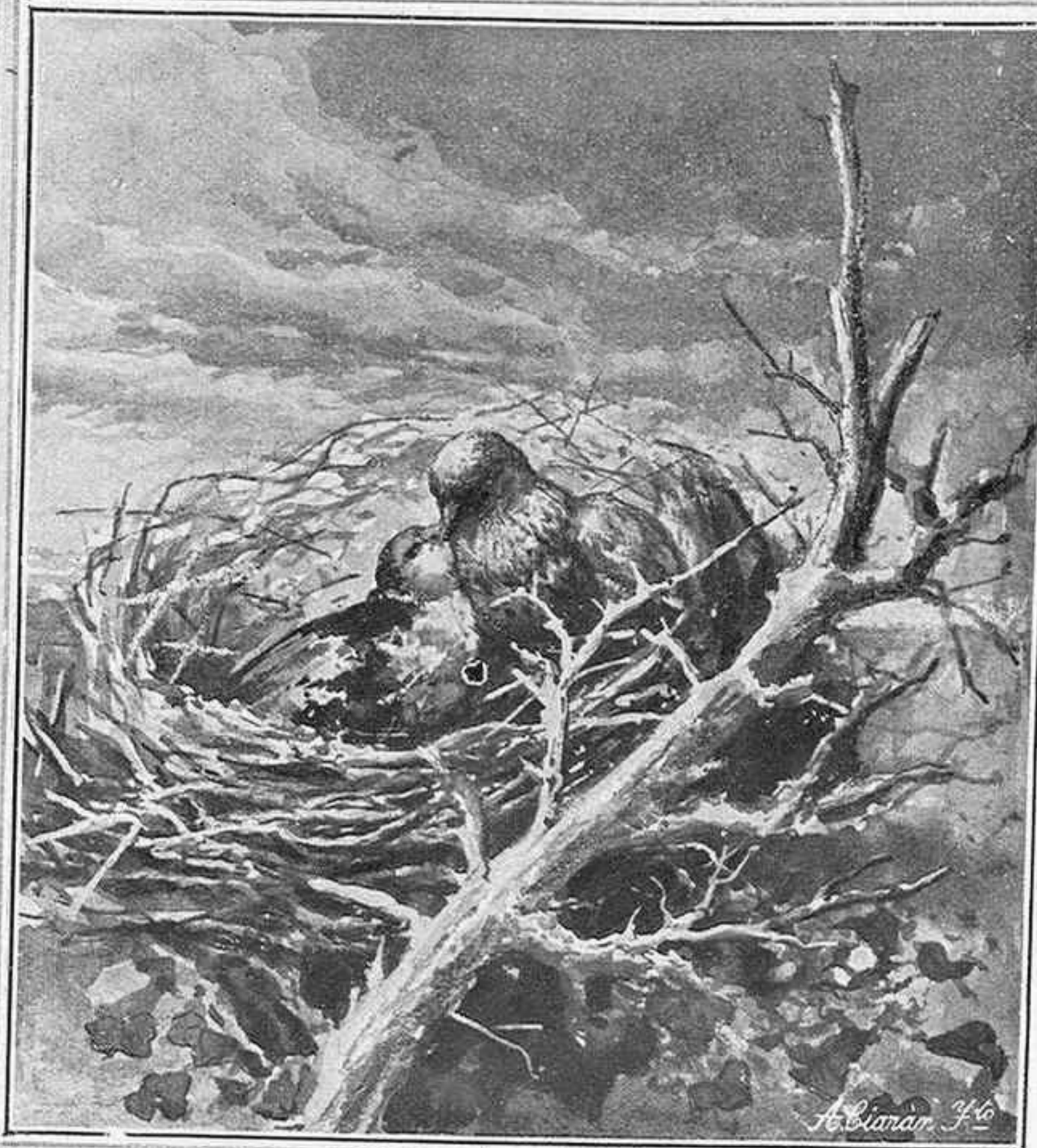
MURILLO



LA VIRGEN DEL ROSARIO

Museo del Prado.

Fot.ª de Lacoste.



**N**UNES. San Rufino y compañeros, mrs., y santa Inés de Asís, virgen.  
17 Mart. San Gregorio Taumaturgo, ob.; san Acisclo y santa Victoria, mrs., y santa Gertrudis la Magna, virgen.

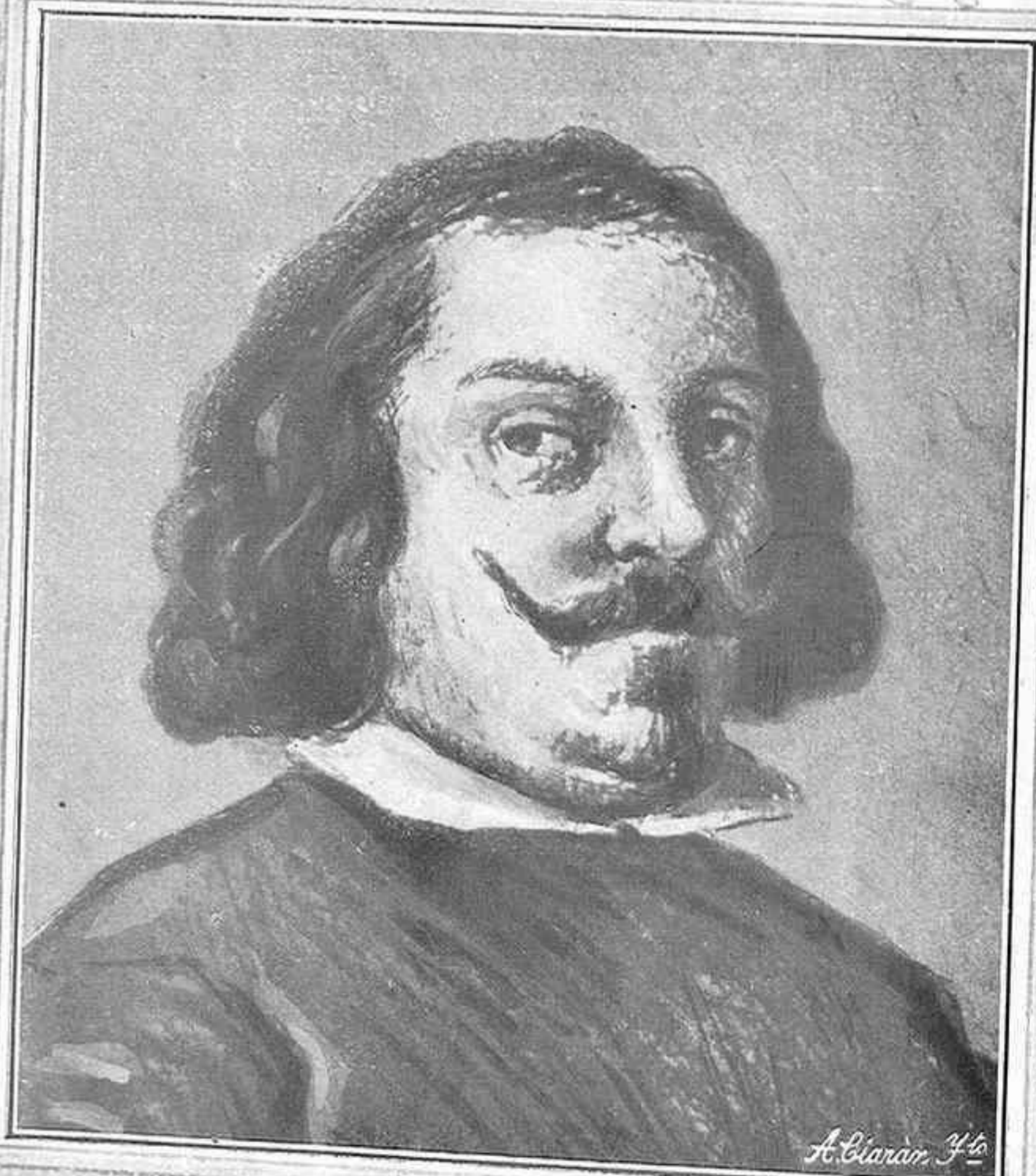
- 18 Miérc. La Dedicación de las Basílicas de san Pedro y san Pablo, en Roma, y santos Máximo y Román.  
19 Juev. Santa Isabel, princesa de Hungría, y san Ponciano, papa.  
20 Vier. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad, y san Edmundo, rey de Inglaterra, mr.  
21 Sáb. La Presentación de Nuestra Señora, y santos Rufo y Esteban, mrs.  
22 Dom. Santa Cecilia, virgen y mr., y santos Marco y Esteban, mártires.  
23 Lun. San Clemente, papa; santa Felicitas, viuda, mrs., y san Daniel, ob.  
24 Mart. San Juan de la Cruz; san Crisógono, mr.; santas Flora y María, vírgenes, y mártires de Córdoba.  
25 Miérc. Santa Catalina, virgen y mr., y san Moisés, presb. y mártir.  
26 Juev. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, ob. y mr.  
27 Vier. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mrs., y san Valeriano, ob.  
28 Sáb. San Gregorio III, papa, y san Esteban el Mozo, mr.—  
*Cierranse las velaciones*  
29 Dom. *I de Adviento.* San Saturnino, ob. y mr., y santa Iluminada, virgen.  
30 Lun. San Andrés, apóstol; san Cástulo, mr., y santos Constantino y Zósimo, confesores.

**D**OMINGO. LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.  
2 Lun. La Conmemoración de los Fieles Difuntos, y santa Eustoquia, virgen y mr.  
3 Mart. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y san Ermenegol, ob.

- 4 Miérc. San Carlos Borromeo, arz.; san Vidal y san Agrícola, mártires.  
5 Juev. San Zacarías, prof., y santa Isabel, padres de San Juan Bautista.  
6 Vier. San Severo, ob. y mr., y san Leonardo, conf.  
7 Sáb. San Florencio, ob.; san Ernesto, abad, y santos Herculano y Amaranto, mrs.  
8 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, y los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mrs.  
9 Lun. La Dedicación de la Basílica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mr.  
10 Mart. San Andrés Avelino y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.  
11 Miérc. San Martín, ob., y san Mena, mr.  
12 Juev. San Martín, papa y mr.; san Diego de Alcalá y san Millán, presb.  
13 Vier. San Eugenio III, arzobispo de Toledo; san Estanislao de Kostka y san Homobono, conf.  
14 Sáb. San Serapio, mr.; santos Lorenzo y Rufo, obispos, y san Josafat, ob. y mr.  
15 Dom. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, y san Leopoldo, confesor.

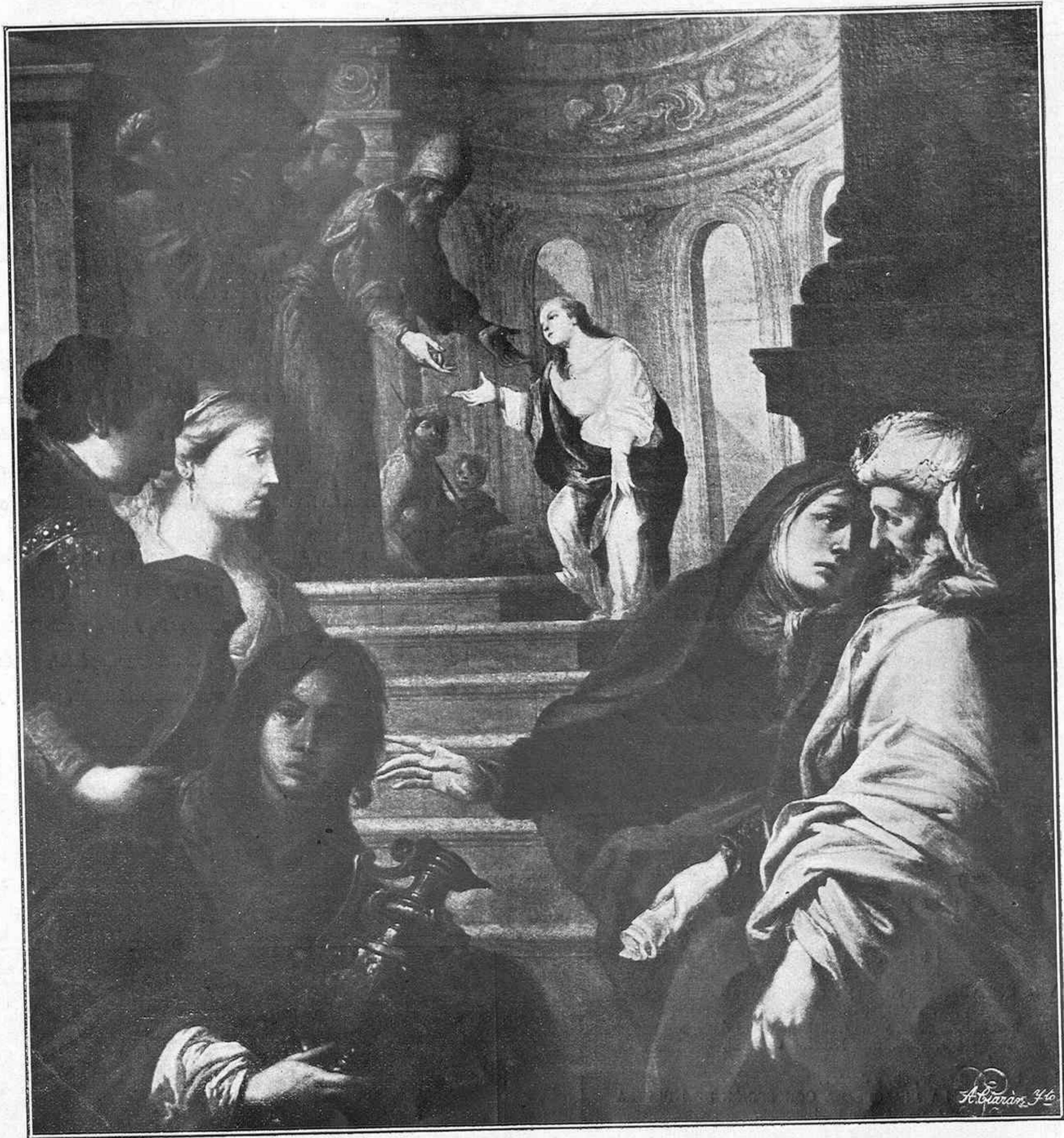
**NOVIEMBRE**

**VALESLEA**



A. Giarán 34

VALDÉS LEAL



LA PRESENTACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Museo del Prado.

Fot.ª de Lacoste.



## RIBERA



- D**ARTES. Santa Natalia, viuda, y san Lucio, mártir.
- 2 Miérc. Santa Bibiana, virgen y mr.; san Pedro Crisólogo, ob. y doctor, y santa Elisa, virgen y mr.
- 3 Juev. San Francisco Javier, conf.; san Claudio y santa Hilaria, mrs.
- 4 Vier. Santa Bárbara, virgen y mr., y el beato Francisco Gálvez, mártir del Japón. — *Ayuno.*
- 5 Sáb. San Sabas, abad, y san Anastasio, mr. — *Ayuno.*
- 6 Dom. *II de Adviento.* San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.
- 7 Lun. San Ambrosio, ob. y doctor.
- 8 Mart. *Fiesta.* LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.
- 9 Miérc. Santa Leocadia, virgen y mr., patrona de Toledo, y san Restituto, ob. y mr.
- 10 Juev. La Traslación de la Santa Casa de Loreto; san Melquiasdes, papa y mr., y santa Eulalia (ú Olalla) de Mérida, virgen y mr.
- 11 Vier. San Dámaso, papa, y san Sabino, ob.
- 12 Sáb. Nuestra Señora de Guadalupe, de Méjico; san Hermógenes y san Donato y compañeros, mrs. — *Ayuno.*
- 13 Dom. *III de Adviento.* Santa Lucía, virgen y mr., y el beato Juan de Marinoni, conf.
- 14 Lun. San Nicasio, ob. y mr.; san Espiridión y san Pompeyo, obispos.
- 15 Mart. San Eusebio de Bercei, ob. y mr.
- 16 Miérc. San Valentín y compañeros, mrs., y santa Adelaida, emperatriz. — *Témpora.* — *Ayuno.*

## DICIEMBRE

**T**UEVES. San Lázaro, ob. y mr.; san Franco de Sena, confesor, y santa Olimpia ú Olimpiades, viuda.

- 18 Vier. La Expectación de Nuestra Señora (vulgo la Virgen de la O). — *Témpora.* — *Ayuno.*
- 19 Sáb. San Nemesio, mr., y san Timoteo, diácono. — *Témpora.* — *Ayuno.* — *Órdenes.*
- 20 Dom. *IV de Adviento.* Santo Domingo de Silos, abad, y san Julio, mr.
- 21 Lun. Santo Tomás, apóstol; san Temístocles, mr.; san Glicerio, presb. y san Anastasio, ob. y mr.
- 22 Mart. San Demetrio y compañeros, mrs., y san Flaviano, mártir.
- 23 Miérc. Santa Victoria, virgen y mr., y san Sérvulo. — *Días de Su Majestad la Reina.*
- 24 Juev. San Gregorio, presb. y mr.; san Delfín, ob., y santa Tarsila. — *Ayuno con abstinencia de carne.*
- 25 Vier. *Fiesta.* LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mrs.
- 26 Sáb. San Esteban, protomártir, y san Marino, senador, mr.
- 27 Dom. San Juan, apóstol y evangelista; san Teodoro y san Máximo, ob.
- 28 Lun. Los Santos Inocentes, mrs., y san Eutiquio, presb. y mártir.
- 29 Mart. Santo Tomás Cantuariense, ob. y mr., y san David, profeta.
- 30 Miérc. La Traslación del cuerpo de Santiago, apóstol, patrón de España.
- 31 Juev. San Silvestre, papa y conf.; santa Melania, virgen, y san Sabiniano, ob.



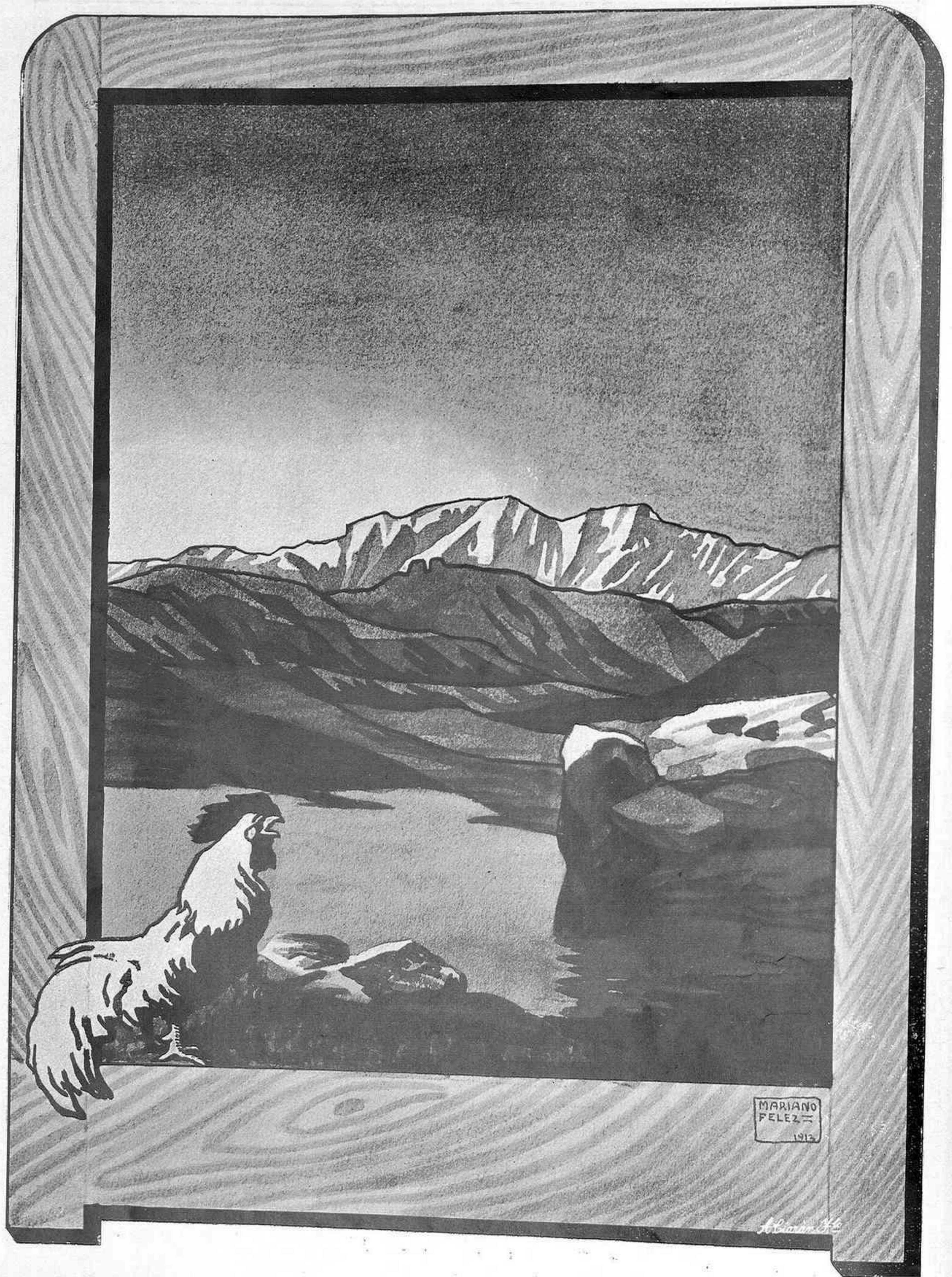
RIBERA



LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Museo del Prado.

Fot.ª de Lacoste.



== El amanecer.



— □ ¡VIDA NUEVA! □ —

Buen desengaño se lleva  
El que á sospechar se atreva  
Que este año voy á seguir  
Con mi modo de vivir:  
¡Año nuevo, vida nueva!

Con la costumbre fatal,  
Origen de todo mal,  
Hoy quiero romper de pronto.  
¡Está feo que haga el tonto  
Una persona formal!

Si viví con ligereza,  
Hoy deploro mi torpeza:  
¡Cumplí los *sesenta y uno*  
Y es el momento oportuno  
De que siente la cabeza!

¿Que el ser un padre simplón  
Acabó con los ahorrillos  
de mi humilde profesión?...  
Pues no tengo más chiquillos:  
¡Se acabó la producción!

¿Que escribí, *echando las muelas*,  
*Ciento ochenta* bagate!as  
entre dramas y sainetes?...  
Pues ya no escribo zarzuelas:  
¡Se acabaron los *juguetes!*

¿Que no me hice obedecer  
En casa?... ¡Desde mañana  
Carácter voy á tener,  
Y en mi casa se ha de hacer  
Lo que á mí me dé la gana!

De mi situación precaria  
Yo sólo soy el autor  
Por mi imprevisión diaria.  
¡Desde hoy conozco el valor  
De la *unidad monetaria!*

Al Banco lo pregunté  
De una manera discreta,  
Y del valor me enteré:  
Son *cien céntimos*... ¡Ya sé  
lo que vale *una peseta!*

Desde hoy, al verla pasar  
Por mi mano pecadora,  
Diré... «¡Pase sin temblar!  
¡Ya he podido averiguar  
Lo que vale usted, señora!»

¡Mire usted que haber ganado,  
Luchando día tras día,  
Más de un millón mal contado,  
Y sin haberme enterado  
De lo que el millón valía!

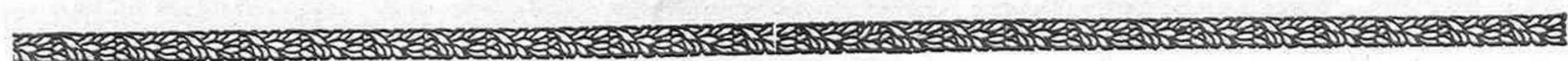
Desde hoy pongo al gasto tasa,  
Que ya es hora, me parece,  
De que el orden reine en casa.  
¡*El catorce* no me pasa  
Lo que me ha pasado *el trece!*

Si quiero tener dinero  
Hay que ahorrar el año entero.  
¡Desde hoy me pienso quitar  
De los vicios de fumar  
Y de pagarle al casero!

Por *el deber* me decido,  
Que es más cómodo y mejor.  
Quiero tener garantido  
Mi capital, invertido  
todo en *la deuda interior*...

¡Lector, aunque no lo creas,  
Cambio de rumbo y de ideas!  
No emborrono más cuartillas  
Ni vuelvo á escribir quintillas:  
¡No quiero hacer cosas feas!

JOSÉ JACKSON VEYÁN.



## Agonía y muerte de la tierra.

Los sabios cuentan con diferentes procedimientos para calcular aproximadamente la edad de la Tierra, es decir, el tiempo que lleva de existencia el planeta que habitamos. Los oceanógrafos, por ejemplo, pueden decirnos cuánto tiempo ha tenido que transcurrir para que los mares adquieran el grado de salinidad que actualmente presentan; los geógrafos, lo que han tardado en formarse los pliegues montañosos que constituyen las grandes cordilleras; los geólogos, por su parte, han calculado la duración de las sedimentaciones sucesivas que han dado origen á las diferentes capas de la corteza terrestre; y, en fin, los físicos del siglo XX, estudiando los misteriosos fenómenos de la radioactividad de algunos elementos minerales, han llegado á averiguar la edad de esos mismos elementos. Y, ¡cosa extraña!, por tan diversos caminos se ha llegado á deducciones concordantes, quiero decir, á resultados bastante parecidos; pudiendo, en virtud de ellos, admitirse que desde que se formó la corteza sólida de nuestro globo hasta la fecha van transcurridos de mil á dos mil millones de años. ¡Dos mil millones de años! En este inmenso, larguísimo período, la corteza terrestre ha ido experimentando infinidad de transformaciones y peripecias. Los elementos se han disociado, se han vuelto á combinar, unas combinaciones han sucedido á otras, y la atmósfera, los océanos y el relieve de las tierras han experimentado vicisitudes mil, y únicamente han permanecido invariables, como testigos impasibles de todos los dramas por que ha pasado el planeta, los gases raros del aire, el helio, el argo, el kripto, el neo, el xeno, que no han sufrido alteración alguna en medio de todos los cambios, convulsiones y trastornos por que ha pasado nuestro planeta en su ya larga existencia.

Ahora bien: si á pesar de todas estas tremendas vicisitudes la Tierra ha resistido tantos millones de años, ¿continuará existiendo por tiempo indefinido y en condiciones de que pueda seguir siendo habitada por la Humanidad? Ó, por el contrario, ¿irá nuestro globo, aunque sea lentísimamente, perdiendo sus condiciones de habitabilidad? ¿Irá envejeciendo hasta llegar á ser un astro muerto como la Luna, es decir, incapaz de albergar organismos vivientes? Por otra parte, ¿las condiciones de estabilidad del sistema planetario serán tales que se pueda considerar eterno, ó las mismas leyes que rigen su actual existencia implican su destrucción y, por lo tanto, la del planeta que nos sostiene?

\*  
\* \*

Esto último es lo que deducen los sabios tomando en consideración las dos leyes físicas que por mejor establecidas se tienen, á saber: la de la conservación de la energía y la de la gravitación universal.

El Sol, centro de nuestro sistema planetario, está emitiendo sin cesar, bajo la forma de radiaciones térmicas, luminosas, ultravioletadas y eléctricas, cantidades enormes de energía. Por consiguiente, la provisión de ésta en aquel astro acumulada, ya provenga de la concentración sucesiva de la masa solar, ya de las reacciones químicas que en la misma masa se produzcan, bien de sustancias radioactivas, bien de otros orígenes todavía desconocidos, concluirá por agotarse. Seguramente será necesario para ello que transcurran miles y miles de siglos. Helmholtz calcula que dentro de diez y siete millones de años el Sol se encontrará reducido á la cuarta parte de su volumen actual; pero mucho antes de ese tiempo la temperatura del globo terrestre será, por lo baja, incompatible con la existencia del hombre; juzgando, por lo tanto, que á la Humanidad le quedan, á lo más, unos seis millones de años de existencia. El sabio sueco Arrhenius alarga considerablemente el plazo, pues opina que la energía almacenada en la masa solar por las combinaciones endotérmicas basta para mantener las radiaciones de aquel astro, en las proporciones actuales, durante cuatro mil millones de años. Así, pues, esta teoría de Arrhenius, fundada en la constitución física del Sol, explica que este astro haya podido estar desprendiendo calor en los espacios desde tiempos anteriores á las épocas geológicas más remotas, y que pueda continuar del mismo modo por períodos de duración inmensa; ó de otro modo, que aun cuando ya hayan transcurrido cerca de dos mil millones de años desde que nuestro globo presentó una disposición semejante á la actual, aun le queda una existencia de doble duración en condiciones análogas, ó sea compatibles con la vida.

Pero, á pesar de todo, con arreglo al principio de la conservación de la energía, llegará un tiempo en que el Sol vaya enfriándose. La Tierra, entonces, falta del calor solar, se enfriará también, y la Humanidad, después de heroica resistencia y de luchas horribles, acabará por perecer en el frío eterno.

El estudio de la gravitación universal ha conducido á conclusiones igualmente pesimistas. Sabios eminentes se han dedicado, en efecto, á resolver el problema relativo á la estabilidad del mundo planetario. Laplace y Lagrange han hecho ver, por un cálculo de primera aproximación, que el sistema planetario, con arreglo á la ley de Newton, debe ser estable. Pero Poisson ha demostrado, profundizando más en el asunto, que en ciertas épocas la forma de las órbitas planetarias podrá sufrir fluc-

tuaciones considerables. Enrique Poincaré ha probado, igualmente, que en un porvenir más ó menos remoto los planetas, bajo la acción de perturbaciones seculares que irán aumentando indefinidamente, por causa del frotamiento de los mismos planetas contra el éter cósmico, concluirán por precipitarse sobre el Sol, ó bien disgregarse en el frío del espacio. Según esto, el sistema planetario de Newton no presenta la estabilidad que Laplace y Lagrange creyeron encontrar, y la Tierra se halla amenazada de ser aniquilada por destrucción ígnea, al ser absorbida por la masa solar, antes del enfriamiento completo de ésta. Pero semejante fin de nuestro globo será precedido por el de los organismos terrestres, que sufrirán, mucho antes, la muerte por el frío, como resultado de la ley de la conservación de la energía.

\* \* \*

Así, pues, al cabo de períodos que podrán ser de duración inmensa, pero que, de todas suertes, tendrán un término, vendrá el fin de nuestro mundo viviente. La agonía de la Tierra será larga, larguísima, y la lucha de los seres vivos, para resistir las condiciones, cada vez más duras, que amenazarán su existencia, también larga y tenaz.

Sin embargo, muchísimos siglos antes de que esta agonía se manifieste se presentará un período, también de duración inmensa, en el que nuestro globo ofrecerá circunstancias mucho más favorables que el actual para la existencia de la Humanidad.

Aparte de las ventajas que los progresos incesantes de la civilización aporten para la comodidad de la vida y de los efectos que la mayor cultura haya de producir en la organización de la sociedad, cambios naturales en el medio ambiente han de ocasionar variaciones intensas, extraordinarias, en las condiciones de existencia de los organismos, así humanos como no humanos, que entonces vivan.

Uno de estos cambios será el que se verificará por alterarse la proporción del ácido carbónico en la atmósfera. Este gas se halla actualmente en el aire en muy débil dosis: unas tres milésimas de ácido carbónico contiene, por término medio, la atmósfera que gravita sobre los continentes, y una décima parte menos la que se extiende sobre los océanos, debido á la absorción que dicho gas sufre por el agua del mar. Esta débil proporción de ácido carbónico en la atmósfera, además de servir para la vida de las plantas, ejerce otra acción beneficiosa: protege á la Tierra contra el enfriamiento en el espacio, de tal suerte que si la referida dosis de tres milésimas llegase á desaparecer, aparte de que la vegetación no existiría, la temperatura de la super-

ficie del globo experimentaría un descenso general de unos veinte grados centígrados.

Pues bien: en el correr de los siglos la atmósfera terrestre se irá enriqueciendo en ácido carbónico. Por una parte, los progresos de la industria, que irán consumiendo, hasta agotarlos, todos los materiales combustibles encerrados en las profundidades de la corteza terrestre, y, por otra, la actividad de los volcanes, que irá aumentando con la contracción de esa misma corteza, serán causas que hagan vaya en aumento la proporción de ácido carbónico existente en el aire.

En la larga historia de la Tierra, y por diversos motivos, se han producido ya variaciones en la dosis del referido gas en la atmósfera que envuelve el globo, y la geología muestra los tremendos cambios que esas variaciones han producido en la superficie del planeta y en las condiciones de la vida.

Así, pues, á medida que la proporción del ácido carbónico aumente, aunque sea sólo en una milésima, mejor protegida estará la Tierra contra su enfriamiento en el espacio. Al recibir del Sol la misma energía térmica, pero perdiendo menos por irradiación, la temperatura en la superficie del planeta se elevará, las condiciones climatológicas serán más suaves, y los siglos coetáneos constituirán épocas templadas en las cuales no habrá que temer los terribles períodos de glaciación que caracterizó los principios de la época cuaternaria. La vegetación, por la doble influencia de la mayor proporción de ácido carbónico en el aire y de la elevación de temperatura, será mucho más abundante, puesto que este mismo aumento de temperatura producirá mayor evaporación de agua de los mares y la atmósfera estará más cargada de vapor acuoso y las lluvias serán más abundantes. La vegetación, por su esplendor, recordará la época carbonífera; las cosechas de todo género serán más ricas; la madre Tierra, en fin, se presentará mucho más fértil para los hombres en esos siglos favorables.

\* \* \*

Pero cuando la energía solar empiece á manifestar las primeras señales de decaimiento, toda esa prosperidad en nuestro globo irá también menguando. De poco servirá que la atmósfera terrestre, cargada de vapor de agua y de ácido carbónico, sea un obstáculo al enfriamiento del planeta. Á medida que éste vaya recibiendo menor cantidad de calor del Sol, se irá enfriando; la atmósfera podrá contener menor cantidad de vapor de agua; se irá haciendo más seca y más favorable al enfriamiento, aunque siga conteniendo ácido carbónico, que cuando, además de éste, se hallaba cargada de vapor acuoso. Á medida que disminuya la

temperatura, disminuirá también el esplendor de la vegetación é irá cambiando la fisonomía de la superficie terrestre.

Continuando el enfriamiento, muchos organismos vegetales y animales, que no puedan resistir las bajas temperaturas reinantes, irán pereciendo; otros se transformarán, si su organización se lo permite, para irse acomodando al medio, y lo mismo hará la Humanidad, que comenzará entonces su lucha gigantesca para resistir los efectos, progresivamente crecientes, de la disminución de calor recibido del Sol. El hombre, ayudado por la Ciencia, utilizará en esta lucha todas las fuerzas de la Naturaleza, para transformarlas, en parte, en la energía calorífica que del foco solar le vaya faltando, y, en parte, en producir los demás elementos necesarios para la vida que mediante esa acción calorífica solar hoy se procura directa ó indirectamente.

La Humanidad, pues, aprovechará la caída de las aguas, el inmenso caudal de energía que supone la acción de las mareas, las radiaciones ultravioletadas, todas las manifestaciones hoy conocidas de la actividad terrestre, y acaso otras que hoy no conocemos; tal vez se ingenie para capturar energías extraterrestres; tal vez pueda procurarse el auxilio de otros mundos, pues no se puede imaginar las maravillas que en el transcurso de los siglos podrá realizar la Ciencia. ¿Quién sabe si el hombre llegará á circunscribir grandes espacios de tierra, agua y atmósfera, en los que, protegidos por cubiertas atermas, logre impedir que se pierda en el espacio el calor que él produzca utilizando fuerzas naturales distintas de la radiación térmica solar y pueda allí mantener por larguísimos períodos la temperatura que así consiga?

Por esto se ve cuán larga, cuán tenaz podrá ser la lucha que la Humanidad mantenga para resistir la agonía de la Tierra. Sin embargo, por inmensos que sean sus esfuerzos, por invencibles que aparezcan sus recursos, si el enfriamiento del Sol continúa llegará un tiempo en que, cuando los océanos no reciban la cantidad suficiente de calor para mantenerse en estado líquido, se transformarán en masas tremendas de hielo sólido y se acabará para la Humanidad uno de los focos más grandes de energía terrestre: la acción de las mareas. Las nubes de la atmósfera, condensadas en nieve precipitada sobre el suelo, no rodearán ya el globo, protegiéndole contra el enfriamiento en el espacio, y á partir de tal época dicho enfriamiento será más rápido, y el terrible drama se precipitará hacia su fin.

Cuando mares, lagos y ríos sean bloques de hielo; cuando, con la atmósfera completamente seca, no sea posible de ningún modo la vida á la intemperie, el hombre y algunos organismos que le acom-

pañen aun podrán prolongar durante algún tiempo su existencia en los espacios, que, como antes queda indicado, se pueda procurar, y en los que habrá de ingenjarse para conservar la temperatura y el aire respirable, además de producir los demás elementos necesarios para la vida; pero continuando el enfriamiento en el resto del globo, tras de la condensación y solidificación del vapor de agua vendrá la desaparición del ácido carbónico de las atmósferas libres. Dicho gas carbónico caerá sobre la superficie terrestre bajo la forma de nieve finísima, y con él desaparecerá la última capa protectora contra el frío final.

Cuando la temperatura descienda á doscientos grados bajo cero, se originarán en nuestro globo lluvias tremendas y se formarán nuevos océanos que se agitarán entre las cordilleras terrestres y entre las rocas de hielo que sustituirán á los mares actuales. Pero esas lluvias y esos nuevos océanos no serán de agua, sino de oxígeno y nitrógeno líquidos por la acción del frío, y en la atmósfera no quedará más que hidrógeno y helio.

Mucho tiempo antes, la vida en nuestro globo habrá sido imposible; la Humanidad habrá dejado de existir. El planeta continuará todavía girando en el vacío, con sus mares de aire líquido, y sobre los horizontes terrestres continuará apareciendo, en las horas correspondientes al día, un sol moribundo, de color rojizo obscuro, cuyo escaso brillo se irá también amortiguando hasta desaparecer por completo. Y, más tarde, según las deducciones de Poincaré, sobre ese astro sin luz, pero todavía caliente, irá á caer la Tierra, fundiendo su masa con la del cuerpo celeste de que en otro tiempo formó parte, y del cual tuvo origen.

\* \* \*

Tal será el fin que, según las leyes físicas de la conservación de la energía y de la gravitación universal, aguarda á la Humanidad, á los organismos que viven sobre nuestro globo y á este mismo, aunque sea al cabo de un período que se mida por millones de siglos.

Sin embargo, la Ciencia no ha dicho acerca de esto su última palabra. Resulta ahora que, estudiando las leyes físicas referidas, no como hasta ahora, sino como leyes diferenciales, conducen á conclusiones muy distintas de las obtenidas. Bajo este nuevo aspecto parece que tiene que producirse hacia el Sol una enorme concentración de un nuevo flujo de energía procedente del campo de la gravitación, concentración que compensa la pérdida de energía que experimenta aquel astro por la radiación térmica, luminosa, ultravioletada, eléctrica, etc., asegurándose así la permanencia ó cons-

tancia de su temperatura y de manantial de las referidas formas de energía.

Así, pues, con arreglo á este nuevo modo de considerar las leyes físicas á que se ha hecho referencia, las fuerzas de gravitación especiales, producidas por las mismas perturbaciones que los planetas experimentan en su curso, ocasionan en los elementos de las órbitas planetarias variaciones tales, que dichas órbitas vuelven automáticamente y con toda exactitud á recobrar su forma estable presente; por consiguiente, el sistema planetario actual se encuentra en condiciones de estabilidad que pueden ser consideradas como eternas; no tiende, pues, á su destrucción; no es posible la caída de los planetas hacia el Sol, como opinaba Poincaré.

Además, el Sol no pierde energía cedida á las lejanas regiones situadas en la periferia del sistema planetario; pues la energía que radia en el espacio la recupera bajo la forma de flujo de energía en el

campo de gravitación. No hay que temer, por lo tanto, el enfriamiento del Sol, enfriamiento que pondría un límite á la existencia de seres organizados en la superficie de la Tierra.

Mantenida la estabilidad en la radiación térmica del Sol, la Humanidad no perecerá de frío y podrán continuar su evolución intelectual y física por una duración ilimitada.

Por consiguiente, según estas doctrinas, nuestro mundo no perecerá yerto de frío por faltarle el calor del Sol, ni la Tierra caerá precipitada sobre el gran astro central de nuestro sistema planetario.

Pero ¿tendrán, efectivamente, estas deducciones científicas más fundamento que aquellas otras, con arreglo á las cuales nuestro mundo pasará por la agonía y muerte que antes quedan descritas?

*A i posteri l'ardua sentenza...*

VICENTE VERA.

## ABANICOS

La tierra para claveles  
Morena tiene que ser,  
Y tiene para violetas  
Que ser morena también.  
Así en tu rostro moreno  
Se juntaron á la vez,  
Las violetas en tus ojos  
Y en tus labios el clavel.

Busca, bella Luisita, quien te lea  
Estos versos livianos;  
Pues si tu vista en ellos se recrea,  
Arderá el abanico como tea  
Al fuego de tus ojos soberanos.

Cuando asoma en el cielo  
La luna clara,  
Envidia la blanca  
Que hay en tu cara  
Y al salir de la noche  
Los luminares,  
Se encelan de la gracia  
De tus lunares.

Hace Dios por parejitas  
Rositas pitimini  
Y mujeres pequeñitas;  
En ti copió á las rositas  
Y en ellas te copia á ti.

Eres espiga dorada:  
Una amapola encarnada  
Por darte un beso se hirió,  
Y en tu boquita, cuajada  
Toda su sangre dejó.

Oye, Trini, un secreto que sabemos  
De un viejo zahorí:  
Los abanicos mandan los suspiros  
adonde quieren ir.

Pareces un sueño, de blanca y de leve;  
Tu cuerpo es de pluma;  
Tu rostro de rosa y de nieve;  
Tu pie es una flor;  
Tus ojos son fuego, tu mano es espuma;  
Pareces un sueño de amor.

S. Y J. ÁLVAREZ QUINTERO.





DISIDENTES

Cuadro de A. Weczercict.

## LA PENÚLTIMA VOLUNTAD

## CUENTO

1

LA cáfila de sobrinos de D. Felicísimo Arnaldo de Pastrana se incorporó como un solo hombre á la cabecera del veterano *sportsman* al saber su cuarto vuelco de automóvil.

Unos fueron llamados por teléfono, con ruego y encargo de transmitir la noticia á los demás; otros, dispersos por casinos, tertulias ó teatros, recibieron de sopetón la mala nueva, leyendo la reseña espe-luznante en la *última hora* de la prensa nocturna, cuyo alcance no daba pormenores, contribuyendo con su vaguedad á pronósticos fatídicos. Algunos tuvieron que abandonar la molicie del lecho y lanzarse á medio vestir á la intemperie para no llegar tarde á la imponente revista sobrinicia. Nadie sabía la importancia efectiva del siniestro: dábase por cierta la muerte del *chauffeur*; creíase malherido al dueño del auto, el recién casado Marqués de la Toja; *favorecida* con lesiones menos graves á su esposa, y levemente contusionados D. Felicísimo y el coche, que sólo había sufrido ligeros desperfectos. Sólo un ameno reporter, á pesar de lo avanzado de la hora, tuvo tiempo de elegantizar la crónica, presagiando que «lógicamente, no tendría tan fácil compostura el *viejo material* del clubman distinguido, en la clínica, como el *châssis*, nuevecito y flamante, en el *garage*».

Los sobrinos, sin necesidad de tales agüeros, se ponían en lo peor. Cien veces habían previsto y lamentado las agravantes de cualquier accidente en un señor setentón, que podía verse desatendido en su última hora, no por falta de recursos ni de afectos (pues le sobraban dineros y sobrinos), sino por su extraño vivir, incomunicado con la familia, en soledad temeraria, sin la cordial tutela que necesitan el niño cuando empieza y el viejo cuando acaba. Calcularon, sin ponerse de acuerdo, todas las contingencias de aquel vuelco, que, con ser el cuarto, era el primero que ocurría en Madrid, permitiendo la rápida intervención de la parentela; la falta de médico de cabecera, por la incurable *salud crónica* que disfrutaba el vejestorio; las deficiencias del servicio doméstico en una casa donde el dueño era mero transeunte, siempre volandero para comer, siempre viajando, y alguna vez durmiendo bajo techos más coquetones que los de su mansión histórica; la necesidad de enfermeros ó enfermeras competentes, y, por último, el deber moral de que no le faltaran los auxilios espirituales.

Nada se escapó á su previsión ni á su cariño. Y por eso, movilizándolo coches y tranvías, telefonistas y recaderos; teniendo que venir alguno á uña de caballo desde el Campamento de Carabanchel; vistiendo los unos de frac, los otros de campo, de uniforme ó de casa, resultó que, ocurrido el siniestro al anochecer en el camino del Pardo, curado el único superviviente, el superfeliz D. Felicísimo (como supo con asombro Madrid entero después del avance de la prensa), en la Casa de Socorro, y trasladado luego á su domicilio, antes de la media noche rodeaban el lecho del doliente:

Su primo carnal Jacobo Arnaldo, viudo, con la lucida prole de Jaime, Daniel, Aurora, Luz, Rosario y Carmelita.

Pedro, Leonor, Ángeles y Olegario Pastrana, con su madre D.<sup>a</sup> María Ventura (hijos de su difunto primo Perico Pastrana).

Luis, Clemente, Bautista, Gaspar, Elena y Josefina Easo (hijos de su prima Clemencia Pastrana y D. Luis Easo, ambos fallecidos).

Joaquinito, Estrellita, Enriquito y Pepín Laborda (nietos de su prima Enriqueta Arnaldo).

Julio Ruiz, Juan Olías, Alberto Góngora y Manuel Portugalete (consortes de las nombradas Leonor, Carmelita, Luz y Elena).

Concha Gayo, Amparo Mora, Úrsula del Cerro, Teresa Jiménez y Eloisa Roger (esposas de Pedro, Jaime, Daniel, Gaspar y Clemente).

Mariano Dueñas (prometido de Rosario).

Don Narciso Celorio (padrastro de los pequeños Labordas).

Dos institutrices.

Un preceptor.

Un Hermano Camilo.

Dos Hermanitas enfermeras de dos casas diferentes.

El Dr. Juárez y el Padre agustino Fr. Benigno Somoza (suministrados por los Pastranas).

El Dr. Méndez y el Padre redentorista Gerardo Rizo (aportados por los Labordas).

El Dr. Miles y el Padre filipense Antolín Olmedo (entrenados por los Arnaldos).

El Dr. Bueno y el cura castrense D. Guillermo Ariza (requeridos por los Easos).

Y el médico de la Casa de Socorro. Éste, antes de la llegada de sus compañeros, quería, y no podía, retirarse: daba por terminada su misión; la importancia de las lesiones estaba en la edad del paciente; la reacción de su naturaleza era la mejor

cirugía; reposo, alimento y nada de emociones. Pero... ¡que si quieres! Cualquiera contenía el alud familiar. Era en vano impedir la entrada en la alcoba del enfermo. Todos, según iban llegando, querían tener impresión directa del semblante de su pariente. Renunciar á verle era indicio de tibieza.

Por fortuna, el buen viejo reposaba, y en el ínterin, las señoras, más resueltas y ejecutivas que los hombres, sin disputarse la unidad de mando, ya que sería confuso el mejor derecho, tomaban disposiciones contrapuestas, celosas de ganar para su estirpe mención honorífica en aquel certamen del cariño.

Como la casa ni tenía lumbre ni aparejos para ello, y no era fácil á tal hora improvisar una calefacción uniforme, vinieron como por el aire, de distintas casas, braseros y estufillas, y mientras unas sobrinas, avivando la lumbre, templaban el ambiente, otras, pareciéndoles muy recargado el aire por tantas respiraciones concentradas y el asfixiante sahumero del tabaco implacable, abrían los balcones, con aprobación de unos médicos y tímidas protestas de otros colegas de más tímida higiene.

Por eso, y por todo, el facultativo de la Beneficencia preguntaba insistentemente cuál de aquellos inclitos compañeros era el de cabecera para hacerle entrega del enfermo, y supo, con tal motivo, las extravagancias del buen señor, que, por no hacerle falta, no tenía médico...

Comía, de ordinario, en círculos y *restaurants*; alguna vez en aristocráticas mesas, y nunca con la familia, pues hecha una excepción, tendría que contentar á todos, que eran muchos, y su tenaz soltería, como su vida errante, no eran obra del acaso, que á veces desvía un espíritu ordenado y casero de la órbita matrimonial, sino deliberada emancipación de las cadenas familiares, credo de una total independencia, horror á todas las monotonías, llevado al extremo de no abonarse ni suscribirse á nada, de no ir siempre al mismo casino, ni apartar para sí ninguna mesa en los comedores, ni servirse del mismo peluquero, ni contraer lo que llamaba *servidumbre de parroquiano* en ningún establecimiento.

Ni siquiera dormía siempre en su casa; muchas veces, por pereza ó capricho, pasaba la noche en un hotel. Viajaba constantemente desde su juventud, y, consecuente con sus principios, saludó con entusiasmo el advenimiento del auto á la vida locomóvil: el auto, como él, prescindía de los rieles.

Sin quehaceres ni negocios, dueño de una fortuna que, si sus sobrinos fueran capaces de fijarse en tales pequeñeces, hubieran calculado en poco más de cuatro milloncejos de pesetas, llevaba una vida activísima... de placer.

Además de las dos fuertes comidas principales, no perdonaba nunca el te vespertino y la «salida de teatro», cuando no se terciaban cenas de traspasnoche, con alegres comensales de ambos sexos. No fumaba más que habanos después de comer; cigarrillos egipcios á todo pasto, y una pipita de tabaco inglés al levantarse, para hacer boca... Y para contrarrestar esta acción desecante *necesitaba* remojar las fauces con las oportunas bebidas, que, aparte del vino de mesa, se reducían á la ginebrita de desayuno, un *coc-tail* á media mañana, el *vermouth* antes del almuerzo, las copitas de sobremesa, la quinquina preparatoria de la comida y media docena, á lo más, de *whiskys* ó *brandys* con soda, cervezas y *groggs*.

Este régimen, y setenta y siete años á cuestas, los llevaba D. Felicísimo sin ayuda de aguas minerales ni de médicos. Si tenía achaques, él lo sabía, pero oficialmente nunca se dió por enfermo. Y el que quisiera oírle no tenía más que tocarle el tema de la «asistencia facultativa». Soltaba la sin hueso y decía que el mejor gobernante del mundo fué el emperador Tito, que mandó despachar de Roma á los oradores y á los médicos; contaba del emperador Adriano, que alcanzó muchos años de sana vida sin hacer uso de medicinas ni de médicos, y cuando, ya caduco, se dejó convencer y se puso en manos de la ciencia, le resultaron tanto más intolerables los remedios que los males, que, arrepentido, mandó poner en su sepulcro este epitafio: *Perii turba medicorum*.

Aguantó muy cortés esta cháchara el médico de la Casa de Socorro; pero como todo ello le importaba un bledo, y nada tenía que hacer donde cuatro eminencias iban á disputarse el preciado honor de estrenar á D. Felicísimo como cliente, dió media vuelta y se largó, dejando la impresión tranquilizadora de que las erosiones y rasguños carecían de importancia, y sólo podían temerse, sin ser probables, las complicaciones cerebrales ó cardíacas, consecuentes á la edad avanzada y á la fuerte conmoción sufrida.

Y cuando se disponían los sobrinos á tomar acuerdos ó soportar desacuerdos, constituyendo un directorio formado por un pariente, un Padre y un médico; llegó la grata nueva de que el enfermo había despertado y pedido un vaso de cognac con agua.

Entonces fué el apiñarse todos, en amoroso hemiciclo, junto al lecho del enfermo. Parecía que las pupilas del tío fueran el objetivo de una máquina fotográfica, y ninguno quisiera quedar desenfocado.

Don Felicísimo, como si despertara de una pesadilla, paseó absorto sus ojos mortecinos por aquella sarta de parientes y exclamó suspirando:



—¡Nada!... ¡Lo que yo temía!... ¡El cuadro clásico!... ¡Ya no sirve ni volcar en automóvil!... ¡Siempre la misma decoración angustiosa de agonía!

—¡¡¡Tío!!!—prorrumpieron á un tiempo multitud de voces.

—¡Queridas... moléculas!—repuso con voz desmayada el enfermo, dibujando una sonrisa picaresca. *(Silencio y expectación.)*

—Las moléculas son atraídas por la gravedad... como vosotros... ¿Para qué os habéis molestado? ¡Ja!... ¡Ja!

*(Una tos oportuna cortó la risa molesta.)*

—¡¡Tío!!... ¡¡¡Tío!!! ¡¡¡Tío!!!

Unas treinta voces le llamaron tío.

Cuatro médicos le pulsaron.

Varias mejillas se adornaron de lágrimas.

Y D. Felicísimo prosiguió:

—¡Que llamen en seguida á un notario!

*(Sensación enorme.)*

—¡Que llamen en seguida á un notario, para que levante acta de que ninguno de estos apreciables doctores ha venido por mi cuenta!

—¡Pero tío Felicí...

—No hay tío que valga. Si venís á asistirme ¿por qué empezáis robándome?...

!!

*(Tantas admiraciones como circunstancias.)*

—¡No veis que me estais robando el aire, que es lo que más falta me hace? Dejadme solo. No muero de esta. Palabra de honor. Y no me tengáis á obscuras. Encended todas las lámparas. ¡Luz! ¡Alegría para vivir, para morir y para todo! ¡Fuera esa *mise en scène* horripilante!... ¡Caracoles con la familia previsorial... ¡Mediquitos para el alma y para el cuerpo! ¿Habéis escogido ya la funeraria?... ¡Dejadme queridos, dejadme!

*(Gran parte de la familia obedece, desalojando la alcoba. Algunos enarcan las cejas y hacen signos, como lamentando que al tío le falte un tornillo.)*

—Así... Así... Marchaos todos callandito... Obedecedme..., ó lo dejo todo á la Guardia civil... Pero ¿qué veo? Habéis encendido velas de cera ante el cuadro del despacho?... ¡Ja! ¡Ja! ¡No me hagáis reír! Pero ¡criaturas, si ese fraile pintado no es un santo! ¡Si es Rafael Calvo en *Don Alvaro!*... Tiene la mar de gracia... Pero no puedo más. Estoy molido, nada más que molido. No me hace falta nada extraordinario: cama, huevos crudos, cognac, y.. en un par de días mi *reprise*... ¡Cuánto siento que se hayan molestado estos buenos Padrecitos! Yo no los quiero mal... Que vengan..., que vengan mientras no pueda salir de casa y echaremos un tresillito barato... Ahora que me dejen reposar... Pero no faltéis ninguno mañana. Tengo que notificaros mi penúltima voluntad, sin cuyo cumplimiento nadie

será partícipe de... *la otra*, que ya está formalizada, para vuestra tranquilidad... ¡Hala! ¡Hala! Á descansar todos y yo el primero. ¡Que me den un *grog* bien caliente y... buenas noches!

II

En un comedor del Casino de Madrid. D. FELICÍSIMO acaba de almorzar solo. Mientras corta la punta del cigarro y complica el café con selectas gotas de Jamaica, entra y se acerca á la mesa D. BRUNO BAÑOS.

BRUNO.—¡Conque festejando solito su restablecimiento!

FELICÍSIMO.—Haciendo por la vida, que no es lo mismo. No tengo motivos que festejar.

BRUNO.—¿Le parece á usted poco? ¡Digo! ¡Librarse de un vuelco que ha costado la vida á tres personas!

FELICÍSIMO.—¿Y le parece á usted poca desgracia para mí? Ellos tan jóvenes tenían derecho á la vida: yo, en cambio, tenía derecho á una muerte tan felicísima...

BRUNO.—¡Admirable!... ¡Admirable postura! Sentimientos generosísimos que no hubiera rechazado ninguno de los interfectos.

ERNESTO JUÁREZ, entra y se acerca dando gritos.

ERNESTO.—¡Hola! ¡Hola! ¡Felices y retefelices, mi Sr. D. Felicísimo! ¡Sea bien resucitado el veterano simpaticón! ¡Camará! ¡Tiene usted más vidas que un gato! Usted ha tomado en serio la inmortalidad.

FELICÍSIMO.—Nadie se muere hasta que Dios quiere.

ERNESTO.—Pues usted debe de tener muchas influencias allá arriba... ¿Ha salido usted hoy por vez primera?

FELICÍSIMO.—No: fuí ayer á saludar á los amigos del Nuevo Club. Dí luego un paseito y me retiré temprano.

BRUNO.—Total... ¿qué tiempo ha estado usted sin pisar la calle?

FELICÍSIMO.—Seis días mal contados...

ERNESTO.—Y aquí no ha pasado nada... Una carenita, y... ¡a vivir tan terne como antes!

BRUNO.—¡No! He cambiado de opinión: al entrar usted me hablaba del placer de morir.

ERNESTO.—¡Y las señas son mortales! Le veo tirando de un veguero, sorbiéndose un café, paladeando una copeja y creo que esa media botellita vacía es del acreditado veneno *Extra Dry*. ¡Preparándose á bien morir!

FELICÍSIMO.—No he tomado el cubierto del día, sino cuatro cositas sanas y tonificantes. Mis ostras de siempre, mi *consommé*; un par de hue-

vos á la copa, dos filetitos de lenguado á la *crème*, un pastelito de espinacas, una calandria trufada, mi ensalada de berros, un poquito de Chester con mermelada de Frambuesa, unos granos de uvas, *pudding* al ron, que levanta á un muerto, media botellita de Chianti, otra media de Champagne, el cafetito y *sansacabó*.

ERNESTO.—Pues no lo comprendo.

FELICÍSIMO.—¿El qué?

ERNESTO.—Se me hace difícil que la digestión de ese piscolabis le haya despertado ideas mortuorias.

FELICÍSIMO.—No, querido; lo que yo dije al amigo D. Bruno es otra cosa. Me hablaba de mi vuelco, y yo calificaba de insensato el desenlace. Ellos, los jóvenes, ansiosos de vivir, se arrojaron del coche y fenecieron. Yo me abandoné deliciosamente..., dí por hecho el negocio de morir sin agonía..., cerré los ojos... entregándome á Dios... ¡y vivo! Yo no tengo la culpa. ¿Se empeña Dios en que viva? Pues ¡a vivir! Pero eso no quita para que lamente haber perdido una ocasión excepcional de morir á mi gusto.

BRUNO.—¿Le molesta á usted la crisma y desea rompérsela?

FELICÍSIMO.—¿Cómo no? El progreso ha mejorado mucho las condiciones de la vida y tiene el deber moral de mejorar asimismo las condiciones de la muerte. Vamos por buen camino: tenemos á raya el infecto morir de la peste, de la lepra, de la viruela; ganamos terreno al tifus, al cáncer, á la avariosis; no suprimiremos la última página, pero será más decente. Y el porvenir acaso reserve á nuestra posteridad una transacción admirable: cambiar nuestro abominable microbio, por el traumatismo. ¡Sí! Yo entreveo que la enfermedad de los ultratiglos, será el siniestro. La mayor difusión de las vías férreas y marítimas, en estos últimos tiempos viene ya dando un hermoso contingente... El automóvil es un comisionista de la muerte. El aeroplano tiene ya sección diaria en la prensa para sus volteretas mortales. Por ahí va la cosa. Morir por explosión, derrumbamiento, naufragio, choque, *atterrissage*; morir sano y bien vestido y no sudoroso, cadavérico, en una alcoba mal oliente...

BRUNO.—Para ese resultado no hacen falta progresos. ¡Con suicidarse!...

FELICÍSIMO.—¡Ca! Pues ahí está la ventaja del siniestro! ¡Un suicidio sin culpa! ¡La voluntad de morir sin atentar uno mismo contra sí! ¡Es el ideal!

ERNESTO.—¡Vamos! Hablando tauromáquicamente, un suicidio... *recibiendo*. ¿No es eso?

BRUNO.—Si el amigo Arnaldo propala tales ideas, creerán que el batacazo no le ha dejado la cabeza sana.

FELICÍSIMO.—¡Qué disparate! La idea de un *bel morir* es vieja y bella... ¿Por qué, los que gustan de lo exquisito en la vida, no han de tener la noble aspiración de una muerte exquisita? Yo soy *gourmet* hasta en eso. El complemento de una larga vida, es una corta muerte. En la *struggle for life*, en la cruel batalla de la vida, el modo de morir establece notorias jerarquías, entre las mismas clases proletarias. La muerte del hortera, en el hospital ó en la pocilga, es ruin, es ordinaria, es... sucia... repulsiva... desagradable... para él, y para los que le rodean. Mueren mejor el fogonero en su máquina, el piloto en su navío, el pescador en su barcaza, el *chauffeur* en su coche y el aviador...

ERNESTO.—Esa es la muerte más... *airosa* de todas.

FELICÍSIMO.—Pues sobre eso, que es ya una categoría, están la muerte del acróbata y del torero... ¡Al son de la música y de las palmas! Y hay todavía algo más elevado: la muerte del héroe y la del mártir. Eso es la perfección.

BRUNO.—Para sentar plaza, me parece que es ya algo tarde, amigo Arnaldo; pero aun puede que le admitieran como misionero evangélico...

FELICÍSIMO.—No aspiro á tanto; me limito á pedir á Dios una muerte abreviada. No es una *pose*, ni una extravagancia, ni una... chochez, como acaso estén sospechando mis nobles amigos. Pensando así, voy en buena compañía:

¡Ven, muerte, tan escondida,  
Que no te sienta venir!

¡Nunca se ha dicho nada más hermoso!

BRUNO.—¡Que dijera eso el pobre, en su tugurio, horrorizado por la miseria en que deja á la carne de su carne! ¡Pero usted! ¡Asistido con todo el *confort*! ¡Pudiendo congregarse junto á su lecho un especialista para cada víscera! ¡Rodeado de parientes cariñosos!

ERNESTO.—En cuanto á eso... me ha contado un pajarito que los ha desheredado á todos...

FELICÍSIMO.—¡Disparates! Han oído campanas...

ERNESTO.—Vamos; pero algo hay...

FELICÍSIMO.—No hice más que tomar precauciones, para que no se repita el espectáculo, para mí odioso, de una grave enfermedad entre gentes de buen tono. Como la *última voluntad* no suele conocerse hasta después de la muerte, he dictado mi *penúltima voluntad*, que habrán de cumplir los que pretendan heredarme, si me coge entre ellos una grave enfermedad, y no tengo la suerte de que Dios me mande otra

voltereta más... brillante y *práctica* que la pasada.

ERNESTO.—Pero ¡hombre de Dios! ¡Eso es una herejía! Otros solterones podrán tener miedo á morir abandonados; pero usted, con un familión como el que tiene, gente buena, cristiana y distinguida...

FELICÍSIMO.—¡Oh! ¡Sí! Eso *viste mucho*... á la hora de morir...

BRUNO.—Pero tiene razón Ernesto: sin perjuicio de seguir dándose una buena vida, puede tener entre su familia una muerte patriarcal.

FELICÍSIMO.—Precisamente la que deseo, en defecto de la... *otra*; pero, á mi modo, sin las rutinas y comedias en uso. Nada de recibir los Santos Sacramentos de mogollón, á última hora, entre lagrimones decorativos. ¡Vida alegre y alegre muerte! Un risueño adiós al mundo, y... ¡cara al Cielo!

ERNESTO.—¡Ah! ¡Vamos! ¡Ya entiendo! ¿Ha hecho usted un programa de festejos para su última hora?

FELICÍSIMO.—¡Precisamente! Ya que no pueda morir en un *dirigible*, haré dirigible mi agonía. En cuanto caiga enfermo, se constituirá un Notario á mi cabecera para levantar acta de si mis sobrinos cumplen ó no mi penúltima voluntad.

BRUNO.—¡Será curioso!

FELICÍSIMO.—Será ejemplar. Sólo que, amigos míos, ese programa no pienso ensayarlo por ahora. Este vuelquecito me ha servido de... *biómetro*, y tengo un saldo de vida á mi favor que... hay hombre para rato...

BRUNO.—¡Ya! ¡Ya!

FELICÍSIMO.—Conque... Con su permiso, voy á pasear este tenteempié á la Moncloa. Si ustedes gustan acompañarme, á la vuelta tomaremos un refrigerio en *Parisiána*.

### III

Han pasado seis años. Don Felicísimo, pocos días antes de cumplir sus ochenta y tres, ha ido con varios amigos á una tirada de pichón. No toma parte en el concurso, pero tira sus tiritos, se orea, se distrae, abre el apetito, y lo cierra después como un valiente.

Sus sobrinos, ignorando la duración de la jira, le han telegrafiado preguntándole «si estará de regreso en Madrid el día de su cumpleaños».

Y, con general asombro, no sólo contesta afirmativamente, sino que añade y ordena que, en tal día, vaya cada cual con su tribu á felicitarle.

Festejar en su casa el cumpleaños, era una novedad tan increíble que ni sobrinos sesentones recor-

daban precedente alguno; no sólo porque en la cocina del tío, como suele decirse, podían tomar el fresco los gatos, sino por ser una abdicación de quien nunca dió días á nadie, y huyó siempre de que se los dieran, ausentándose exprofeso de Madrid.

En los seis años transcurridos desde el vuelco famoso, hubo pérdidas de familia en las cuatro ramas sufragáneas de D. Felicísimo; pero las bajas, aunque sensibles, se habían cubierto *con superávit*, mediante los sacramentos combinados del matrimonio y el bautismo. Cinco de los sobrinos tenían ya nietos, de modo que las cuatro divisiones reforzadas entre sobrinos, resobrinos y consortes, daban un contingente de cuarenta sobrínáceos.

Los cuales, sin faltar uno, invadieron puntualmente el solariego caserón, de ruin fachada y magnificencias interiores dignas de restaurarse y de exhibirse.

Sin ponerse de acuerdo los parientes, por la humana propensión á ganar los afectos con finezas, todos llevaban regalitos delicados para el tío; y todos también coincidieron en conferir á los pequeños el honor de ofrendar al anciano los presentes.

La casa fuéles desconocida. En vez de los tres ó cuatro servidores indispensables que de ordinario bastaban á guardar una vivienda sólo de noche habitada por el dueño, había porteros con gran librea, lacayos, mozos de comedor, ayudas de cámara... y olor á cocina. Los muebles, desnudados de sus fundas, resucitaban grandezas históricas de la Casa; el ir y venir del mayordomo y de su improvisada servidumbre, indiciaba preparativos de gran fiesta; además del viejo y afónico piano de gran cola, intacto medio siglo, veíase otro, moderno, en el gran despacho, lindante con la alcoba de D. Felicísimo. Y, sobre todo, lo extraordinario, lo... estupefactivo, era, que portal, escalera, recibimiento, corredores, salas y gabinetes estaban adornados con plantas majestuosas en tibores y macetas, y lindos ramilletes en chimeneas, repisas y centros de mesa.

El enjambre de parientes movíase atónito, curioseando tantas novedades, y aun el estupor subía de punto con la tardanza en hacerse visible *del señor de los días*.

La curiosidad tiene sexo propio, y mientras los hijos de Adán contenían su impaciencia por descifrar tantos misterios, una cuadrilla de hijas de Eva asaltó al mayordomo, preguntándole:

—Pero vamos á ver... ¿Qué significa todo esto? ¿Qué pasa? ¿Por qué no sale el tío? ¿Es que está en cama?

—En cama, precisamente, no; pero... no me gusta nada.

—¿Ha tenido algún ataque? ¿Se queja de algo?



—No; se está vistiendo y saldrá; pero...

—Pero ¿qué?...

Y el mayordomo, otro pergamino septuagenario, dijo con tono doctoral:

—No se queja de nada; come, *como él come*; duerme bien..., al parecer; ha dispuesto cuanto ven de nuevo las señoritas por sí mismo; pero... hay dos cosas que no me gustan. La primera, que llegó hace tres días, y no ha salido á la calle... *Malum signum!*... La segunda..., la voz ..

—¿Ronca?

—No.

—¿Gruñona?

—¡Al contrario! Una dulzura..., un apagamiento .. que..., no sé explicarme, pero yo me entiendo; y no me gusta, no me gusta... ¡Chiss! ¡Ahí le tienen ustedes!

Y apareció el anciano, pasmoso, magnífico, solemne, triunfal; vistiendo severa levita, calzando fino zapato de charol, enhiestas las plateadas guías del bigote, lustroso, repeinado, erguido, rozagante.

Abrió los brazos, sonriente; grandes y pequeños se abalanzaron á él, y antes de un minuto, fué abatida la soberbia de su altivo mostacho, por obra y gracia de tantos besos recalcados, tantos abrazos prietos.

El gran señor sonreía, se dejaba acariciar, aguantaba el cariño tumultuoso, como si toda su vida hubiera ejercido el patriarcado entre aquella grey... de la que apenas conocía los nombres: y cuando, siempre pulcro, quiso reparar ante un espejo el desbarajuste de su atavío, vióse acorrido por oficiosas y blancas manecitas que, arrastrándole á un sillón bajo, le atusaban en tierna competencia los pelos desbandados, y ponían en orden su corbata.

—¡Viva! ¡Viva el tío!—clamaban los pequeñuelos.

Y poniéndole en medio hicieron corro y gritaron desaforadamente:

Tengo un cariño grandísimo  
Á mi tío Felicísimo.  
Que los tenga muy felices  
Y nos convide á perdices.  
Hoy cumple el tío, cabales,  
Cuatro duros y tres reales.  
Que cumpla cien deseamos  
Y que todos lo veamos.

—¡Bravo! ¡Muy bien!—decían á voz en grito los mismos trovadores infantiles, palmoteando y repitiendo las coplas.

Don Felicísimo á todos hacía cara, prodigando sonrisas cariñosas con la equidad discreta que el caso requería, y nadie pudo dar cuerda á la envidia latente de las opuestas ramas familiares.

No hubo en este sentido molestas preferencias; pero un observador sagaz hubiera señalado... algo

así como indiferencia cortés para los caballeros; algo como *orientación habitual* hacia las buenas mozas y las mocitas en flor, y algo como ternura de abuelo para las parvulitas y parvulitos.

Oíase la voz gubernativa de los papás recomendando á sus respectivos vástagos (como suele decirse, *con la boca chiquita*) que dejaran tranquilo al tío, cuando lo cierto era que se les caía la baba contemplándoles, y hasta llamaban la atención del pariente sobre algunas diabluras que, á su ver, eran geniales.

En un relativo silencio pudo hacerse oír D. Felicísimo, que exclamó:

—¡Gente menuda! ¡Batallón infantil! ¡Diminutos Arnaldos! ¡Minúsculos Pastranas! ¡Mínimos Easos y pigmeos Labordas!... El comedor os espera. Allí encontraréis dulces y juguetes á discreción. Id un ratito. Los caballeres y las damiselas hagan música ó bailen en la sala. Los papás, las mamás y mis colegas los solterones quédense aquí conmigo.

Miradas autoritarias de los padres refrendaron las órdenes del tío, y evacuado el despacho por la gente joven, tocó el timbre D. Felicísimo, se hizo servir, como orador precavido, un mazagrán, y, recogiendo un momento su espíritu, habló así:

—Os habrá sorprendido esta convocatoria; no os apeéis de vuestro asombro, porque pienso maravillaros más. Hoy empieza á cumplirse el programa de mi *penúltima voluntad*... ¡Sí!... ¡No me interrumpáis! El programa de mi agonía... ¡Estoy en ella!... ¡Nada de pucheros! ¡Cuidadito!... El que me aflija con su aflicción me matará antes de tiempo. La letra de mi vida ha vencido ya. Que tarde horas ó días en pagarla... es lo mismo. (Pausa.) Hace una semana salí, como sabéis, con los Tellos, Aranas y Morantes á la finca de Arturo Valenzuela. La tirada tenía una novedad: en vez de jugarse una Copa de esas que llaman artísticas y no sirven ni para un museo ni para un comedor, el vencedor ganaría un lindo y sencillo juego de doce copas de Champagne de cristal de Bohemia y pie de oro repujado. ¡Una tontería de copas! Rumbos de Valenzuela que sabéis cómo las gasta. Y como éramos doce expedicionarios, el ganador había de brindar una vez por cada uno de los comensales, y cada comensal brindaría una vez. ¡Veintidós brindis! El cartel era sugestivo para mí. Me daba en la nariz olor á tragedia. ¡Pólvora, alcohol y gasolina! Tres armas de fuego, tres probabilidades de catástrofe. ¡Mi... obsesión! En vano mis creencias luchaban por arrojar de mi pensamiento ese deseo inhumano... Si no lo sabíais, sabedlo; desde hace años soy un suicida platónico. No me espanta la muerte; pero me horroriza ir á ella en diligencia, dando tumbos. La muerte es dulce; la enfermedad, odiosa; por eso me cuido, para vivir bien lo que me toque vivir;

por eso anhelaba un... telón rápido: el siniestro. Dios me ha castigado, como veréis...

Terminó la tirada sin incidentes; se apuraron las veintidós copas por barba, aunque yo hice mis trampejas... convidando al mantel á cada brindis. Ninguno llegó á pasar de un ligero nublado, pues todos están entrenados de sobra. Pero... llegaron las otras copitas... las que toman al café por encubridor... y ya entonces las bromas fueron á punta y filo, las discusiones detonantes, y yo me vi negro para imponer la paz entre Morante y Valenzuela, que estaban en el disparadero. Y lo que son las cosas; yo, que corté á tiempo un altercado, no me opuse minutos después á un reto. Derivó la conversación hacia el automovilismo, y Valenzuela dijo, entre otras cosas, que el coche de Julio Arana era un carromato de fantasía para darse pisto á la puerta de un casino; pero que á la hora de correr se llamaba Andana; es decir..., *anda... ná*. Replicó el otro, picado, que donde fuera Valenzuela con su torpedo iría él con su... carricoche, y que dos mil pesetas no le dejarían mentir. Se aceptó la apuesta y se convino en que el *record* consistiría en llegar al coto de Peralada y volver antes de la noche. Un disparate de cientos de kilómetros. Se puso luego á discusión quiénes iban á ir y quiénes á quedarse; y en ese tanteo daban por descontado que yo me quedaría. Pero nadie pudo vencer mi obstinación; yo había ido en el coche de Valenzuela y mi asiento no lo cedía. La primera parte del recorrido la ganamos; cuando Julio llegó á Peralada estábamos ya tomando una sangría de vino y limón que nos preparó el guarda. Si después de esa victoria parcial nos dejábamos ganar, *no teníamos perdón de Dios...* Era preciso, por tanto, apretar, echar toda la carne en el asador. Y yo, con la cabeza, ya bastante turbia por el recio vino de la sangría, iba diciendo entre mí: «Ó ahora ó nunca.»

Volábamos y... no pasaba nada; jamás, en mi larga vida automovilista, llegué á sentir la impresión de que iba transportado por el rayo. Ya quedaba poco... Unos diez ó doce kilómetros... Y mi cabeza erre que erre con la idea fija... «Pero ¿será posible que no pase nada?», me decía. Y resonó en lo alto la carcajada de la Providencia. «¿Quieres morir por siniestro? Pues muere tú solo.»

El auto, en una revuelta, se fué derecho al abismo. Cerré los ojos encantado, hice un acto de contrición y ofrecí mi alma á Dios. Pero un viraje monumental de nuestro mecánico libró el peligro y seguimos tan campantes sin que remotamente se nos acercara el otro. Todos se salvaron menos yo. Con apariencias de vida quedé muerto. La Providencia me dió por el gusto con un sarcasmo supremo; el vuelco de mi corazón fué mortal. La *panne* es definitiva. Mis compañeros me ovacionaron al llegar

por la increíble ecuanimidad que mostré en el trance. Y decían: «¡Si será fresco D. Felicísimo, que después del sustazo vino dormido!» ¡Dormido! ¡Sí! Aquel sueño aparente y otra supuesta siestecita que *dicen* eché al día siguiente, fueron verdaderos colapsos. Tuve la certeza de que vendrían ya seguiditos y me quedaría en uno de ellos; me telegrafasteis entonces, y segurísimo de que ha llegado mi hora os convoqué para que realicemos lo que llamé mi *penúltima voluntad*. Quiero morir viviendo, no morir muriéndome. Quiero morir alegremente, como viví. Quiero que el torrente de vuestras vidas inunde mi alma. El que muere no es un condenado que llevan al patíbulo; es un viajero que regresa y se despide de sus compañeros de viaje. Á los ochenta y tres años sería estúpido abominar el mundo y mostrar ese desprecio á la vida de los pesimistas aburridos á lo Schopenhauer y Nietzsche. Ni la resignación austera de Marco Aurelio se acomoda á mi modo de sentir. Yo no he venido á este mundo á instancia propia; pero en el famoso valle de lágrimas me han tratado á cuerpo de rey y no he de ser ingrato á última hora como esos hipócritas que sólo se acuerdan del *vanitas vanitatum et omnia vanitas* en el lecho de muerte. ¡Creerán que engañan á Quien no puede engañarse ni engañarnos, repitiendo latines que no entienden! Sólo tienen derecho á despreciar y abominar este mundo los que viven, despreciándole, consagrados al amor divino. Pero... ¡atracarse de vida terrena, y cuando nos van á echar decir que son feas las películas que nos deleitaron! ¡Inicua confianza en un punto de contrición! Yo soy más consecuente; yo digo al Señor: «No desprecio ni maldigo el mundo que hicisteis complacido; me ha ido bien en él porque así lo habéis dispuesto, y no me importaría vivirle un par de siglos más; pero estoy pronto á volver á vuestro seno. Hágase tu santa voluntad.» (Pausa y sorbo de mazagrán.)

Hasta el último momento quiero rodearme de alegrías; reír, sin daño de nadie; ver cómo se aman los jóvenes, cómo juegan los niños. El desgraciado, cuando invoca á la muerte es por egoísmo: quiere soltar la camisa de fuerza. Yo, sin llamar á la muerte, la espero. Daré el último suspiro entre satisfacciones mundanales, entre el concertante de vuestros jolgorios, y mi voz interior orará, diciendo: «¡Señor! ¡Ya lo veis! Si cosas tan pequeñas me regocijan, mirad cómo gozaré de vuestra grandiosa presencia.» ¿Que no se reza así? Ya noto que alguna sobrina, teóloga y definidora, me declara fuera de la ortodoxia. Pero no, queridas mías. Dios entiende todos los lenguajes y oye todas las voces. Acordaos de San Francisco, que exhortaba á los pajarillos del aire para que cantaran al Señor. Acordaos de aquel magnífico *Cántico del sol*, la mayor poesía

del Serafín de Asís, que tantas veces he repetido en el campo. Aquella alma sencilla invocaba, para que cantaran á Dios, *a tutte le creature; le fratre sole, la sora luna, le fratre ventu, le fratre focu, la sor'aqua y sora nostra madre terra*. El sol, la luna, el viento, el fuego, el agua y nuestra madre tierra, todos hermanos nuestros, alaben á Dios... Cada cual á su modo, y yo... al mío. Mi cántico ha de ser mundano. (Pausa.) Mas no creáis por eso que la Iglesia me cierra sus puertas. Hace poco, mientras me esperabais, me oía en confesión un Padre franciscano. Al oirme hablar lo mismo que os hablé, sonreía..., sonreía..., pero... ¡perdonaba!..., ¡perdonaba!... Y mañana, si vivo, recibiré al Señor. Por eso os convoqué; por eso, y porque luego, cuantas horas ó días viva, serán entre vosotros y vuestros hijos. ¡Nada de lloriqueos! Ya sabéis que es mi penúltima voluntad.

—Pero ¡tío! ¿Por qué no llama usted médicos?

—¿Médicos? *Vade retro!* Sólo he permitido que me vea uno, un instante, para autorizar la conveniencia de que me administren el Viático. Ya veis... por eso si la cosa es seria.

—¡Pues por lo mismo, tío! Y además, si se ha confesado, no es hora ya de rencores y antipatías...

—¡Calla! ¡Calla!... Dios perdonó en la cruz á sus enemigos, pero no les pagó honorarios porque le mataran.

## IV

Nunca vió Madrid espectáculo semejante.

Don Felicísimo había hecho repartir circulares á todos sus amigos del gran mundo, á los consocios de sus círculos y al Cuerpo Colegiado de la Nobleza, invitándoles, con expresivo ruego, á que acompañaran al Viático á su domicilio.

Desde su sillón daba órdenes á deudos y criados para que su plan se ejecutase exactamente.

Si alguna sobrina, nerviosa, tierna ó... teatral, era sorprendida en flagrante delito de ilícito llanto, el tío, con suavidad imperiosa, rogábala que desapareciera de su vista para no perder, con algún chispazo de mal humor, la paz de su alma.

En la parroquia se formó un séquito pocas veces visto en tales casos. Mandó la casa de Rias uno de sus coches históricos para el sacerdote. Y fueron precediéndole á pie, procesionalmente, una lucida representación del todo Madrid; criados de antiguas casas, con sus libreas; conserjes de varias sociedades, con sus uniformes, y monteros del propio viaticado, con sus trajes de campo.

Una riquísima alfombra cubría la acera, y al llegar el cortejo á la puerta del viejo palacio, entró el Señor á los acordes de la Marcha Real, entre lluvia

de flores que arrojaban desde los balcones las sobrinas del enfermo.

Todo de tal modo impuesto y dispuesto por él. Por el mismo D. Felicísimo, que, no yacente en la alcoba, sino de pie, rodeado de toda su parentela, vestido de frac, con el pecho cubierto de bandas, cruces é insignias, esperaba recibir en su casa y en su seno al Señor de señores, al Rey de reyes. *A tout seigneur tout honneur!*

Fueron unos instantes de indescriptible pompa y recogimiento.

Las almas se desbordaron y gimieron, repitiendo las preces.

Don Felicísimo, con una distinción suprema, con aplomo sorprendente, mantuvo el gesto bizarro...

Y al concluir el acto, al quedar solo con sus parientes, irradió en torno una sonrisa inefable, y exclamó:

—¡Pero no lloréis, no lloréis, tontines!... ¿Os parece que llevo mal compañero para el último viaje?

## V

Dijérase que D. Felicísimo no tenía nada. Sus preparativos mortuorios, cuando pasaron días, cayeron en manos de la murmuración. La lógica pide que el que toma el Viático tiene obligación de morir. Preguntábase las gentes cada día si había muerto *ya*; y la tensión novelesca se enervó por completo, aburrido el público, al cabo de una semana, del monótono parte diario: «El enfermo continúa en el mismo estado.»

—¡Si lo que ha tenido es un ataque de *mieditis!*—decían algunos.

—Ó un pretexto, *bien encontrado*, para rectificar su vida y añadir á su biografía una página de familia.

—Digamos mejor... «la penúltima chifladura»—replicaban otros.

Y no faltaban críticas de carácter dogmático, calificando de profanación aquel Viático aparatoso á un enfermo sin enfermedad.

Á este reparo, naturalmente, respondía la familia divulgando el asenso de un médico y del confesor, para quienes el estado de D. Felicísimo era tal, que «en cualquier momento podía quedarse muerto sin agonía».

Esta era también la certeza íntima de D. Felicísimo. Sentía en su interior que iba parándose el péndulo de su vida; pero vivía sin guardar cama, sin demudarse su rostro, gustando de tomar el sol en su balcón, cubierto de cristalillos de colores, conservando el oído y la voz, la vista y el olfato, el apetito y el sueño, la memoria y... ¡la risa! ¿Qué le faltaba? Voltaje. ¿Y qué le sobraba? Sueño. Una

tendencia á apagarse, combatida sin cesar por su plan terapéutico de radio-alegría.

Por eso la consigna de su familia era mantener viva su atención constantemente. Temía al sueño y á la soledad con su pensamiento. No le agradaba la monserga pesimista del alma medrosa, que, pese á todas las enterezas estudiadas, se resiste á volar hacia lo desconocido y se arrebujaba en el cuerpo deleznable con el cual y por el cual conoció la vida.

Quería acallar el son lúgubre de su espíritu yerto con el estruendo de la vida.

Por eso no hacía comiditas de enfermo en su sillón y á solas, sino que, tarde y noche, le acompañaban por turno á la mesa, en formal y cotidiano banquete, sus sobrinos. Quería que éstos, sus mujeres é hijas continuaran yendo á fiestas de sociedad y al teatro, bajo la condición de pasar revista en su casa para recrearse con sus bellos tocados y lindos rostros. Ponía el veto á las músicas tristes, con gran despecho de su resobrina Marcela, que era una *virtuosa* en la cítara. Y del mismo modo pedía á la pianola bailables y pasos dobles; á la guitarra, que punteaba su sobrino Curro Arnaldo, seguidillas alegres; al *cine* instalado en el gran salón, películas festivas, y cuando paraban en la calle los organillos, machacando los aires populares, hacía que los maridos bailasen con sus mujeres, los primos con las primas, mientras él, instintivamente, seguía el compás de los vales con el cuerpo ó se marcaba un *shotis* con una chiquituela en las rodillas.

Hacía falta un elenco tan numeroso como el de su larga parentela para rellenar todas las horas del día con aquellas *varietés* continuas. No eran sólo músicas, danzas y vistas animadas su recreo; también había lugar para las letras; hacíase leer trozos escogidos; pero por un contraste singularísimo, cuando mejor se sentía de fuerzas, el día que casi olvidaba su estado, pedía él mismo páginas del Kempis, de la *Guía de pecadores*, de las *Profecías bíblicas*, ó las *Floreillas de San Francisco*, y cuando, por el contrario, se sentía mal y tenía miedo, disimulado exteriormente, se administraba en seguida los risueños tónicos del *Quijote*, de los amoríos de *capa y espada*, novelas picarescas, *Tartarín*, *El sombrero de tres picos* y *cosas* de Campoamor, el gran *felicísimo* pesimista...

Pero su mayor hechizo eran los pequeñuelos. Procuraba que un refuerzo diario mantuviese vivo el alboroto y la bullanga de la tropa infantil. Allí se celebraban corridas de toros con cuadrillas completas; fingíanse los tendidos con grandes sillones, en cuyos respaldos dejaban los *espadas* sus capotes de *lujo*; dábanse los piqueros, cabalgando en vigorosos primos, tumbos y batacazos de una rea-

lidad á veces *chichonesca*; poníanse banderillas vistosas de papel picado por las *manolas*, que se adornaban para la fiesta taurina con mantillas blancas; concedíanse *orejas* á porrillo, y no estaban de más, pues, como es propio del espectáculo, menudeaban las *brincas*, y acababan los lidiadores por tirarse de las orejas...

Diéronse otros días batallas campales, disparando cañoncitos *de verdad*, y vistiendo los esforzados guerreros uniformes de todas las naciones, y algunos más de inventiva maternal. Cantábanse himnos escolares; hízose una noche grandiosa retreta con profusión de farolillos; representábanse escenas teatrales, con previa censura de D. Felicísimo, que aconsejó *El Tenorio* y *La varita de virtudes*, é impuso *El puñal del godó*, encanto atávico de su generación, ya fenecida.

Otro éxito de los chicos fué la parodia grotesca de un mítin anarquista, terminado por un ataque á la despensa.

En vano parte de la familia quería refrenar el *trop de zèle* de los muchachos; su tío, como las niñas, en el juego de la comba decía:

—¡Tocino! ¡Tocino! ¡Ande el movimiento!

Y apaleaban de firme los tambores; hinchaban sus mofletes, soplando en estridentes cornetines; hacían añicos las panderetas, golpeándolas en la cabeza, en los codos, las rodillas y... en otros lugares más blandos y espaciosos; restallaban látigos; chiflaban en las manos ahuecadas, imitando el silbido del tren; remedaban la sirena del automóvil; y, á pesar de todo, muchas veces, mientras uno le investía con una montera de papel, una mozuela melosilla fingía rizarle las guías del bigote, y otro parvulísimo en los brazos le... *irrigaba* cálidamente el pantalón... Don Felicísimo dormía...

En aquella galería de espectáculos animados, ¿cómo iban á faltar los juegos de carácter religioso? Todos ellos, Arnaldos y Pastranas, Easos y Labordas, eran ciudadanos espirituales de Roma; y si, por pequeña excepción, en los entronques más recientes había algunos *espíritus fuertes* inficionados por las ideas positivistas, no por eso impedían que su prole tomara parte en los jolgorios eclesiásticos.

Había que ver hasta dónde llegaban las católicas madres, en febril competencia, para dar brillo y realce á las sagradas pantomimas. Se empezó por un tinglado sencillo, que carpintearon con cajas de tabaco los mañosos rapaces, y uno de los chicos, que tenía casulla, celebró la primera Misa. Pero entró la emulación: compráronse imágenes de barro fino, candeleros, atriles, cálices, vinajeras, sacras arañas, velas rizadas, de colores; cortáronse y cosiéronse, allí mismo, variados ornamentos, con retazos de vestidos de corte y encajes arrancados de

prendas mundanales, luciéndose las muchachas con los bordados simbólicos en albas y amitos, sabanillas y corporales. Y pronto pareció poco esto: se encargó un retablo *de verdad*, con graderías, sagrario, tabernáculo, ara y frontal. Sin más diferencia que la del tamaño, hiciéronse construir andas, ciriales, mangas, estandartes, cruces alzadas, palio, cepillo de las ánimas, pilas de agua bendita y un púlpito para ensayar los más avispados sus dotes oratorias. Hubo campanario, cuyo volteo era disputadísimo, capas pluviales, casullas de todos los colores rituales, cíngulos, estolas, roquetes, sobrepelices, mitras, báculos, hisopos, patenas, copones, y... ¡el más grato de todos los adminículos!...: ¡el incensario!, causa de algunas colisiones infantiles.

Aquello llegó á convertirse en un Sínodo, porque todos los renacuajos (¡serían tontos!) querían ser Obispos; y ya la humildad de los primeros tiempos de aquella Iglesia fué trocando en vanidades, viéndose todos los bonetes con borlas de color, y luciendo algunos en las procesiones magníficos anillos y pectorales. Para alivio de envidias hubo que celebrar entre casa y casa un concordato por el cual se rigiera el turno del ejercicio episcopal; pero la memoria era poca ó la ambición mucha: las cuentas no salían bien siempre; trabábase de palabras, surgía la gresca, tiraba uno de un báculo que defendía otro, llovían los mamporros, y acababa la fiesta, como suele decirse del Rosario de la aurora, dejando por el suelo las desgarradas vestiduras, apagando á soplos rabiosos todas las velas, y recibiendo algunos buenas tundas canónicas de sus madres..., mientras D. Felicísimo se moría de risa en aquella batahola, y calmaba los ánimos repartiéndolo entre aquellos clérigos menores sendas pesetillas.

Un día... sonó en la calle el pregón característico:

—¡Aleluyas finas! ¡Aleluyas! ¡Que va á pasar Dios! ¡Aleluyas!

Y, al oírlo, toda la gente menuda que, como domingo, estaba *au grand complet*, se puso en movimiento. Unos, á comprar manos y manos de pliegos de aleluyas; otros, á leerlas y cortarlas; las madres, á encargar flores y á cubrir con tapices los balcones. Pasó el *Dios Grande* de largo sin dar la comunión en aquella calle, y, de pronto, surgió la idea entre los chicos de organizar una procesión en la casa. Dicho y hecho.

Se anunció por pasillos y dependencias de la

casa, con una gran campana, el próximo paso de la comitiva. Unos, con el sobrante de los pliegos, iban repitiendo el pregón:

—¡Aleluyas!

Mientras, otros preparaban el altar, se revestían, y encargaban á una prima *de las mayores* que tocara al piano la Marcha Real.

Don Felicísimo contemplaba, siempre encantado, aquellos preparativos, teniendo en una y otra pierna dos sobrinillas que, á un tiempo, le delectaban distintas aleluyas.

Salió la procesión, con la proverbial magnificencia de aquella diócesis mínima, recorriendo el mayor trayecto posible dentro de la casa y no perdonando ningún detalle, pues hasta un cochecillo de mano que servía para trasladar al tío de unas á otras habitaciones fué utilizado para el menudo sacerdote oficiante. Volvió de regreso al despacho la piadosa comitiva, nutrida con el séquito de padres, madres, hermanos mayores y sirvientes, todos con tan cándida alegría asociados á tales inocentes juegos, que señoras y criadas cubrían sus cabezas con velillos y pañuelos, y algunas iban con velas encendidas acompañando al cortejo infantil, y hasta podría jurarse, sin pecado, que había madres piadosas que rezaban de veras, pidiendo á Dios que aquellos minúsculos oficiantes no se apartaran en su mocedad de tales prácticas piadosas.

Al pasar ante el tío, era obligado el saludo reverente, después del cual iban los chicos acomodándose en derredor y postrándose de rodillas; pero al apearse del coche el curita oficiante y dirigirse hacia el enfermo, acaso para extremar con inocente irreverencia el religioso simulacro, vieron todos que D. Felicísimo adelantó el cuerpo, abrió desmesuradamente los ojos, y, sosteniendo con cada brazo una chiquilla como si estuviera entre dos ángeles, volvió á recostarse en el sillón, sonrió..., sonrió... beatífico y quedó dormido.

Quisieron despertarle; era la hora de merendar; él mismo además exigía que no le dejaran dormir entre horas. Le llamaban y no respondía. «¿Sí? ¡Pues ahora verás!», dijeron los niños, metiendo mano á los tambores, repicando el campanario y llamándole á gritos.

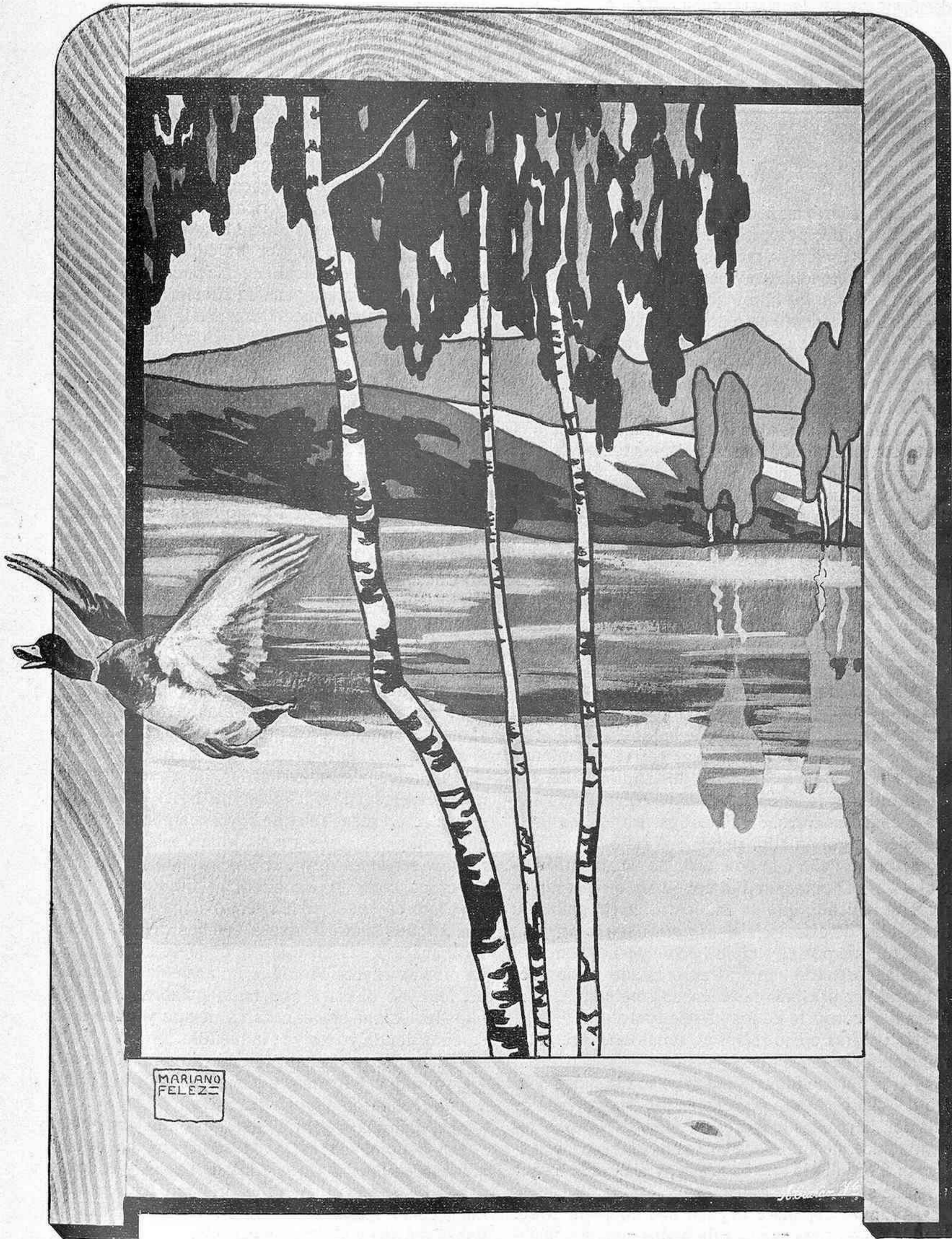
Pero D. Felicísimo, caída la cabeza sobre el pecho, teniendo un querubín en cada rodilla, dormía..., dormía..., entre el redoble y el repique..

Y aun duerme.

Allá nos espere muchos años.

JOSÉ CÁNOVAS Y VALLEJO.





MARIANO  
FELEZ

== El día.



## PACITA NO SE CASA

CARTA DE PACITA MORENO  
A SU AMIGA JULIA SIGRÁS:

«Te extrañará, muñeco, que no haya contestado antes á tu carta; pero, hija, entre bailes, paseatas, teatros, pretendientes, mamás de pretendientes, hermanas de pretendientes y pensar en los pretendientes se me pasan las horas que es una bendición.

«Es mucho cuento este de que mis dotes personales—según ellos—y mi dote personal—según yo—impongan á todo hombre que me conozca la enfadosa obligación de hacerme el amor.

«Tú bien sabes que este viaje de ahora lo hice casi de incógnito, porque quería andar sola, sin más grata compañía que la de mamá, por todo Madrid. Pues no ha sido posible.

«Á veces esta obsesión de los hombres hacia mi dinero me causa mucha pena. Tengo lástima de mí misma.

«No, no te rías, Julia. Me tengo lástima de ser rica. Quisiera ser hija de un empleado, que conociese más de cerca la vida y lo que es no tener criada cuando el papá está cesante y lo que es dilatar la boda hasta cuando consiga el novio plaza en unas oposiciones de 2.000 pesetas.

«Á mí, en cambio, me sucede lo contrario. Ya sabes con qué ensañamiento se confabuló nuestra ciudad contra mí en cuanto me bajaron las faldas y me subieron el pelo. Primero las secretas combinaciones familiares, que unirían dos capitales fuertes ó destruirían la vieja hostilidad entre demócratas y conservadores. Después los propósitos individuales: el gobernador joven que salió de un periódico madrileño á la conquista de un acta provincial y de la Diputación á la conquista de una mujer rica; el teniente, que se encuentra cierta gallardía irresistible de estampa del *Simplicissimus* alemán; el poeta, que por el simple hecho de llevarme del brazo al escenario con un frac prestado y una poesía..., tal vez prestada también, se cree con derecho á ser Rey consorte de los Juegos Florales.

«No ignoras cómo recibí yo todas esas prematuras manifestaciones de egoísmo.

«Parte porque todavía me retozaba la niñez dentro del cuerpo; parte por el ejemplo desgraciado de mis dos hermanas mayores, el caso es que he logrado hacerme antipática entre mis paisanos, y atribuyen á orgullo lo que es miedo, y á desdén lo que no sabe ser más que pena.

«¡Ay, muñeco, muñeco! ¿Por qué no había de ser la vida como esos cuentos de hadas que nos mienten las madres y los libros del internado? ¿Por qué

no había de poder yo, como la princesita que buscó marido disfrazada de mendiga, sin más verdad que su cara bonita para enamorarle, encontrar ese marido?

«¡Con qué gusto le diría luego al buen muchacho que me hubiese querido por mí misma: «Ahora, señor mío, nada de privaciones, nada de *contigo pan y cebolla*. Soy rica, muy rica..., como tú no lo pudiste soñar nunca, viéndome tan humilde.»

«Pero, ¡ay!, que ningún pretendiente ignora al acercarse á mí la posición de mis padres, lo que heredaré cuando muera abuelita Amalia y tita Rosa y madrina; de lo que puede servirles la senaduría vitalicia de papá y su alto prestigio político.

«Y, sin embargo, ¿por qué no ha de haber entre tantos que me dicen lo mismo, con parecidas palabras, alguno á quien realmente le guste yo, sola yo, sin dineros y sin fincas, y sin porvenir de herencias, y sin nepotismos—¿no se dice *nepotismos?*—políticos?

«Lo habrá, hija; pero yo no he sabido encontrarle ni comprenderle. No sé á cómo suena la sinceridad. Ignoro si los ojos que me miran codician mi fortuna ó mi personita.

«Consulto á mi madre, y mi madre, tan buena, tan deseosa de que yo sea feliz, no quiere aconsejarme.

«—Á tu elección lo dejo—dice.—Tu padre y yo no queremos más que un hombre que sea trabajador, aunque no gane más que cuatro pesetas.

«Y á esto pienso yo: «Muy bien; pero ¡hay tantos hombres trabajadores por necesidad, que no trabajarían en cuanto tuvieran la vida asegurada!»

«Figúrate, Julia, mis murrias, mi desesperación, mis desvelos en esta cama de hotel cuando me quedo sola y pienso en que voy á cumplir veintiocho años, en que tita Rosa y madrina y mis padres no pueden ser eternos, y que voy camino de ser una solterona, como lo son madrina y tita Rosa...

«Claro es que también tengo fama de coqueta, que á todos sonrío y que á muchos dejo concebir esperanzas. Pues bien: no es coquetería, es deseo de creer, es necesidad de fe, un ansia desmedida de ser feliz, de buscar entre tanta palabrería galante unos labios que sepan callar á tiempo y unos ojos serenos donde yo no vea la mentira.

«Ahora tengo cuatro pretendientes nada menos. Cuatro que son los más adelantados, porque todavía no recibieron ninguna negativa.

«Un diplomático, un militar, un conde y un poeta.

«El diplomático es joven, correcto, ha estado siempre en buenas embajadas europeas, y todo en él resulta de una aristocrática frialdad; á pesar de lo cual, como ahora viene de París, sabe bailar la danza del oso y el tango argentino.

«El militar es un capitán de Caballería, impetuoso

y gallardo. Tiene unos bigotes rubios estupendos. Habla con mucho fuego, y á no ser porque está muy bien educado, ya hubiese roto violentamente las hostilidades con los otros tres.

»El conde es muy divertido. Ya maduro, pulcro, un poquito tacaño. Hombre de larga historia amorosa, que tal vez venga á mí atraído por la simpática frescura de mis diez y ocho años, como elixir de vida para sus cuarenta y tantos... largos de talle.

»El poeta no es de los necios ni de los locos. Es de buena familia; es no sé qué del Ateneo y de la Juventud conservadora, y me ha mandado un ramo de rosas amarillas, con un soneto que no resisto la tentación de copiártelo.

»Dice así mi cuarto pretendiente:

«Quisiera ser jardín y darte flores,  
»Agua de fuente que tu sed calmara,  
»Odiarte algún momento, para  
»Gozar el desamor de tus amores.

»Que siendo yo jardín que te dé flores,  
»Y siendo de tu sed la fuente clara,  
»Tal vez, odiándote, te amara  
»Con el más fuerte amor de los amores.

»Es dulce suerte, para mí negada,  
»Ser fuente y ser por ti buscada,  
»Y ser umbria de jardín doliente.

»Que amor es sed y es ansia no calmada  
»De algo, que es todo, pareciendo nada:  
»Una flor de jardín y agua de fuente.»

»¿Verdad que suenan bien y son más agradables que los que suelen escribir nuestros dos poetas de ahí para disputarse anualmente la flor natural?

»Bueno, pues... ¿quieres que te diga cuál de mis

pretendientes me gusta? Los cuatro. ¿Cuál de ellos me parece más sincero? Ninguno.

»El diplomático está empezando su carrera y no anda muy sobrado de dinero para vestir y aderezar su cargo honorario.

»El militar ha arruinado en holgorios y calaveradas á sus padres.

»El conde, aunque millonario, piensa en su vejez, entregado á... sabe Dios qué mujeres, y se acuerda de aquello de las «sopitas y buen vino».

»El poeta sabe que es guapo, que tiene talento, y esto le da una vanidad espantosa.

»¿Qué hago, muñeco, qué hago? Te aseguro que estoy seriamente fastidiada.

»Porque no te lo he dicho todo. Á veces he conocido algún muchacho discreto y simpático, que, ó bien me siguió en la calle, ó se puso a mirar á mi palco desde una butaca de la Princesa, ó á quien simplemente conocí por ser pariente de amigos de mi casa...

»Tal vez fuera alguno de esos muchachos el marido ideal.

»Pero ó no me han dicho nada, ó se retiraron los muy cobardes al encontrarse con una mujer rica que humillaba su orgullo de pobres.

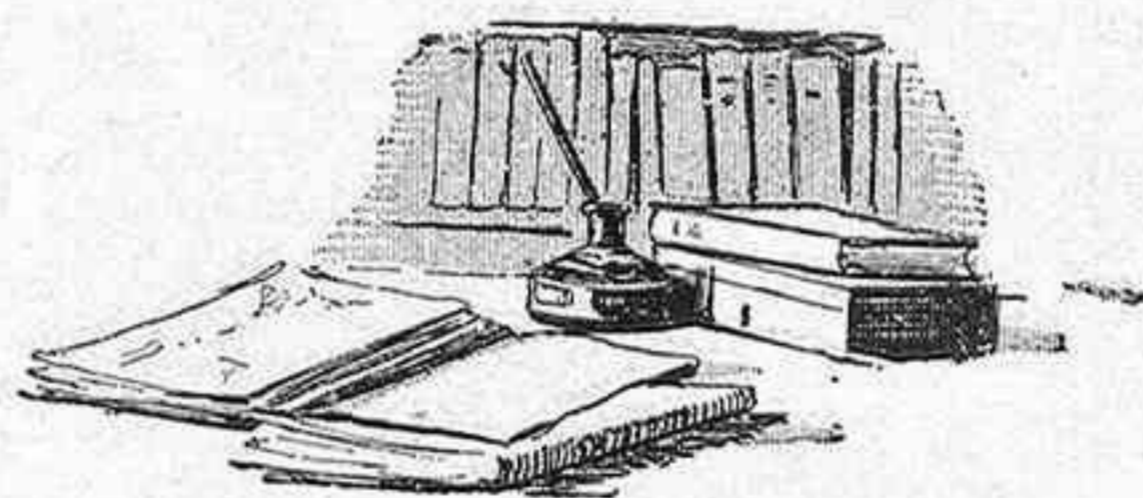
»Ó consultaron su dignidad, ó consultaron su bolsillo. De todos modos, el caso es que se apartaron de mí.

»¿Ves, Julia, cómo me sobran motivos para preocuparme y tenerme lástima á mí misma?

»Compadéceme y aconséjame, que buena falta me hacen ambas cosas.

»Muchos recuerdos á tu novio, y muchos besos para ti de tu buena amiga—Paz.»

JOSÉ FRANCÉS.





PRIMERAS CONFIDENCIAS

De fotografía.

## ETERNA LEY

HAY tardes, al comenzar el otoño, tan divinamente serenas y apacibles, que engendran en el ánimo algo semejante á ellas. Nuestra alma parece flotar en un ambiente de dulzura, no ajena á cierta melancolía noble, que no deprime el ánimo. La majestad con que declina el sol; la radiosa belleza del cielo, cuyo zafiro claro se rafaguea de encendidas fajas de oro rojo; la cristalina resonancia de los ruidos del campo; la tinta sombría que adquieren los árboles; el soplo sutil que estremece las hojas de las madreselvas..., predisponen á contemplación y dictan altos pensamientos y generosas visiones del porvenir.

Así nos sucedió. Salíamos de la romería de Santa Tecla, y antes de desviarnos del monte donde se alza el santuario, nos habíamos sentado en unas piedras, al borde del pinar, dominando la pintoresca vista del valle, ya medio velado por las sombras grises del crepúsculo, y oyendo tan sólo, como se oye desde lejos el retumbo del mar, el rumoreo del gentío aldeano, que hormigueaba en torno del santuario, formando corro alrededor del mocerío, que danzaba y retozaba con las *rapaciñas*. De vez en cuando nos llegaban, melodiosos á causa de la distancia, repiques de pandero, quejidos semialegres de gaita, algún grito estridente que interrumpía los cantares. Y la luna, esfumada como toque gracioso de acuarela, empezaba á redondearse, fina y suelta, sobre el celaje desmayado.

Platicando, fantaseábamos lo que había sido el mundo hasta tiempos recientes, lo que debiera ser ya, lo que llegaría á ser. Todos nos sentíamos un poco humanitarios. Desde la amiga inglesa, que había venido á vernos en el curso de un viaje de turismo, hasta el joven periodista en vacaciones, que contaba con la «impresión» de la romería para un bonito artículo descriptivo y campestre, maldecíamos de la guerra, que se lleva á la juventud campesina á morir en abrasadas y estériles llanuras, y desarrollábamos teorías pacifistas, que nos ponían el corazón ligero y permeable como una esponja. No estábamos, no, por el derramamiento de sangre, y no dejó de escandalizarnos un poco que el cura párroco, que nos acompañaba, disintiese. Era el cura hombre de instrucción escasa, pero vivo y despabilado como candil de vieja, y conocía perfectamente, era su frase, á «aquel ganado»...

—Bueno—decía, mientras arrancaba, jugando, brezos, gramíneas y manzanillas, que se alzaban á sus pies;—ustedes hablan como personas de la ciudad... Yo no digo que todo eso, para hablado, no

sea muy bonito. Pero cuando dos tienen intereses encontrados, ¿cómo se arreglan, á ver, en todas partes? Las cosas que han pasado desde que el mundo es mundo seguirán pasando hasta que se acabe, porque están, ¿me explico?, en su manera de ser... No se rían de este pobre clérigo... Todos, sabios é ignorantes, nos hemos hecho nuestra composición de lugar... Paz universal, la habrá tan sólo al ser ángeles los hombres.

Nos parecieron en extremo vulgares y resobados los argumentos del párroco; pero estaba en nuestra cortesía no dejarlo ver y disimular nuestra superioridad de criterio, y lo hicimos, reconociendo que la experiencia también debe tenerse en cuenta para todo.

—Vean—nos dijo—si sigue habiendo guerras. Esta de los Balkanes no ha sido moco de pavo. Y colea, y ha de colear hasta sabe Dios... ¡Pues si nunca hubo más armamentos, ni más cañones, hombre! Eso de la paz será excelente; pero mientras haya una nación que pida camorra, las otras estarán al quién vive. Y la guerrano la hay sólo de nación á nación. Aquí la tenemos de parroquia á parroquia, y, si me apuran, de mozo á mozo...

Á tiempo que esto decía, vimos surgir, ascendiendo del sendero en cuesta, rápida, una figura arrogante; un fornido labriego que de veinte años no pasaría, pues era su cara lampiña y hermosa, como de mujer. Llevaba al hombro la chaqueta parda; su chaleco era rojo; sus pantalones, de pana aceituna. Aunque no vestía rigurosamente el traje del país, que cada día va perdiéndose, y aunque en lugar de la montera picuda con su airón de pluma de pavo real, cubriese su cabeza la vulgar boina, era una aparición en extremo típica, y todos dijimos á la vez:

—¡Vaya un muchacho guapo!

El cura le llamó familiarmente.

—Hola, Juliane... ¿Qué es eso? ¿Cómo tan tarde á la fiesta?

Descubriéndose, y deteniéndose, el mozo, después de indecisiones, soltó esta respuesta ambigua:

—Ahí está... ¡Qué sé yo!...

Le mirábamos, admirando el ejemplar. La estatura, las formas eran atléticas; pero el semblante, apenas curtido por el sol, tenía la corrección y el modelado de una estatua antigua. Un bozo rubio empezaba á sombrear los labios de cereza, y los ojos, de oscuro y profundo azul, eran grandes y candorosos. El pelo, rizado, color de miel, que se vió al quitarse el galán su fea boina, completaba la perfección de la testa y su carácter de modelo artístico.

—Vaya, á mí no me digas... Es que tu madre no te dejaba venir, para que no te encuentres con el

Corvo, que te la tiene jurada. Y te escapaste, por la ventana á lo mejor. Sois el diaño los rapaces por ir detrás de una rapaza.

Movió la cabeza el muchacho, como para excusarse; bajó los ojos, alicortado, y un tono de fuego se extendió por sus mejillas, delicadas aún.

—Vay; bueno, hom; no te avergüences... Las rapazas bonitas á todos gustan, y Marica de Sanguinõ es como una rosa de Mayo... Con todo, tú no te metas en fregados, que el Corvo es un mala alma.

Cón la misma cortedad, el mozo volvió á descubrirse, á manera de despedida. Le estábamos haciendo un tercio de los diablos dándole conversación. Apretó el paso, como si huyese.

—No me chista—advirtió el párroco—esta escapatoria. La fiesta iba en paz..., pero quiera Dios que no haya gresca aún esta tarde. Y si no la hubiese, sería el primer año... No suele acabarse la romería de Santa Tecla sin trompadas. Tienen á gala romperse las cabezas, y como por lo regular son duras, á los tres días de abierto el cráneo van como si tal cosa á arar ó á sachar. Á este mozo se la guardan los de Migoeiro, porque como es tan bonito, se pierden por él las mozas. Milagro será...

Como si los temores del cura fuesen un conjuro, oímos, desgarrando la placidez de la muriente tarde, una especie de grito retador, salvaje, violento, proferido por una docena de voces:

—¡Ey! ¡Viva Migoeiro!

Y casi inmediatamente—el tiempo necesario para concertarse, que en tales casos siempre es un minuto—contestó el otro grito de aceptación de riña:

—¡Rayo! ¡Viva Rapela!

—¡Vaya, ya se armó!—exclamó el cura, levantándose.—Les aconsejo que se retiren. En estas trifulcas siempre hay que temer que se pierda un estacazo y se lo encuentre quien menos debiera. Y que los muy jumentos, metidos en zambra, ya no respetan á nadie.

Bueno era el consejo, pero no lo seguimos (es la suerte que suelen correr los consejos buenos). Nos detenía allí la curiosidad, el interés que despierta toda lucha. Y hasta hicimos lo contrario: acercar-

nos al lugar donde se desarrollaba el drama. El vocerío era ensordecedor: se oían chillidos de mujeres, imprecaciones de apaleados, llantos de chiquillos; el tamboril, la gaita y la flauta habían enmudecido, y allá, á lo lejos, se veía correr, afaenada, á la pareja de la guardia civil, que no acertaba dónde empezar á poner paces. Nadie sabía ya contra quién llovían palos, puñadas y coces; seguramente no existía en todo ello rencor; si acaso, la bravata de parroquia á parroquia, recuerdo quizá atávico de las viejas luchas tribales, y otra cosa: el gusto discutible, singular, todo lo que se quiera, pero innegable, de romperse la crisma.

Vimos un momento á Juliane, metido en harina, agarrado con el Corvo, hombrachón de corta estatura. Entre los dos sí que había algo: la rivalidad del gallo con el gallito nuevo y ya peleador, las coqueterías rústicas de la mozuela, que ahora, con agudos jipidos, corría á ponerse en salvo detrás de la pinarada. Un turbión de gente envolvió al grupo que forcejeaba, y oímos—entre tantos ruidos diversos—el inconfundible de una detonación.

Cuando sucede algo grave, las grescas suelen interrumpirse súbitamente. Así sucedió. Hubo ayes de verdadero horror, voces de «socorro, ¡que han matado á un cristiano!» Corrimos, ya sugestionados por el drama...

La guardia civil acababa de echar mano al homicida. El mozo, Juliane, estaba blanco como una azucena; la muerte debía de haber sido instantánea, y el tiro, á través del cráneo, casi á quemarropa. Las mujeres zollipaban. Nosotros callábamos, aterrados, mirando á aquel sér que tan temprano vería la orilla del lago de los muertos y bajaría á la Estigia llorando su juventud floreciente... Y pensábamos en la madre, en la que no había querido dejarle salir aquella tarde, y que, al cabo, fué burlada...

Y el cura, demudado, inclinándose por si quedaba un resto de vida que permitiese auxiliar al espíritu, ya tan lejos del triste despojo, lamentó:

—¡Á ver! ¿No valía más que fuese en la guerra?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

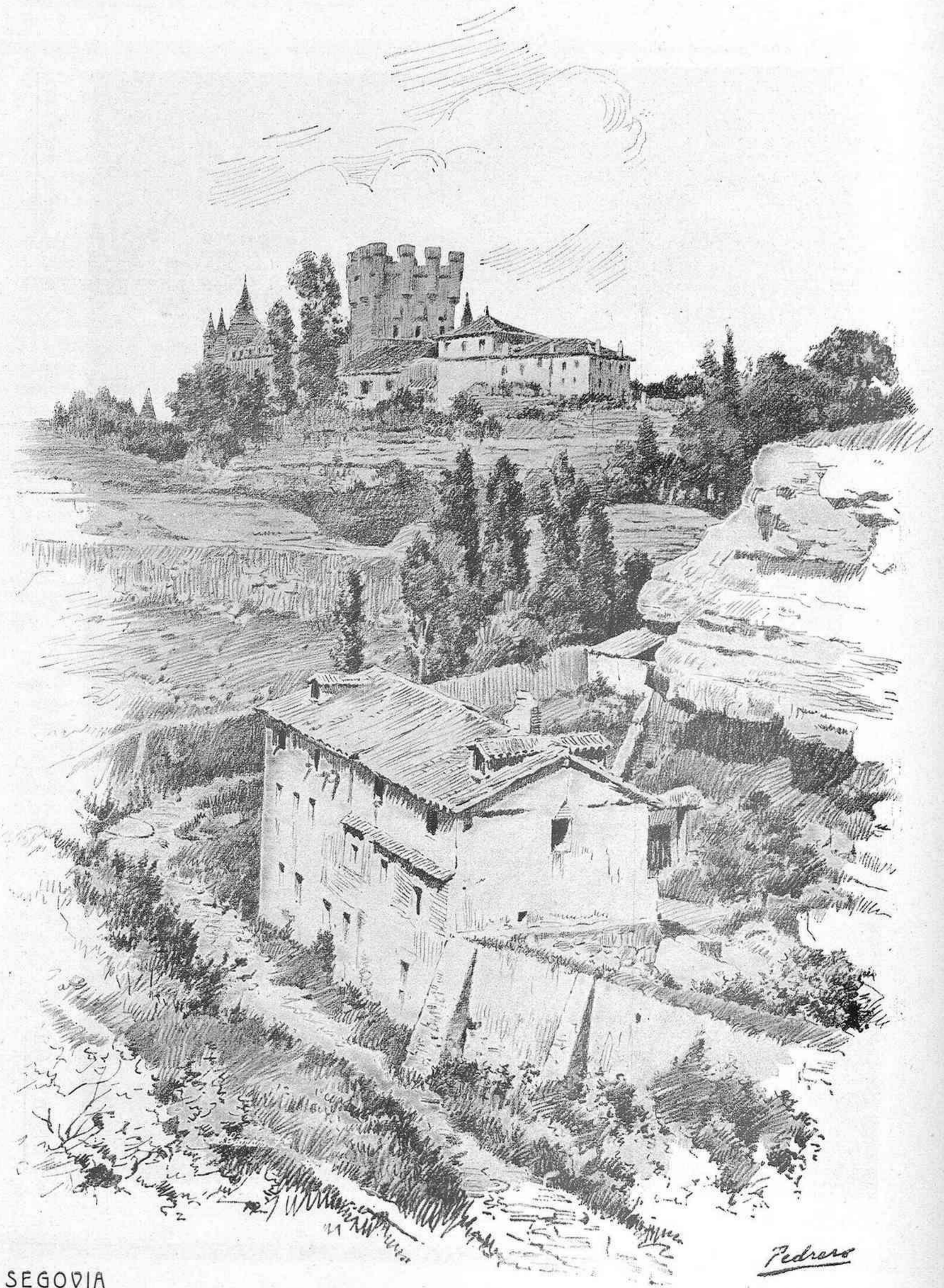




PRIMAVERA

Cuadro de Zaska.

PAISAJES DE CASTILLA, por Pedrero.



SEGOVIA

*Pedrero*  
La Hontanilla.



## EL SUEÑO DE NICO

**N**ICOMEDES GARGÍA (Nico, según le llamábamos), era un ser insignificante, un pobrecito hombre, condenado de por vida á remar en la galera del Destino, harto más pesada que la turquesca del forzado de Dragut.

Casado, padre de cuatro criaturitas anémicas, este malaventurado Nico dejaba deslizar, pesada, monótonamente su existencia como «contable», de los de ínfima categoría, en un Banco: entró ganando veinte duros mensuales de sueldo, y á los tres lustros, eran veinticinco los que recibía todos los primeros de mes.

Si sois «cabeza de familia», advertiréis que con cuatro pesetas diarias, céntimos más, céntimos menos, ni el genial Pitágoras, ni el portentoso Newton, resolverían el problema de pagar el alquiler de la casa, la luz, la comida, vestir, calzar y los impuestos de cédula, botica, etc., de seis personas. Nico, que es hombre habilidoso, que igual lleva una contabilidad por partida doble, que da lecciones de música, dedica las horas que le deja libre la oficina á ser «tenedor» en una carbonería de las de lujo, y á enseñar el divino arte á dos niñas cursis, con lo cual, desde las diez de la mañana á las diez de la noche transcurre el tiempo para Nico con las narices sobre los libracos de la contabilidad ó sobre las teclas de un piano. Con los diez duros de la carbonería y los cuatro de las lecciones musicales, son, salvo error ú omisión, treinta y nueve duros los que esta infeliz hormiga humana reúne mensualmente.

La vida en el hogar resulta estrecha, angustiada: la anemia, portillo abierto á todas las enfermedades, habíase apoderado de Nico, de su mujer, de los hijos, ¡hasta del morrongo!, y cuando á uno le duele la cabeza al otro le salen unos granos malignos; y cuando el papá necesita hacerse un traje, la mamá no tiene zapatos, y la mayor no sale por falta de sombrero; y si se deben diez pesetas en la carbonería, son veinte las que hay que pagar en la tienda de comestibles.

Nico es un ferviente cristiano, y su resignación, propia de la santidad; no se rebela contra su suerte que le ha condenado á ser un burro de carga, mal comido, peor vestido, sin humor ni dinero para proporcionarse el más mínimo goce espiritual, ni corporalmente. ¡Con cuánto trabajo y amargura amasan su pan los infelices!..

Nico, que es el hombre de las perpetuas preocupaciones, ofrécese á mis ojos en aquel día más aborrido y melancólico que de costumbre.

Nico ha tenido un sueño espantoso, indescriptible, y aun cuando él—según me advierte—no es supersticioso, ni cree que los sueños pronostiquen ni representen nada, por originarlos las inquietudes morales, una mala digestión, la debilidad ó el desequilibrio orgánico del que duerme, tráele preocupado la infernal pesadilla, que de tal califica su sueño.

—Aunque te parezca mentira—me dice, con tono irónico, amargo, que trata de fingir alegre y despreocupado,—soy de los pocos españoles que han leído al Dante, y su *Divina Comedia* me ha producido en muchas estrofas el escalofrío del terror: que los tremendos castigos impuestos á los réprobos en la mansión donde, al entrar, se deja toda esperanza, descríbelos el altísimo poeta de tal forma que los pelos pónense de punta y la carne de gallina. Bueno, pues algo parecido á estas visiones dantescas es mi pesadilla. *Horresco referens!*

Nico se interrumpe un instante, como si reconcentrara su pensamiento, y prosigue:

—Á las tantas, y después de haberme pasado la noche, como todas, trabajando, me metí en la yacija matrimonial, quedándome al poco rato profundamente dormido.

Sueño con harta frecuencia, yo creo que debido á la flatulenta alimentación de judías y patatas, mi yantar cotidiano; sueños ridículos las más de las veces, que, al recordarlos, hacen sonreír por lo estrambóticos y disparatados. Pero el sueñecito de anoche es de los que obligan al soñador á despertar sobresaltado, á palpase el cuerpo, y preguntarse despavorido: «Pero ¿yo soy yo?», dejándole en el ánimo una depresión, una inquietud angustiadoras, y en el cuerpo un gran desfallecimiento.

Soñé que en compañía de un amigo ó un desconocido, no sé quién, caminaba por una carretera que conduce á un aerodromo; una riada de gente llenaba los lados: el centro servía para el mareante desfile de coches y automóviles, y todo el camino era polvo y humo, restallar de látigos, sonar de bocinas y olor insoportable á las esencias empleadas en los motores de los «autos».

Rendidos, aspeados, reseca las fauces, abrasados por un sol estival, mi compañero y yo llegamos á una amplia planicie, en cuyo centro, bamboleábase, á medio henchir, un enorme aeróstato.

Hacia éste convergían los ojos de los millares de espectadores que se hacinaban tras del vallado, ó cómodamente presenciaban el espectáculo desde las tribunas.

Yo también fijé la mirada en el globo, y como quien presencia algo inconcebible, inaudito, estupendo, que choca violentamente contra todo lo real y humano, lancé un grito de asombro, y, aterroriza-

do, quedéme con los ojos muy abiertos, respirando anheloso.

Como por arte mágica realizóse el prodigio causa de mi estupefacción; el aeróstato, bamboleante, gri-siento, enorme, habíase trocado en una figura humana, que se cubría con espléndido manto de púrpura, constelado de piedras preciosas, y se tocaba con una diadema que refulgía como si fuera hecha con rayos de sol: deslumbrado por las irisaciones del manto y de la diadema, hube de apartar los ojos y llegó á lo indecible mi sorpresa al notar que habían desaparecido las tribunas, el vallado, la muchedumbre, y que me encontraba solo en la inmensidad de un campo árido, seco, color de siena.

El sol, hasta entonces radiante en un cielo azul puro, cambióse en una fría rodaja de oro, circuída de nubarrones plumizos: la tierra parecía alumbrada, como un cadáver, por la amarillenta y tristona luz de un cirio.

Azorado ante aquella penosa soledad, torné á mirar en torno mío, y mis ojos volvieron á encontrarse con la coruscante y majestuosa figura: continuaban los prodigios: la figura, empezó á henchirse, á engrandecer, á transformarse en una bola enorme, forrada de púrpura, constelada de diamantes, que, al recibir el beso desmayado de aquel sol mortecino, producía débiles irisaciones y como pudiera un globo, convenientemente insuflado, ascender por el espacio, así ascendía pausada, solemnemente el hombre bola. El pasmo por lo inaudito de todo cuanto ocurría en mi derredor, tenía-me como clavado á la tierra; mi vista seguía la ascensión de aquel dislocado y grotesco personaje, que llegó á colocarse perpendicularmente al sitio que yo ocupaba, á tanta altura, que veíase como uno de esos globos rojos que sirven de juguete á los niños.

Contemplábale absorto, y sentí que sobre el ruín fieltro que cubría mi cabeza y sobre los hombros, me caían pedacitos de plomo, como si el que vagaba por el espacio arrojase lastre para ganar mayor altura.

El instinto de conservación me hizo recobrar la voluntad un momento en suspenso: eché á correr para librarme de aquella lluvia mortificadora. Pero la lluvia continuaba martirizando mi cuerpo.

Desatentado emprendí una carrera loca por aquel yermo árido, interminable, color de siena, campo maldito de desolación, sin un árbol, sin una brizna, sin una fuente. Implacable, ferozmente, continuaba la lluvia plúmbea que hería y magullaba mis carnes: horrorizado, queriendo salir de aquel desierto, librarme del plomo, redoblé la marcha, y

más de una y de dos veces, tropecé en aquella fatigante huída, y caí en tierra.

Magullado, dolorido, cubierto de un sudor frío, sintiendo flaquearme las piernas, rebosando el espíritu terror y amargura, corría, corría por la planicie sin fin, implorando de la Divina Providencia el milagro de que, á mis pies, se abriese una sima para sepultarme en ella y terminar el horroroso martirio.

La Providencia me hizo ver en la lejanía una tapia derruída, á la que asomaban las cónicas siluetas, unos altos cipreses... Aquella tapia y aquellos cipreses me infundieron la esperanza de salvarme, cuando ya, rendido á lo invencible, me disponía á sucumbir, tendiéndome sobre la dura tierra.

Más muerto que vivo, llegué al pie de la tapia: busqué modo de entrar por ella, y hallé una hendidura que me facilitó el paso á un paraje sombrío, silencioso, que limitaba un muro en ruinas cubierto por la yedra y por la maraña de las enredaderas. La maleza invadía la tierra, y sobre los jaramagos y ortigas destacaban, como enormes gotas de sangre, las amapolas; algunas de estas humildes florecillas posábanse sobre los negros brazos de las cruces de madera que, á trechos, amparaban una tumba.

Al encontrarme en tal lugar, alcé los ojos al cielo, y no vi al hombre bola, ni sentí mis carnes flageladas por la lluvia de plomo.

Dí un grito de alegría...

Á la temblorosa luz de la lamparilla, comprobé que me encontraba en la yacija matrimonial, junto á mi mujer, rodeado de mis hijuelos, que dormían plácidamente...

Abrió Nico una pausa en su emocionante relato, y, luego, con ansia mal disimulada, me preguntó:

—¿Qué enigma crees tú que encierra sueño tan peregrino?... Porque yo, por más que trato de descifrarlo, no lo logro. Y esto me trae caviloso, preocupado, porque, aparte supersticiones, creo que algo representa...

—Sí representa, Nico —afirmé interrumpiéndole,— y no hay que ser mago, ni consultar libros sibílinos, para descifrar lo que tú llamas enigma, y que no es ni más ni menos que has soñado tu propia vida. Ese desatentado correr por un campo árido, ese fastuoso é inconcebible hombre globo, que arroja, cruel y tenazmente, lluvia de plomo, ¿no es acaso para ti, como para otros millones de seres, el caminar por el mundo, bajo la influencia del Destino adverso, que sólo se detiene en el lugar en que se alzan cipreses y cruces negras, la mansión, en fin, del Eterno Sueño, del Eterno Descanso?...

ALEJANDRO LARRUBIERA



EL CORAZÓN ES SIEMPRE JOVEN

Cuadro de Perfoglia.



COLOQUIO AMOROSO

Cuadro de Emilio Sala.

Fot.ª de Rivero.



LA COMBA

Cuadro de Emilio Sala.

Fot.ª de Rivero.



## LA CUNA VACÍA

I

La dulce princesa de un reino de Oriente  
Llevaba en el surco marcado en su frente  
La huella profunda de oculto dolor:  
Doncellas y pajes, con ánimo inquieto,  
En vano intentaban saber su secreto;  
Secreto, sin duda, de males de amor.

¿Por quién llorar puede la hermosa princesa?  
¿Por qué la corona le irrita y le pesa?  
¿Por qué su hermosura no quiere adornar,  
Ni apenas recoge, como antes solía,  
Los rubios cabellos, cual hebras del día  
Que bajan humildes sus pies á besar?

Sus ojos azules, tan tristes ahora,  
No tienen, como antes, destellos de aurora;  
Tristeza de ocaso su luz empañó.  
¿Qué oculta en su pecho, de amores morada.  
La rubia princesa, la rosa tronchada?...  
¡Tronchada y apenas sus hojas abrió!

II

Vagaba una tarde florida y serena  
La pálida virgen, la blanca azucena,  
Mirando á las olas la playa bordar...  
Del sol á los vivos ponientes reflejos,  
Su vista buscaba muy lejos, muy lejos...  
Allá, donde se unen el Cielo y el Mar.

Sondaba afanosa la azul lejanía,  
Buscando algo en ella que no descubría,  
Tal vez de la niebla perdido en el tul...  
Sus ojos, ansiando rasgar ese velo,  
Decir parecían al agua y al cielo:  
«Miradnos despacio; copiad nuestro azul.»

Un paje al mirarla, su paje querido,  
Sin duda el más bello y el más atrevido,  
Se acerca á la hermosa princesa ideal;  
Con gesto gracioso saluda y se inclina,  
Y así le pregunta con voz argentina:  
—¿Qué tienes, Señora? ¿Quién causa tu mal?

Yo sé muchos cuentos y trovas de amores;  
Sé historias de ninfas, de guerras, de flores,  
Que son en las penas de extraña virtud.  
¿Cuál de ellas te canto? Mi voz vibra y besa.  
Por darte consuelo, mi dulce princesa,  
Los dedos y el alma pondré en el laúd.

—No cantes, mi paje; tus trovas no quiero.  
—¿Qué anhelas entonces?—Que venga el que espero,—  
La rubia princesa responde al doncel.—  
Le estoy aguardando de noche y de día,  
Y el Hada me dijo que no tardaría...  
La vida y el trono me sobran sin él.

De pronto un objeto, rompiendo la bruma  
Y envuelto en un nimbo de luz y de espuma,  
Se vió de las olas surgir y avanzar.  
La niña dió un grito.—¡Por fin! ¡Es mi amado!  
Y un carro de nácar, por cisnes tirado,  
Con rumbo á la orilla flotó sobre el Mar.

Y él era. Llegaba gallardo, arrogante,  
Ceñidas las sienes por blanco turbante,  
Sediento de goces, rendido de amor;  
Mostrando sus galas, su porte sereno,  
Su noble apostura, su rostro moreno,  
Sus ojos rasgados de ardiente fulgor.

—¡Por Dios, que tardaste!—gimió la doncella.  
—¡Mi bien!—dijo el mozo, corriendo hacia ella  
Apenas la playa tocó su bajel.  
Después... ¿quién describe tan hondo embeleso?  
Fué un soplo, un instante, lo breve de un beso...  
¡De un beso y dos almas prendidas en él!

Al día siguiente los tiernos esposos  
De Dios ante el ara llegaron dichosos,  
Fundiendo dos vidas un mismo crisol;  
Y unieronse en lazo de amor verdadero  
La rubia princesa y el joven guerrero  
Venido sin duda del reino del Sol.

Llevaba el mancebo rizada gorguera,  
Y un casco de plata con larga cimera  
Y un manto bordado, color carmesí;  
La niña con perlas trenzado el cabello,  
Y en hilos de aljófar, pendiente del cuello,  
Rival de sus labios, un claro rubí.

¡Cuán noble en su dicha la amante pareja!  
Los grandes felices y el pueblo sin queja,  
Todo era ventura del trono en redor;  
Y más cuando uniendo tesoro á tesoro,  
Con un bello infante, más rubio que el oro,  
Feliz heredero dió al reino su amor.

Jamás fué la suerte más plena y brillante.  
Las hadas vertieron en torno al infante  
Riquezas y honores y gloria y poder.  
La dicha perfecta se da en esta vida,  
Porque ambos esposos la vieron cumplida  
Meciendo la cuna del sér de su sér.

III

¿Qué tiene la dulce princesa de Oriente?  
De nuevo los surcos que marcan su frente  
Las huellas delatan de oculto pesar.  
¿Qué tiene el esposo tan bello y amado,  
Gentil mensajero de un reino ignorado,  
Que en carro de cisnes llegó por el Mar?

La hermosa no lleva brillantes al cuello,  
Ni trenza con perlas el rubio cabello,  
Ni en hilos de aljófar ostenta el rubí;  
Su amante no luce la blanca gorguera,  
Ni el casco de plata con larga cimera  
Ni el manto bordado color carmesí.

¿Qué tienen, que lloran? La dócil fortuna  
¿No es siempre su esclava? ¿Del hijo la cuna  
No pueden felices mirar y mecer?  
Meciéndola pasan la noche y el día...  
Pero ¡ay! ya no encierra la cuna vacía  
Los tiernos hechizos del sér de su sér.

Ya el arca no guarda su antiguo tesoro:  
Perdieron al ángel más rubio que el oro,  
Que huyó de sus brazos y huyó de su amor...  
Meciendo esa cuna—la luz de su nido—  
No mecen y arrullan al ángel perdido,  
Que mecen y arrullan su propio dolor...

JUAN ANTONIO CAVESTANY.



NO HAY ROSA SIN ESPINAS

Cuadro de Carlos Vázquez.



MARIANO  
FELEZ  
1913

— El anochecer.



## INTIMIDADES TEATRALES

EL VERDADERO DÉBUT  
DE SARA BERNHARDT ::

Á los cinco años, de regreso de Bretaña, Sara Bernhardt habitaba con su nodriza un entresuelito fétido, obscuro, situado sobre una enorme puerta cochera de la calle Provence, en París.

La futura comedianta era á la sazón una chiquilla anémica, raquílica, cual consumida por la fuerza de sus cabellos, excesivamente frondosos y rizados, y sin otra belleza que la magnificencia de sus ojos azules. En aquel sórdido rincón, la pequeña Sara sufría mucho; á su alrededor, viejos muros rezumando humedad, habitaciones sin luz, tránsitos fríos y umbrosos.

—Yo quiero irme de aquí—decía la niña llorando;—yo no quiero vivir aquí. Esto es negro. Esto es feo. ¡Yo necesito ver el techo de la calle!..

Sarita, en su pintoresco y gráfico léxico infantil, llamaba al cielo «el techo de la calle».

Su nodriza la apodaba «Flor de Leche», remoque dulce y complicado á la manera oriental, que respondía bien á la expresión rara, un poco exótica, de la muchacha. La excelente mujer adoraba en ella y la decía:

—No llores, Flor de Leche. Pronto tu mamá vendrá á buscarte.

Una tarde se asomaron á la portería dos señoras elegantísimas, preguntando el precio de un cuarto que se alquilaba. En la más joven de aquellas damas, «Flor de Leche» reconoció á su tía Rosina, y fuera de sí, anegada en lágrimas de júbilo, abrazóse á sus piernas. Fué una coincidencia genuinamente novelesca, que pasmó y maravilló á todos. «Tía Rosina», bella como una estatua, sonreía indiferente y amable, un tanto preocupada, quizá, de que las manecitas de su sobrina la arrugasen la falda. Deseando marcharse, intentó consolar á la chicuela ofreciendo visitarla otro día, y dió dinero para que la comprasen golosinas. Ya se iba, cuando la pequeña Sara, que había subido al entresuelo llorando á moco y baba, tuvo un raptó de locura. Miró en torno suyo: los techos bajos, oscuros, sin aire; y fuera, la calle, soleada, alegre, llena de salud, y en ella á «Tía Rosina», que con su mano enguantada la decía adiós. Y Sarita trepó á la barandilla del balcón y se dejó ir de cabeza al vacío. De la acera la levantaron exámine, con el brazo derecho quebrado por dos partes y la rótula izquierda rota.

Este ademán de rebeldía, de fiereza, de acometividad ciega, de vehemencia suicida, pinta de un solo rasgo todo el perfil moral de Sara.

En la vida dilatadísima de esa mujer extraordinaria, lo más nimio, como lo más grande, obedece siempre á los agresivos fueros del impulso. Nada la intimida, nada la detiene; no conoce el miedo, ni la previsión, ni la fatiga, y su alma, enamorada del movimiento, parece derretirse en una perpetua sed de combates.

«Adoro el mar y la llanura—dice,—pero no las montañas ni los bosques. La montaña me aplasta. El bosque me ahoga. Necesito á todo trance un horizonte que se pierda de vista y un cielo á prueba de ensueños.»

¿Conocéis las *Memorias* de Sara Bernhardt?...

Es un volumen tamaño cuarto mayor, de cerca de seiscientas páginas, escritas, no obstante el violento carácter de su autora, con una diafanidad de frase, una ecuanimidad, una limpidez de recuerdos y una suave ironía encantadoras. El libro interesa en seguida, fascina y se lee de un tirón. La gran trágica bosqueja sobriamente, con una brevedad que intensifica las emociones, su permanencia en el colegio de Mme. Fressard y en el convento de Grand-Champs, de donde salió á los catorce años; su ingreso en el Conservatorio, merced á una fábula que recitó magistralmente; su *début* en el Teatro de la Comedia; su disputa con Mme. Natalia, á quien abofeteó en una fiesta y á presencia de muchos comediantes de la Casa Molière; sus campañas en el Gimnasio, Ambigú y Odeón; su heroísmo durante el cerco de París, por los prusianos; sus viajes, sus caprichos, sus esculturas, sus lienzos, el lujo fastuoso y la extraordinaria boga de su vida... Y, á lo largo de tantos años febriles, ¡cuántos nombres ilustres, cuántas anécdotas: es la aparición de Coppeé, desconocido entonces; son los estrenos de *Ruy Blas* y de *Hernani*; son los dos Dumas; es la figura bella y ardiente de Jorge Sand, cuyos cabellos blancos se ofrecían á los ojos de Sara embellecidos por los versos de Musset; son Rossini, Napoleón III, Gambetta, cabezón y tripudo, pero admirable; Victoriano Sardou, Félix Faure, Rochefort, Girardin... Y también las figuras más preclaras de la escena francesa: Agar, Baretta, Samson, Provost, Régnier, Lafontaine... ¡Es todo el teatro, en fin, desde el autor de *La Dama de las Camelias* á Edmundo Rostand!

La lectura de este libro admirable deja la convicción de que Sara es una excéntrica, un espíritu irreductible, andariego, que envejeció asomado al horizonte de una divina locura.

Con noble franqueza, la artista descubre sus malas cualidades. Desde muy niña fué voluntariosa, tozuda, y sufría accesos de ira que la duraban varias horas. Una vez, en el convento, porque una Hermana, al peinarla, la tiró del pelo, se abalanzó sobre ella con la boca espumeante y las uñas en ristre;

fuera de sí, y no pudiendo hacer más, la mordía los pies; sus compañeras, aterradas, creyéndola presa del Mal Espíritu, se signaban y acudieron á rociarla con agua bendita.

También reconoce su extremada delgadez. Cuando, poco antes de entrar en el Conservatorio, habló con Auber, éste la recomendó no engordar. «La grasa—había dicho el autor de *Fray Diávolo*—es la implacable enemiga de la mujer y del artista.» El carácter de Sara Bernhard, la impetuosidad de sus deseos, la exaltación morbosa de sus nervios, la permitieron cumplir fielmente el consejo del maestro. Á los diez y seis años, al aparecer por primera vez sobre el escenario de la Comedia Francesa interpretando el papel de Ifigenia, el público se echó á reír al rodear ésta con sus brazos, demasiado delgados, el cuello de su padre Agamenón. Muchos años después, su figura se mantenía inmutable. Viéndola en *La señorita de Belle-Isle*, una espectadora exclamó: «Esta Sarita parece un hueso quemado..»

En la larguísima historia de esta mujer excepcional, hay una trepidación constante, una multiplicación de facetas misteriosas, una sed de ideal que la sacude y tan pronto la repara y aúpa, como abate su espíritu y lo puebla de sombras: ambiciones jubilosas, ideas de suicidio, presentimientos, voces abracadabras...

Hallándose en el convento, una compañera de Sara rompió una muñeca que la futura actriz estimaba muchísimo.

—Mala niña—exclamó Sara,—has roto la cabeza de mi muñeca. Le has hecho daño á mi padre...

Por su alma extraña acababa de cruzar, semejante á un ave maléfica, el miedo de un presentimiento. No quiso comer y á media noche despertó llorando:

—¡Papá ha muerto—gemía,—papá ha muerto!...

Nadie concedió importancia á esta pesadilla, ni era presumible que la rotura de una muñeca de porcelana envolviese una *jettatura*. Tres días después, Sara fué llamada al locutorio; la buscaba su madre.

—Hija mía, vengo á darte una pena: papá ha muerto.

La niña gritó:

—¡Ya lo sé..., ya lo sé!...

Y en sus ojos y en todo su pobre cuerpo convaleciente y mezquino, experimentó un tremor de epilepsia.

Este temperamento animoso, rebosante de energías caudales, bordea, sin embargo, con frecuencia, los abismos negros de la más absoluta desanimación, de la desanimación que lleva á la muerte.

Después del disgusto con Mme. Natalia, que la obligó á salir del Teatro Francés, entró en el Gimnasio. Á poco la repartieron un papel en la comedia *Un marido que lanza á su mujer*. Durante los

ensayos, Sara se aburría horriblemente, tanto que pensó renunciar al arte y dedicarse al comercio. Un viejo amigo de su familia, M. Meydieu, que era muy goloso, aprobó este proyecto, y juntos fueron á visitar una confitería que se traspasaba en el Boulevard de los Italianos; pero á Sara la desagradó el local, lo encontró obscuro, y sus propósitos comerciales finaron allí. Estrenóse la obra, y Sara, que trabajó sin gusto, pasó inadvertida; ni un rumor, ni un aplauso. Su madre la dijo, terminada la función:

—¡Pobre hija mía, qué ridícula estabas en tu papel de princesa rusa!...

Estas palabras desgarraron tan profundamente el corazón de la artista, que aquella misma noche determinó morir. ¡Sí; acabar de una vez era más cómodo, más bello, que prestarse á interpretar papeles estúpidos!... Afortunadamente, el loco rumbo de sus ideas abonanzó. No se mataría, pero se expatriaría, quizá para siempre. El nombre de una nación maravillosa, de un país de leyenda, brotó en su memoria: España. ¿Cómo sería España?... Y, ya de madrugada, contó sus economías—ochocientos francos,—arregló su equipaje, escribió dos cartas, una para su madre y otra para Montigny, director del Gimnasio, y sin despedirse de nadie tomó el tren de Marsella, donde embarcó en un buque de vela. Diez días después sus pies aventureros pisaban el muelle de Alicante.

Lo que antes sorprende en esta excelentísima autobiografía es la memoria de su autora. Es imposible pedir á nadie una retentiva más completa ni una conciencia más avizora, ponderosa y aguda; y esta sólida concatenación de recuerdos, este fácil desdoblamiento de imágenes, dieron á su libro una prosa apacible, fría, á ratos ligeramente burlona. Sara no conoce el olvido; su fuerza de evocación asombra, y es increíble la tenacidad con que reverdece hasta los detalles más insignificantes: recuerda que la gran trágica Rachel estuvo de visita en el convento de Grand-Champs, que allí se sintió indispueta, y que al marcharse, una educanda, por burla, la sacó la lengua; describe sus primeros trajes de adolescente, el aspecto de aquel grave «Consejo de familia» donde se decidió su porvenir, la figura grotesca del pobre Faille, director del Ambigú, balanceándose sobre las patas traseras de una silla durante los ensayos, una mano sobre el vientre y los dedos de la otra perdidos en las enormes ventanas de su nariz... En la memoria de la Bernhardt no hay lagunas: si describe una habitación, fija el sitio donde había un cuadro ó un espejo, y el color del diván. Esta gran luz reflexiva no vacila ni aun en los trances más arriesgados. Precisa con una serenidad de espectador un choque formidable de trenes, donde estuvo á punto de morir, y añade:

«Á mi alrededor había tres hombres inmóviles, de los cuales uno de ellos me pareció horriblemente pálido...»

Estudiando minuciosamente el carácter de Sara Bernhardt, sus inclinaciones místicas, que, de haber prevalecido, hubiesen hecho de ella una iluminada, su amor al convento, el odio que durante los primeros tiempos sintió hacia la vida de bastidores, y aquella facilidad con que en su exaltadísimo espíritu las emociones del arte y de la religión se mezclaban, declaro que el verdadero *début* de Sara no fué en el teatro de la Comedia Francesa, adonde la llevó, acaso prematuramente, una frase del Duque de Morny, sino en su convento de Grand-Champs; y no con la *Ifigenia*, de Racine, sino con una obrita, dividida en tres cuadros, titulada *Tobías recobrando la vista*, y escrita por la mano buena y candorosa de la Madre Teresa.

La reconstitución de aquellas escenas infantiles, donde Sara experimentó, quizá, el primer presentimiento de lo que había de ser, infunden al estilo de la insigne actriz nuevas ternuras.

El estreno debía verificarse el día de Santa Catalina, y á presencia del anciano monseñor de Sibour, arzobispo de París, que había ofrecido visitar el convento. Esta promesa alborotó y regocijó grandemente á la Comunidad. Abrevióse la duración de las clases, y religiosas y educandas aplicáronse á recibir al Prelado; desenfundaron y barnizaron el viejo sillón donde éste había de sentarse, tejieron guirnaldas de rosas, compusieron cadenetras policromas de papel, limpiaron de hierbas y de musgo los patios apacibles...

En la obra de la Madre Teresa figuraban seis personajes: el viejo Tobías, el joven Tobías, su madre, su hermana, Gabelus y el ángel Rafael. También intervenía el pez, cuyos hígados mágicos guardaban el secreto de la luz...

En el reparto de su comedia, la Madre Teresa no se acordó de Sara. La chiquilla, muy triste sin saber por qué, asistía á los ensayos. La Madre Superiora advirtió aquella pena y procuró aliviarla.

—Habíamos pensado en ti, hija mía; pero como te asustas tanto cuando te preguntan...

La pequeña tuvo un arranque de valentía.

—¡Ah!... Eso es cuando se trata de cuestiones de Aritmética ó de Historia— exclamó;— ahora no hubiese tenido miedo...

Desesperada de no poder tomar parte en la representación, rogó que la diesen el papel de «Pez». Las Madres rieron mucho. ¿Y qué iba á hacer disfrazada de pez?... Además, el papel de «pez» también estaba repartido; lo desempeñaba *César*, el perro del convento.

Dos días antes del estreno, en el curso de un ensayo, Luisa Buguet, la amigueta predilecta de Sara,

rompió á llorar amargamente. La chiquilla sabía su parte de memoria, pero no podía decirla, ni menos accionar; la vergüenza era para ella grillete y mordaza.

«Entonces— escribe Sara,— loca de orgullo, de alegría y de aplomo, y olvidando el dolor de mi compañera, salté al escenario, y en pie, delante del banco donde lloraba el ángel Rafael:—«Madre, Madre— grité,— yo conozco su papel. ¿Quiere usted que lo diga?»

—«¡Sí, sí!— contestaron voces infantiles desde todos los bancos.»

Luisa quiso vestirla allí mismo su traje, pero Sara tuvo un rasgo de actriz:

—«No— dijo,— prefiero ensayar según estoy.»

Su éxito fué completo, las Madres la abrazaron y quedó resuelto que el papel del ángel sería para ella.

Amaneció el día solemne. Monseñor llegó al convento á las once de la mañana y avanzó sonriente por la alfombra de terciopelo rojo que guiaba al sillón donde debía de sentarse. Toda la sala estaba profusamente adornada con flores de papel. Sentadas religiosas y educandas en los lugares que las fueron de antemano designados y restablecido el silencio, comenzó la fiesta. Primeramente, la hermana Serafina, la más joven de la Comunidad, leyó unas páginas de felicitación y acogimiento á monseñor; después una niña tocó el piano y otra cantó una tonadilla. Finalmente, representóse la obra de la Madre Teresa, que fué aplaudidísima. En todos los ojos había lágrimas. Monseñor de Sibour felicitó á las pequeñas actrices, y muy particularmente á Sara, quien se sintió tan emocionada, tan envanecida, tan feliz, que se echó á llorar. Su llanto tuvo la violencia de una congoja.

Poco tiempo después llegó al convento la noticia de que monseñor de Sibour había sido asesinado.

¡Asesinado!... «Esta palabra— dice Sara— me lastimó más que á nadie. ¿Acaso no fuí yo, durante un momento, la predilecta del dulce anciano?... Me parecía que Verger, el asesino, me había herido á mí también en mi agradecimiento hacia el Prelado, en aquella pequeña gloria que moría con él...»

Este fué, sin duda, el *début* de Sara, la inmortal. Durante aquel estreno un observador hubiese visto florecer en ella todos los sentimientos que caracterizan la psicología de la gente de teatro: el orgullo, el deseo de notoriedad, el aplomo y concertado dominio de sí mismo; y luego, la vanidad, que es fiebre y locura; la vanidad, que se sube á la cabeza como una ola de sangre; y el amor al aplauso, el culto al elogio, la exaltación furiosa de la personalidad, el terrible egotismo, que nos permite considerar cómo con el amigo que se va perdemos también un admirador.

Así empezó su carrera dramática Sara Bernhardt: esa mujer rostrilarga, de mento enérgico, de mejillas lívidas, de ojos grandes, azules y profundos, de cuerpo flaco, eternamente joven, cuya carne inquiet-

ta, fibrosa, vibrando perpetuamente, sólo fué, durante más de sesenta años, «el pretexto» para que triunfase un espíritu.

EDUARDO ZAMACOIS.

## ACUARIUM CARNAVALESCO

### — Ó UNA FIESTA ORIGINAL —

El gran baile de trajes  
De Tecla Yecla,  
La hermana del vizconde  
De la Pamema,  
Hubo de producirme  
Tal extrañeza,  
Que os quiero dar noticia  
De dicha fiesta.  
Soñando con disfraces  
De formas nuevas  
Había suplicado  
La amable Tecla,  
Que en su elegante casa,  
Niñas y viejas,  
Vestidas de pescados  
Aparecieran.  
En efecto, allí estaban  
Las de Pampliega  
Con sus trajes de anchoas,  
Tan retrecheras;  
Vestida de lenguado  
Vi á Filomena,  
Y eso que á deslenguada  
No hay quien la pueda.  
Doña Canuta Piscis,  
La coronela,  
Iba de pez-espada  
Con vaina regia.  
Copia exacta de un barbo  
Del Urumea,  
Hizo el papel de barba  
Doña Ruperta.  
Con prendas de su esposo,  
Muy bien compuestas,  
Vestida de besugo  
Bailó Enriqueta.  
Allí estaban con ropas  
Algo ligeras,  
Transcendiendo á marisco  
Las de Monserga.

De sardinas arenques  
Iban soberbias  
Las de Delgado. Carmen  
Iba de tenca.  
De dentones, las hijas  
De Pérez Muela.  
Las de Angulo, de angulas.  
De trucha, Elena.  
Iba una dama ilustre  
(De edad provecta)  
Vestida de lubina  
Con mayonesa,  
Y otras, en fin, de atunes,  
Y muchas de ellas,  
Escamadas por dentro  
Como por fuera.  
Se bailó, pero en seco  
(Cosa mal hecha  
En un baile de peces  
Como aquel era);  
Porque de los salones  
La amable dueña  
Dijo que no era cosa  
De *aguar* la fiesta,  
Y para buena pasta...  
La pasta de ella.  
En lugar de refrescos,  
Tuvo re... frescas;  
Y al salir, á los hombres,  
Ya en la escalera,  
Les decía bajito  
Con mala idea:  
—Si ha surgido aquí alguna  
Pasión violenta,  
Tengan ustedes ojo  
Y estén alerta,  
Pues quien coma merluza  
Que no esté buena  
Llevará en el *pescado*  
La penitencia.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## LA SENDA

**S**ÓLO una noche, una bella, suave y corta noche de verano fué reina y esposa D.<sup>a</sup> Juana de Castro, la de las bodas fugaces con D. Pedro de Castilla. Así María del Rosal hubo de ser también en su amor y su dolor.

Jamás nupcias algunas fueron tan esperadas y celebradas como las suyas con Pablo Espinosa. Jamás hubo tampoco otra tan desdichada unión. Ni más amor por parte de ella, ni más injurioso desdén por parte de él. Casáronse, y al otro día vióse María en la dolorosa condición de ser viuda de un esposo que vivía.

En vano le esperó el segundo día de la era matrimonial. Y así el otro y el otro y muchos más. Como las vírgenes prudentes, conservaba constantemente ardiendo la lámpara para esperar la llegada del esposo. Pero el esposo no llegó.

María no volvió á entrar en la nupcial estancia, que tenía para ella un doloroso aspecto de cenotafio. Allí, sobre una mesa junto al lecho, en una arquilla de sándalo y áloe, guardadas quedaron las joyas del día de la boda. En aquella caja perfumada, parecían ya las preseas ancestrales con que se adornaron las abuelas en sus días felices.

Encerrados en los armarios de maderas preciosas permanecieron los vestidos del equipo sin estrenar. Y tendido sobre el lecho, que de tálamo hubo de trocarse en potro de tormento, yacía el albo vestido de la desposada. La que, en vez de celebrar sus esponsales con la dicha, enlazóse con el dolor.

Vistióse de negro, como de luto por su felicidad,

muerta apenas nacida. Sin embargo, no faltábanla nuevas de su esposo. Amigas cariñosas acudían á acompañarla en sus soledades y á darla cuenta de las andanzas del infiel. Pablo abandonó al día siguiente de su boda la quieta ciudad donde pudo edificar, sobre tierra de paz, un alcázar de ventura, y marchóse á la corte, donde comenzó á dar

buen aire al caudal que sólo á medias le pertenecía. María recibía en silencio las noticias de los agravios continuados que se la hacían. No tenía valor para rogar á aquellas amigas, todas bondad, que no faltaban un solo día á decirle:

—¿Sabes que hemos tenido carta de mi cuñado? Dice que ha visto á Pablo en un teatro, muy bien acompañado. También le han visto en coche y tampoco solo.

Todos los días el correo de Madrid llegaba á Villafiorida con alguna nueva de la vida cortesana de Pablo. Una tarde llegaron las amigas de María del Rosal con una novedad de efecto verdadero.

—¿Sabes... que está aquí?

—¿Cómo aquí?

—Sí. No estará en su casa, pero ha venido á Villafiorida.

Pablo había ido, en efecto, á la ciudad donde cometía tan prolongado y nefando crimen en la persona y en el alma de la más inocente de las víctimas. En la menos

merecedora de vejación y crueldad.

Hero esperaba, antorcha en mano, desde una margen del Helesponto, el paso de Leandro. Dido avizoraba el Mediterráneo con el vano afán de la vuelta de Eneas. Y la desventurada Iseo escrutaba las aguas armónicas aguardando la llegada de Tristán. María del Rosal, tras la vidriera del balcón volado que extendía sus hierros panzudos sobre la vieja plaza solitaria de la ciudad vetusta, esperaba el paso de alguien que no pasaba nunca.



Era la plaza aquella un amplio lugar, que bien pudiera ser un patio monacal. Tales eran la paz, el sosiego, el recogimiento que reinaban en su ambiente. Su pavimento era de anchas losas ya desgastadas y oscurecidas por el tiempo. En casi todo el ámbito de la plaza, las piedras estaban vestidas de musgo, y entre las junturas lapidarias crecía á su albedrío el césped. Sólo formando una diagonal que rasgaba el cuadrilátero de la plaza, había como una franja señalada por una línea, en cuyo espacio la piedra estaba limpia de verdor. Era el lugar de tránsito que comunicaba la calle de los Herreros con el pasadizo del Condestable.

Las viejas referían, como una efemérides curiosa, que cierta vez, muchos años hacía, un jinete cruzó la plaza caracoleando en su corcel. Carruajes nunca hubieron de pasar por ella ofendiendo con su ruido los venerables muros de aquellos caserones. Sólo la casa de María del Rosal abría su portón á esa plaza, que con lamentable justicia denominábase de las Angustias. Dábala nombre el convento de monjas que frontero á la casa de María se alzaba. Los otros lados de la anchurosa plazuela eran la fachada de una casa de otra calle que abría allí sus ventanas posteriores y las altas tapias de un huerto. Eran unas tapias tapizadas de hiedra, y sobre ellas erguían sus copas frondosas y tupidas unos olmos añosos.

El convento de Nuestra Señora de las Angustias levantaba el más extenso de sus muros frente á la casa de María del Rosal. Era como una frontera del reino del misterio. Ventanas tenía el muro aquel pero cubiertas con unas tupidas celosías. Sólo en el silencio de la noche percibíase el único rumor de vida que del convento trascendía á la calle. El murmurio de los cánticos sagrados, que se perdía suavemente en el sigilo de la vieja plazuela, como el murmullo de un río se pierde poco á poco entre los ámbitos del valle.

Cuántas veces María hubo de envidiar la existencia de aquellas religiosas que consagraban al Señor su vida. Ellas inflamábanse en un gran amor para toda su vida, así precedera como inmortal, y consagrábanle á un dueño que las amaba siempre y no las traicionaría ni las abandonaría jamás.

Y, envidiando á las vírgenes monásticas, pasaba los días María del Rosal sentada junto á los cristales de su balcón. Pero Pablo no cruzaba jamás por la plaza de las Angustias.

Harto feliz debía ser, cuando este nombre le hacía tanto daño.

María, sin embargo, recibía continuamente noticias de su esposo. Sabía de él que continuaba en Villaflorida gastando y triunfando. Á más supo no sé qué de hipotecas y otras combinaciones financieras que sobre bienes de ella había verificado á

título de marido, que le daba derecho á la administración de los bienes matrimoniales. Y sobre tanto agravio, el mayor. Pablo había llegado á la ciudad en compañía de una mujer, y, con escándalo de todos, la paseaba en público y la lucía en los teatros. Un día supo la ultrajada esposa que Pablo había desaparecido nuevamente de Villaflorida.

María no pudo soportar por más tiempo la agobiante pesadumbre de aquella casa vetusta que la recordaba continuamente su dolor. Pablo no pasaría jamás por la plaza de las Angustias.

Y abandonó el balcón, y abandonó la vivienda ancestral que la abrumaba. En un arrabal, el suburbio más bello y florido de Villaflorida, estaba la quinta que debió haber servido para la estancia de María y de Pablo durante su luna de miel. Entrábase á la finca por una de las calles más apartadas de la ciudad, y daba á pleno campo. María hizo cerrar la puerta que comunicaba con la población, y no dejó más entrada que la que se abría al camino de la vega.

Y á partir de aquel día redujo sus visitas; y si alguna vez salía del recinto de su vasto jardín, nadie sino la piedad guiaba sus pasos. Eran muchos los pobres que vivían en aquel barrio extremo, y la visita de María del Rosal confortaba aquellos hogares miserables en sus necesidades del cuerpo y del espíritu, porque el socorro se acompañaba de tal gracia en el consuelo, que dejaba cautivadas las almas.

El Asilo cercano, donde aquellos á quienes fué negado el supremo dón de la visión de la luz y admiración de lo creado, y aquellos otros á quienes la fatalidad en el nacer ó la crueldad del vivir cercenó miembros ó entorpeció sus facultades hallaban santo y cariñoso refugio, era otro de los lugares frecuentes para María del Rosal. Allí también llegaba siempre á punto el doble consuelo de su peculio y de su voz. Y entre los ciegos é impedidos del Asilo y los menesterosos de las viviendas del contorno distribuía su vida la mujer aquella que, á fuerza de dolorida, no tenía más amor que el dolor de su prójimo.

Así un año, y otro año, y otro, y muchos más. María del Rosal, tal era sin duda uno de los premios que recibía á su mucha bondad, no veía agostarse su matronil belleza. Con su arrogante figura de diosa antigua, caminaba por los campos llevando la bondad en el alma y en su rostro una sonrisa que, si en verdad amarga, no podía borrar la inefable dulzura de aquella faz serena. Así la de las heroínas y las mártires.

Una vez, llevaba ya muchos años de aquella vida tan ejemplar y noble, supo el desastre. Pablo, su esposo, había vuelto nuevamente á Villaflorida. Venía avejentado, destrozado, roto, como si hubiera naufragado en la vida y el océano del vivir arro-

jara sus despojos contra las rocas de la costa. Era lástima verle. Tornaba pobre y achacoso. Las enfermedades habían hecho presa en su carne. María no se atrevía á buscarle, no sólo por firmeza de dignidad, sino por el temor de ser recibida con un insulto más.

Cada día llegaba una nueva noticia hasta María de los horrores que padecía Pablo. Una mañana supo que vagaba sin albergue por las calles de la ciudad. Entre algunos amigos de otro tiempo ofre-

parecían de cristal al desgranarse en un ambiente tan diáfano. Solos se hallaron frente á frente María y Pablo. Él, al oír pasos cerca, se detuvo y esperó. Ella, con la más armoniosa voz que habló mujer alguna, interrogóle amable:

—Pobre ciego, ¿adónde vas?

—¿Eres mujer?—dijo á su vez el desgraciado.—  
¿Eres mujer? ¡Maldita seas!

—¡Pobres de nosotras, y pobre de ti, que así hablas. ¿Sobre quién quieres cargar la culpa de tu



ciéronle todavía la caridad de un cobijo; pero la situación no era sostenible. Poco después supo la más enorme desventura. Un grito de Pablo había reunido en torno suyo á cuantas gentes pasaban por su lado. Su vista, ya muy debilitada, habíale abandonado en la más dolorosa tiniebla.

María del Rosal no esperó más. Salió de la quinta decidida á buscarle. Y como en una cita providencial, vióle venir solo y muy lentamente, golpeando el suelo con un bastón, buscando un camino, que María comprendió muy pronto: el del Asilo.

Era una tarde serena y silenciosa. Las palabras

dolor? ¿No habrá alguna mujer que te haya amado y sufrido por ti?

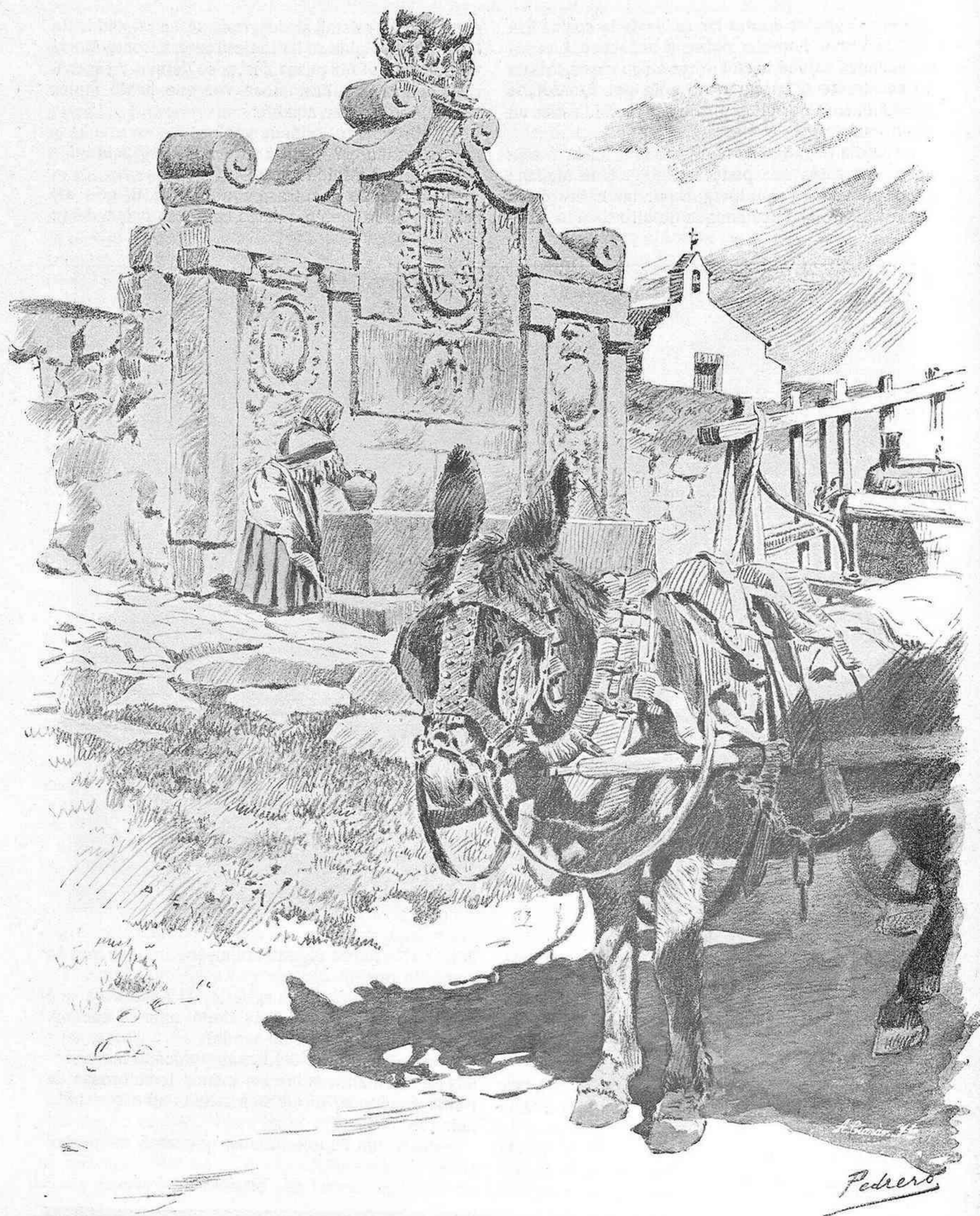
—No sé, ni quiero ya saberlo. Al Asilo voy, que es mi último refugio; mas dudo ante el camino. Dime, mujer, ¿cuál es mi senda?

Y entonces María del Rosal, poniendo las azucenas de sus manos sobre las manos temblorosas de Pablo Espinosa, díjole con acento que sonaba á milagro:

—¡La senda de mis brazos, que va á mi pecho! ¡Ven!

PEDRO DE RÉPIDE.

PAISAJES DE CASTILLA, por Pedrero.



ÁVILA

La Fuente del Pradillo.



## DE PRISA Y CORRIENDO

—Dígame usted, don Hermógenes, ¿está bien que se diga en nuestros días la frase «en los tiempos que corremos»?

—Paréceme, mi apreciable vecino y colega, que la frase que usted me consulta pueda parecer anticuada. En mi concepto, desde los juegos olímpicos de la clásica Grecia, en que el deporte de la carrera comenzó á estar en boga, hasta la época de las carreras de caballos, bicicletas y automóviles, la frase podía estar muy en su punto; pero desde que se ha resuelto el problema de la aviación; me parece más propio decir: «en los tiempos que volamos».

—Observo por debajo de sus relucientes espejuelos que guiña usted los ojos con ironía, y en sus labios, de suyo circunspectos, noto una sonrisa casi volteriana.

—¡No he de guiñar y sonreír, hombre de Dios, si su pregunta me trae á las mientes el ansia de volar que sienten los humanos en todos los terrenos! Al siglo pasado (que en paz descansen) dimos en llamarle el siglo de las luces; y él, correspondiendo á nuestro apodo, tuvo variedad de luces en efecto: la pajueta, el quinqué, los fósforos, el gas, el petróleo y la luz eléctrica. Pues bien; al siglo presente creo yo que se le podrá apellidar el siglo de la prisa.

—Puede que tenga usted razón, ilustre vecino.

—¡Y cómo si la tengo! Antiguamente el ideal de la felicidad era la calma.

¡Qué descansada vida!

exclamaba en su canción nuestro maestro Fr. Luis, empleando sin duda este adjetivo por creer dichoso y placentero el descanso; pero hoy la Humanidad ha preferido seguir en la vida otra estrofa del mismo poeta:

Acude, acorre, vuela,  
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano.

—¡*Time is money*, amigo don Hermógenes!

—Sí, señor; pero si estamos en la idea de que el tiempo es dinero, más lógico me parecería conservarlo que malgastarlo á escape.

—La vida es breve.

—Pues por eso, ¡canario! Pues por eso me parece desatinado apurarla tan de prisa. ¿No le ha ocurrido á usted en su mocedad estar fumando un cigarro y mirar con pena que se iba acabando y que no tenía usted más en la petaca?

—Vaya si me ha ocurrido; en el tiempo de las vacas flacas.

—¿Y qué hacía usted al ver lo poco que le que-

daba? Saborear con deleite las últimas chupadas por lo mismo que quedaban pocas: lo que en los clásicos términos estudiantiles se llama apurar la colilla. ¿Se le ocurría á usted chupar de prisa para que se acabase cuanto antes?

—No, señor.

—Claro que no. Todo lo que creemos que va á durarnos poco lo estimamos más y lo ahorramos, por decirlo así; pero el tiempo y la vida hemos dado en fumárnoslo de prisa, para que se acabe pronto.

—Hay un ansia instintiva por llegar á lo que apetecemos, que nos empuja, mi noble amigo.

—¿Para qué esas ansias, vecino de mi alma, si las dejamos en seguida sin disfrutarlas por conseguir otras cosas? Nuestros anhelos parecen caballos del Tío Vivo: ¡unos tras otros, corriendo siempre, sin alcanzarse jamás! Le soy á usted franco: cada vez que considero este vertiginoso vivir de las gentes, observo que perseguimos las cosas, más que por el placer que nos proporciona su posesión, por el afán de dejarlas cuanto antes.

—¿Cree usted eso?

—Sí, señor. Le encuentro á usted en la calle á las ocho de la noche, y apenas hemos hablado cuatro palabras se despide usted azorado, porque tiene usted que ir á su casa á comer. «¡Qué apetito tiene fulano!», pienso yo, y lo mismo pudiera creer su familia, por la impaciencia con que usted dice apenas penetra en su domicilio: «¿No comemos?» Pero no hay tal cosa. Se sorbe usted la sopa ardiendo, que no sé cómo no se abrasa usted la boca, y riñe usted á los criados dos ó tres veces durante la comida por su pesadez en servir los platos; apenas se entera usted de lo que come, mi amigo, y el café lo toma usted de pie y á soplo y sorbo, porque se le hace á usted tarde para ir al teatro. ¡Vaya! Ya está usted en la calle. ¡Qué contrariedad! ¡Qué mirar el reloj desesperado de que estos pícaros tranvías no pasan por delante de nosotros en el preciso momento en que los necesitamos. Al fin viene uno, y pocos minutos después está usted en el teatro.

Al verle en su butaca, cuando el telón se levanta, creo yo que estará usted ya contento; pero á muy poco me dice usted: «¡Qué exposición tan lenta la de esta comedia! ¡Estos autores se duermen en la suerte!» Y si yo le celebro tal ó cual escena, usted me replica displicente: «Sí, está muy bien hablado: pero... pesa; debían aligerarla.» Y no pasan diez minutos sin que me diga: «¡Este primer acto es eterno! ¡No se acaba nunca!» Por donde yo deduzco que lo que á usted más le interesa de las obras es que se acaben luego.

—Me parece que exagera usted, vecino.

—No exagero. No, señor. Nos encontramos en los pasillos en el segundo intermedio, y me dice

usted: «¡Qué entre actos! ¡Así se acaban las funciones á las tantas!» Y sale usted del teatro, y va usted á tomar chocolate al café, y se queja usted del mozo porque tarda en servirle, y más todavía, porque no viene pronto á cobrar, y le dedica usted al camarero una de palmadas, que aquello es una ovación. Sale usted, al fin, escapado, y llega á su casa á la una y media, y se acuesta y se duerme.

—Sí, señor.

—Pues, hombre de Dios, si todo lo que ha hecho usted es precipitar las cosas para que llegue ese momento, ¿por qué no ha empezado usted por acostarse á las nueve?

—No es eso.

—Sí es eso. ¡Si á nada de lo que ha hecho usted hasta llegar á esa finalidad le ha sacado ni pizca de gusto! ¡Si todo se lo ha sacrificado usted á ese momento!

—Pero si...

—No se moleste usted, que ya sé lo que va á decirme: que no se proponía usted esa finalidad; ¿no es eso?

—¡Claro!

—Ya lo sé; pero, sin proponérselo, eso es lo que le ha venido á usted á resultar. Tampoco nos proponemos nadie morirnos pronto, y el sistema de hacer la vida rápida y corta nos lleva volando á la muerte. «¿No ha visto usted esto ó lo otro?», solemos preguntar al que llega de la calle. Y es frecuente que el interpelado nos responda: «No me he dado cuenta; he venido muy de prisa.» Yo creo que en el día del juicio, cuando nos pregunten por algo de este bajo suelo, la mayoría de los mortales habremos de contestar: «No nos hemos dado cuenta. ¡Hemos vivido tan de prisa!»

—De modo que usted, mi señor don Hermógenes, es partidario de la calma.

—Yo soy partidario de la lógica, y la calma ó la prisa me parecen oportunas cuando vienen á cuento. Cuando me encuentro en una situación desagradable, tengo verdadera prisa por salir de ella; cuando me amenaza un peligro, siento la prisa de alejarme de él cuanto antes, y cuando después de algún trabajo me espera algo agradable, experimento también un vivo deseo de llegar pronto. Cuando me espera, al término de un viaje, una persona querida que ha de agasajarme, parece largo el camino, y abrevio todo lo que puedo la duración de la marcha; pero cuando me constara que al término de mi viaje me esperaba forzosamente la muerte, créame que iría todo lo más despacio posible y que aun me sentaría varias veces en el camino. Pues ¿qué otra cosa es esta vida, sino un viaje á cuyo final nos espera la parca?

—¿Y cree usted que la Humanidad no ha vivido siempre de prisa?

—Como ahora, no. Para todo creemos que se nos hace tarde, y dejamos todas las cosas á medio hacer, para empezar otras que dejaremos lo mismo. ¡Arcaduces de noria que cogen y suben el agua, para verterla y coger otra sin cesar!

—Está usted hoy demasiado severo con nuestra actividad.

—Pero, hombre de Dios, ¡si no dejamos en paz ni á las palabras, por la prisa que tenemos al pronunciarlas! ¡Nos estorban las dimensiones de los vocablos, y los damos un tajo que los hace trizas!

—Siempre ha habido abreviaturas.

—Porque siempre hubo prisa; pero generalmente se concretaban á los nombres de las mujeres, ya cortándoles la terminación, como á las Patrocinios, que se quedaban en *Patro*, y las Encarnaciones, que no pasaban de *Encarnas*; ya suprimiendo el principio y algo más, como en las Raimundas, que reducíamos á *Mundas*, quitándolas el *Rai*, y las Hermenegildas, á las que cercenábamos todo el *Hermene*. Esto sin contar aquellas otras contracciones arbitrarias y raras, por las que las Dolores eran *Lolas*, las Concepciones *Conchas* y las Gertrudis *Tulas*; pero ahora no se trata solamente de aligerar nombres propios, sino de todas clases. Ahora compramos *La Corres*, tomamos café en el *tupí*, nos divertimos en el *cine*, corremos en el *auto* y nos llevan á la *Delega* y á la *Comi* y nos meten en la *Preven*.

—Ha citado usted el *cine*: ¿le parece á usted que es cómodo decir cinematógrafo? Los neologismos científicos, sobre todo, no se pueden resistir de puro largos. ¿Recuerda usted cómo se llama, científicamente, la antipirina? *Dimetiloxiquinicina*, que parece cosa de juego de prendas.

—Si á eso fuéramos, hay una materia colorante para teñir de azul, que se llama *dimetiloparafenilendiamina*; pero no tratamos de voces técnicas, porque la *Comisaría* y *La Correspondencia* no tienen nada que ver con la nomenclatura científica, ni son tan largas que nos falte el aliento para pronunciarlas, y, sin embargo, nos parece precioso decir la *Comi* y *La Corres*, como pudiéramos decir que oímos Misa en la *Parro*, nos casamos en la *Vica* y nos entierran en el *cemen*.

—De seguir por ese camino, resultarían cosas curiosas.

—Seguiremos, al paso que vamos y con la prisa que nos damos á tener prisa, y las palabras cambiarán al abreviarse hasta de naturaleza.

—Las habrá de vestir y calzar: la capacidad será la *capa*; el manganeso, *manga*; la botánica, *bota*.

—Las tendremos de comer: las potestades se convertirán en *potes*; la habanera, en *haba*; las carnestolendas, en *carnes*; la pasamanería, en *pasa*; la tartamudez, en *tarta*, y el pistoletazo, en *pisto*.

—Algunas ganarán en agudeza: la puntada será *punta*; la cortesanía, *corte*, y la filología, *filo*.

—Las habrá militares: la bombonera será *bombo*; la baladronada, *bala*, y el armatoste, *arma*.

—Para la sacarina diremos *saca*.

—Para el meteoro, *mete*.

—Para el arrepentimiento, *jarre!*

—El titiritero será *titi*; el monologuista, *mono*; lo patológico, *pato*. Y tendrá *pata* la Patagonia, y la colaboración, *cola*.

—Algunas voces ganarán en consideración, como la costanilla, que resultará *costa*.

—Pero otras perderán, como la cuadratura, que se quedará en la *cuadra*.

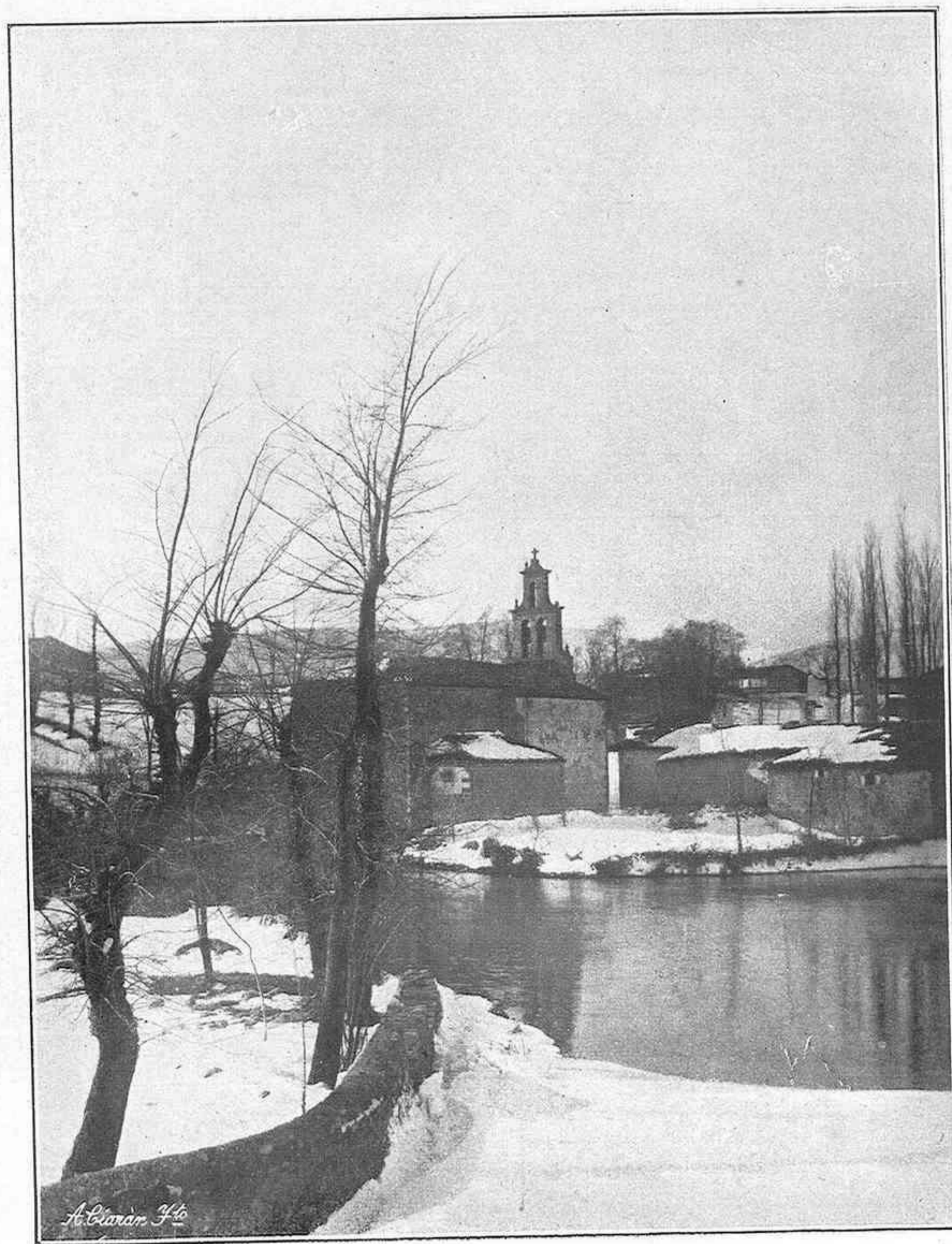
—Fuera del papagayo, que llegará á *papa*; lo demás perderá seguramente. Ya ve usted, toda mulata será *mula*, toda vizcaína *vizca*, toda malagueña *mala*. Mala suerte van á tener las mujeres.

—Pues ¿y los hombres? El boloñés será *bolo*, el tipógrafo, *tipo*; el memorialista, *memo*...

—Pero dejémosnos de torear el idioma *al alimón*, y quede sentado que á mí esta costumbre me parece una *barba*...

—Y á mí una *maja*...

CARLOS LUIS DE CUENCA.



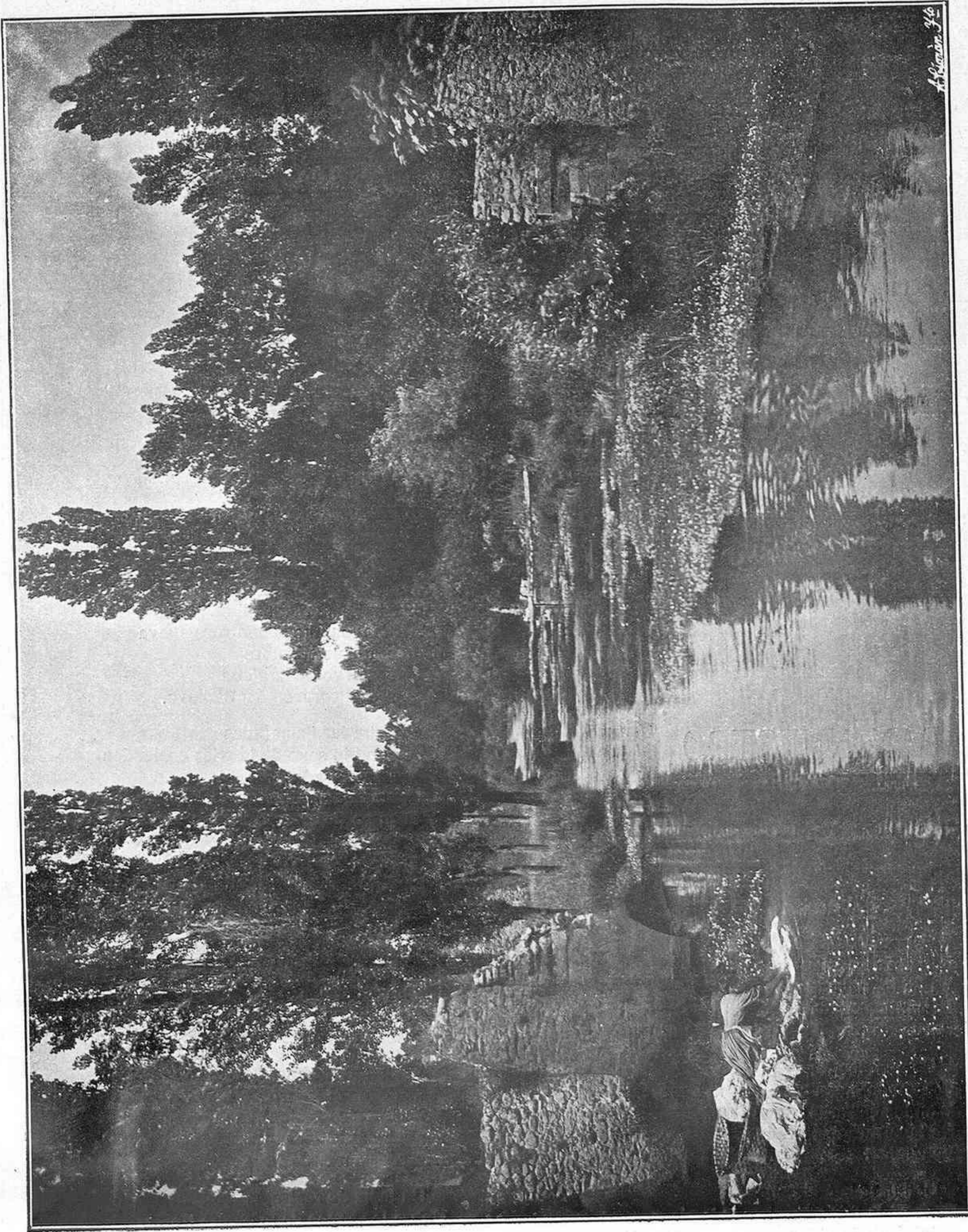
PAISAJE NEVADO

por J. G. de la Puente.



EN EL DIRECTORIO

Cuadro de Alonso Pérez.



*A. C. 346*

por Julio G. de la Puentie.

EL EBRO EN REINOSA



## EL PAN NUESTRO

### Á CASTILLA

I

Á los abrasadores  
Rayos de un sol que esplendoroso brilla,  
Va de los segadores  
La exótica cuadrilla  
Por las áureas llanuras de Castilla.

Como á los Reyes Magos,  
Los condujo una estrella — la Esperanza, —  
Y en los claros vagos  
De la aurora que avanza  
Ven un celeste albor de bienandanza.

Con la fe que el gallego  
Pone en la lucha heroica de la siega,  
Caminan bajo el fuego  
Del astro rey, que anega  
De luz los campos y los ojos ciega

II

Los fértiles trigales,  
Constelados con sangre de amapolas —  
Rubíes y corales  
De bermejas corolas, —  
Parecen mares de agitadas olas.

Arrastran las hormigas  
Á su hogar el tesoro de sus mayos;  
Y las blondas espigas,  
De Febo ante los rayos,  
Languidecen en súbitos desmayos.

Un tapiz de rastrojos  
Cubre los senos de la madre tierra,  
Como yertos despojos  
En que el afán se encierra  
De una ardorosa y encendida guerra.

El ambiente es un horno  
Donde todo se abrasa, funde y tuesta;  
Y el cálido bochorno  
Nos invita á la fiesta  
Del eclógico ensueño de la siesta.

Y así, entre el grácil oro  
Del trigo, las cigarras soñadoras  
Riman su alegre coro  
De alas imprevisoras  
Que no miden el curso de las horas.

III

Por el campo, que esmaltan  
Los cálices purpúreos de las flores,  
Miles de insectos saltan—  
Con pánicos terrores —  
Al degollar la mies los segadores.

En el trigal fecundo  
Cae, por la segur guillotinado,  
El germen rubicundo  
Sobre el hoyo trazado  
Por la tajante reja del arado.

Las bélicas falanges  
Atierran las espigas, al empuje  
De sus corvos alfanjes;  
El victimario ruge,  
Y el seco grano al desprenderse cruje.

Con plañideras voces  
Cantan sus *alaláes* las cuadrillas  
Al compás de las hoces,  
Y anudan en gavillas  
La mies que cercenaron sus cuchillas.

Y el sol, desde la cumbre  
De los cielos, preside la batalla;  
Y al titilar su lumbre  
Bajo el azul, estalla  
Con el trágico son de la metralla.

IV

Cesa el combate... Luego  
Van los truncados haces á la era;  
Y agóstanse en el fuego  
Del ejido, en que espera  
Su llegada la yunta mañanera.

De sol á sol trabajan  
Sin descanso los bieldos y rastrillos;  
Y agudos resquebrajan  
Las espigas, y rajan  
Su corteza, los dientes de los trillos.

Los cedazos y cribas  
Completan la labor, cerniendo el grano  
Con sus danzas lascivas  
Que miembran el profano  
Rito de Ceres, diosa del verano.

Marcha desde las eras  
El pan de los inviernos al molino;  
Y cae en las toveras,  
Que se agitan sin tino,  
Como en raudales del amor divino.

Y, al fin, cuece en el horno,  
Que alienta enrojecido de alegría;  
Y un vaho de bochorno,  
Que luego el aire enfría,  
Consagra nuestro pan de cada día.

V

Bendigamos el cielo  
Donde el ardiente sol de España brilla;  
Y ascienda hasta él, del suelo,  
Esta oración sencilla:  
«¡Guarde Dios el tesoro de Castilla!»

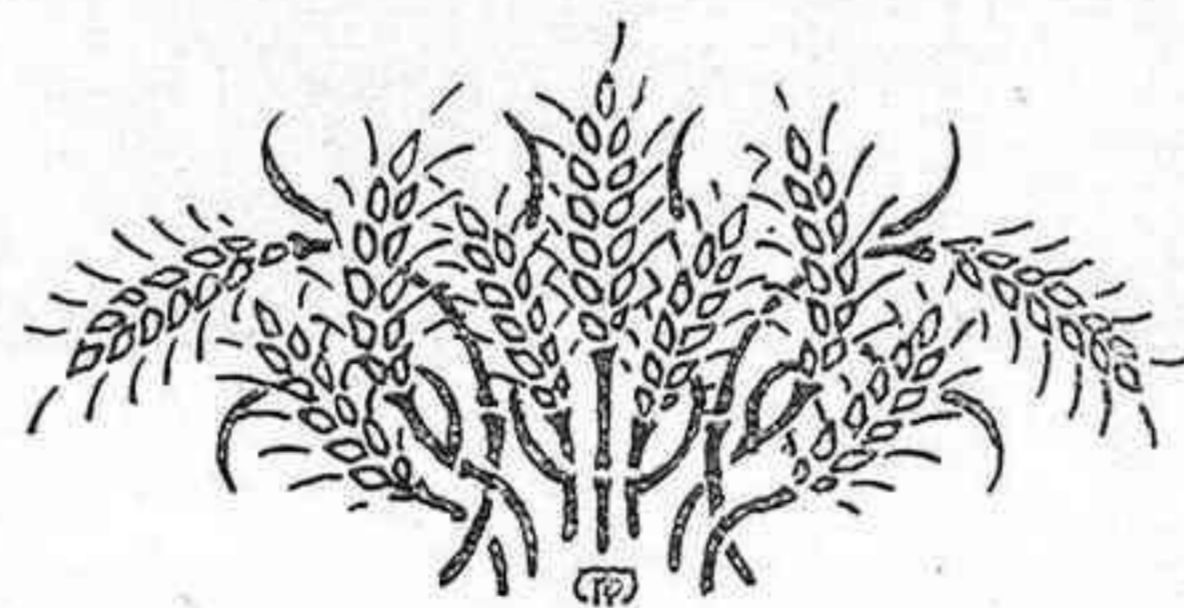
Cuidad de ese tesoro  
Que en las entrañas pródidas se encierra  
De las espigas de oro,  
Para que — en paz y en guerra —  
Germinen las semillas en la tierra.

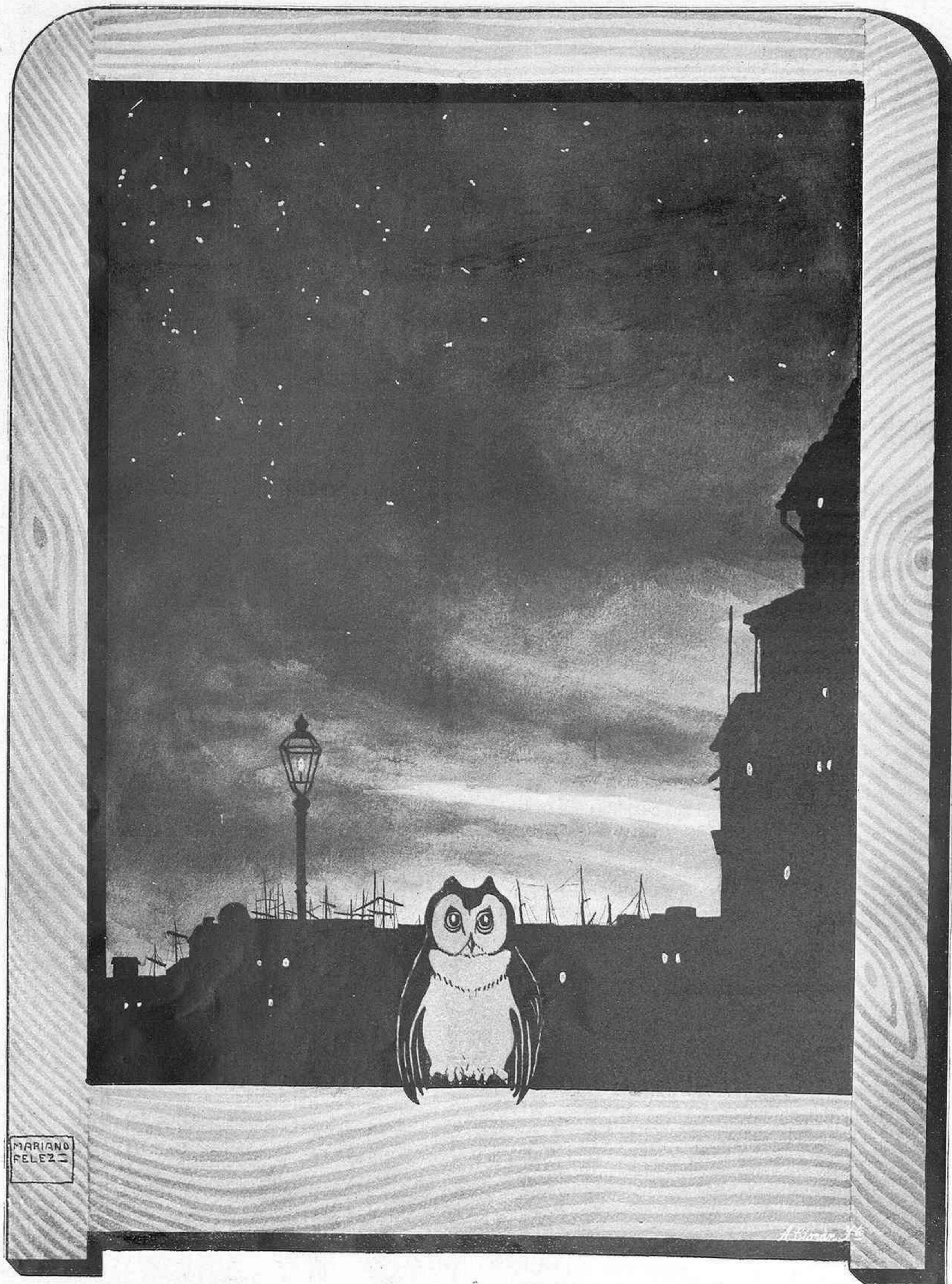
Vigilad el granero  
Donde guardáis la miel de los trigales,  
Para que el extranjero  
No aumente nuestros males  
Robándonos la caja de caudales.

Recordad, castellanos,  
Que es de todos el pan de cada día;  
Que es de vuestros hermanos  
También; que es *todavía*  
Nuestra madre común la Patria mía.

Mas si un día la guerra  
Civil ensangrentara el verde suelo  
De esta fecunda tierra,  
¡Negad al fratricida hasta el consuelo  
De comer ese pan, que es dón del cielo!

CARLOS MIRANDA.





== La noche.



## EL AMA

TODAS las mañanas, al entrar en el *escritorio*, ya tenía Virgilio Ozores la correspondencia correctamente apilada sobre su pupitre, de tal manera, que la pila postal llegaba á parecerle siempre la misma, como si fuesen las mismas cartas del día anterior, puestas allí de nuevo. Y al ir abriendo sobres con la fina cuchilla de plata, aun le parecían más monótonamente repetidas siempre las mismas cartas breves, de seco estilo formulario.

Aquella mañana, en cuanto entró Virgilio en su *escritorio* vió que la carta cimera de la pila era diferente de todas las, hasta entonces, recibidas. Así le pareció, porque es lo cierto que un sobre ya nos predice del contenido. Demoró la lectura de esta primera carta para el final de la correspondencia, engolosinado con el saboreo agridulce de la sorpresa; y aun antes de abrirla, la revolvió entre sus dedos pulcros, de hombre que se esmera y se repule.

Sobre el papel azul, los rasgos elegantes, pero angulosos, casi paloteados, revelaban mano femenina. Lo primero que Ozores buscó fué la firma; vió escrito con trazo señorial: *Catalina Norris*. Vertiginosamente, con cierta petulancia, revolvió en las memorias dulces y aborascadas de su juventud, ya un poco lejana: ningún recuerdo evocaba aquel nombre.

Leyó: «Señor mío: En busca de una casa campesina para acomodarme durante unos meses en soledad y silencio, he dado esta tarde con *Bettienea*, la residencia, tan señorial como abandonada, que tiene usted en el Bajo Pirineo. Los ariscos guardianes de ella sólo aciertan á darme el nombre y dirección del propietario, á quien, al parecer, ni de vista conocen. Yo espero de él el favor de más amplios informes, en el dudoso caso de que arrendara esta fosca morada. Si es así, diga usted precio y condiciones.»

Virgilio Ozores recorrió con lenta mirada su *escritorio* de rico naviero: las anaqueles de bruñida caoba, los sillones recios y hondos, de cuero rojo, la techumbre baja, artesonada y espejándose todo en el lustre del suelo enmaderado. Era una estancia que despertaba recuerdos de trasatlántico; hasta el aroma del maderaje y de los cueros tenía reminiscencias de camarote. De las paredes pendían, enmarcadas, cuatro grandes fotografías de cuatro poderosas naves hendiendo las olas: los mejores navios de su flota. Pensó que aquella carta, escrita con tan garboso donaire, no debía ser contestada por mano de mecanógrafo; y proyectó la respuesta al mismo tono de desenvoltura, más un leve trasunto de galanteo.

Escribió con rapidez, como hombre diestro en sutilezas epistolares: «Señorita: Si halló usted tan desastrosamente abandonada mi finca de *Bettienea* sepa que la culpa no es mía, sino de usted, que hasta ahora no se le ha ocurrido ir á sacarla del abandono. Por motivos sentimentales, que usted respetará, no puedo arrendar esa vieja casona de mis abuelos, que yo venero, pero si á usted le agrada posar en ella, tengo el honor de ofrecerle su destartalo, su soledad y su silencio. Tres encantos á los que no pongo precio, porque aun están sin valorar en el mercado. Si conviene, con un telegrama basta.»

Catalina Norris recibió esta respuesta en su cuarto de hotel en Biarritz. Leyéndola, se abrió una imperceptible sonrisa en sus labios. Nadie hubiera podido traslucir la verdad de aquel gesto: algo había en él de burla, y algo de contrariedad y de abandono. Inconsciente, oreada por la brisa del mar frontero, miró el membrete de la carta, como si buscase en él la interpretación de la carta misma: un trasatlántico navegando con fanfarronería, y muy humoso, por un mar de oleaje inverosímil. Rastreó cierta armonía de jactancia, entre epístola y membrete, como si en éste entreviera un vago símbolo de su correspondencia.

Se levantó para coger un *bloc* de notas y el lapicero: «Imposible aceptar sin precio—escribió.—Cuatro meses á mil pesetas mensuales. Si conviene, con un telegrama basta.»

Pocas horas después, sentada en el balcón terraza de su cuarto, á la luz de la luna que plateaba la hermosa costa biarresa, Catalina leyó esta repuesta: «Acepto. Entregue mensualmente precio á las buenas Madres del *Orphelinat de Notre-Dame des Roches*.» Estas breves palabras corrigieron la interpretación del membrete, algo así como si al trasatlántico se le hubiesen apagado los fuegos, y ahora se deslizase no por un mar oleoso, sino por un lago. La carta transcendía á galanteo de rumbo, el telegrama, á cortesía de hombre cauto. «¿Qué hombre será éste?», pensó la de Norris. Pregunta semejante á la que se formuló Virgilio Ozores mientras redactaba la respuesta.

No por curiosidad caprichosa, con verdadera vehemencia inquisitiva, volvió el naviero á interrogarse á sí mismo acerca de aquella mujer, al recibir, pasados pocos días, esta carta:

«Señor de *Bettienea*: Como no tiene Vd. el gusto de conocerme, ignora que soy una inquilina un poco estafalaria y bastante molesta. Lo primero, ya lo habrá Vd. visto; lo segundo, ya lo irá Vd. viendo. Al terminar los cuatro meses de nuestro *contrato*, estoy segura de que Vd., hartado de mí, me pone de patitas en mitad de la carretera. Pero como yo aquí he hallado la rumorosa soledad que

apetecía y necesitaba, me anticipo á evitar el desahucio, pidiendo prórroga del término por otros cuatro meses. Preveo que Vd., al ver mi apego á esta casona de sus señores antepasados, me considera, además de una mujer de muy mal gusto, bastante encaprichada para obligarme á doblar el precio del arrendamiento. Le ahorro el escozor de explotarme y la vergüenza de decírmelo; John, mi fiel mayordomo, entregará todos los meses á las caritativas Madres del *Orphelinat de Notre-Dame des Roches* dos mil pesetas.

»Arreglada esta condición que Vd., desconsideradamente, había de imponerme, pasemos á la que yo impongo, que es ésta: autorización amplia y franca para reparar á cuenta de Vd. y gusto mío el destartalo de este palacote, por el que Vd. siente una veneración familiar y un desprecio escandaloso. Perdón por mi desgarro: de la veneración me habló Vd. en su carta; el desprecio lo adivino por estos guardianes, que en veinte años de guardería no conocen ni de vista al amo.

»Y todo aquí, desde la traza del parque hasta el menudo detalle del mobiliario, revela, en efecto, que han pasado por el mundo dos generaciones sin que un señor de *Bettienea* haya traspuesto el arco del portón.

»Eso han ido perdiendo, y yo debo estar agradecida á la incuria que me proporciona el regalo de esta morada, en donde hasta los árboles tienen pátina de abandono secular. Me guardo bien de limpiarla: armoniza con el estado de mi alma, también empatinada por los años y los desastres. Deslizo estas melancólicas palabras para que Vd. entienda que se cartea con una dama de hermosa cabellera, toda blanca. Pero... ¡por Dios!, no me suba Vd. más el precio.

»Las obras y reparos que necesito son mejoras de la finca; que para hacerla vividera es indispensable acompañarla á la vida moderna, porque le aseguro á Vd. que está todavía en pelucón y cascaca. Instalación de un cuarto de baño para mí, como Dios manda. Y de otro para el pulcro John, como Dios también lo manda. Transformar el cochérón lóbrego en *garage* claro y espacioso: está mi *chauffeur* que trina. Introducir la luz eléctrica: la línea de Valcarlos pasa á dos kilómetros. Cerrar con cristalerías la galería del Norte, que cae sobre el río... Ya, ya me hago cargo de que Vd. no sabe que hay una galería y que hay un río. Una hermosa vista; pero en cuanto asome el otoño, un puerto. Solar la terraza. Y, poco más: levantar lo que se cae, amparar lo que se derrumba. En cuanto al parque, mucha monda; y á su tiempo, larga poda.

»La autorización ha de extenderse á otras pequeñeces que puedan ocurrírseme. De pintura, no hablo; cuatro artifices están ya en faena. Hago do-

minar un azul pálido, que, según la banderita del trasatlántico del membrete, debe ser el color de la casa. Y, casualmente, el mío.

»Con cuyos retoques remozo este retiro, acrecentando su comodidad, sin que deje de ser venerable. Como que cuido con el mayor respeto de las vejeces que aquí yacen. Por ejemplo: hay una alcoba solemne, con un lecho tallado, imponente: me guardé bien de instalarme en ella; entro como en un santuario. Seguro que fué la de ellos, los antepasados. Á los relojes—¡qué hermosos ejemplares!—ni me atrevo á moverles las pesas; que sigan parados, marcando la hora lejana en que toda la vida de esta casa quedó parada. Hay unos pocillos de Sajonia que sólo por el regodeo de acariciarlos con mis labios me han dado la tentación de tomar chocolate todas las tardes, y luego pago la exquisitez del gusto; que, por no ponerlos en manos mercenarias y peligrosas, los friego con las mías propias, que logro conservar en la palidez mate que les dieron fama hace ¡ay!... veinte años. Manos, en verdad, dignas de manejar sajonias: último esplendor de esta ruina humana. En el oratorio sí que entré, armada de todas las armas limpiadoras, como sacristán en vísperas de fiesta. Y ahora ya, limpio, reluciente, entro todos los días á encender la lámpara de plata, apagada indudablemente desde la misma hora en que se pararon los relojes. Enciendo y rezo. Rezo por los viejos señores de *Bettienea*, en este oratorio de ellos, en el que me parece que nadie rezó por ellos.»

Bajo la firma señorial aun había esta postdata: «Escribo largo porque me sobra el tiempo, y porque las tristezas de mi vida me han hecho un poco escritora.»

Cuatro cartas de respuesta comenzó el naviero; ninguna iba á su gusto. En todas apuntaba una bochornosa cursilería. Y la mayor dificultad estaba en esta duda: su inquilina, ¿era una mujer joven, como su espíritu revelaba, ó era de verdad una dama encanecida? Aunque muy diestro en el trato femenino, no veía luz que esclareciese el enigma. Hasta llegó á planear la indagación por medio de los guardianes; pero repugnaba la tosquedad del procedimiento. El rastro más seguro era la vibración de juventud que delataban las cartas: lo otro era un disfraz, una sutil coquetería. Casi llegó á sentirse dolorido de que la moradora de *Bettienea* fuese una mujer joven, de hermosa cabellera negra, de manos pálidas, aristocráticas. Á Ozores pasáronle por la mente, como nubarrón negro, los recuerdos de sus mocedades, que desbordaban jovialidad aventurera; y ahora, en contraste, el deslizamiento de su vida monótona en el pueblo costero, sin otra ilusión que la de ver llegar y ver partir los trasatlánticos. Llegaron para Ozores horas de nostalgia, como si

de lo hondo de su alma se elevase un rebelde calorillo de juventud mal apagada, y bajo la influencia de esta pesadumbre trazó, al fin, la respuesta:

«Señora moradora de *Bettienea*: Repare Vd. como le plazca el menoscabo de mi casa. Feliz ella, cuya vejez puede ser reparada. ¡Y por qué manos! Manos á las que deseo otros veinte años de palidez y de fama, y que yo beso con toda la reverencia que corresponde á un caballero de cincuenta.

»Si Vd., tan ilusionada con remozar una vieja casona, sabe cómo remozar el alma vieja del amo, y me lo dice, estoy dispuesto á rebajar la mitad de la renta. Entretanto, me parece muy bien que entregue Vd. á las pobres Madres las dos mil mensuales. Ni una menos. Y vayan esas reparaciones á cuenta mía y gusto de Vd.; á cambio de que *el otro remozamiento*, si fuere posible, vaya por cuenta de Vd. y á gusto mío.»

Tuvo Catalina un vago sentimiento de despecho al leer esta respuesta: estaba claro que el naviero no había puesto en duda lo del blancor de su cabellera, y por eso, convencido de ello, se disfrazaba de cincuentón decrepito, lo cual era una mentira galante, pero, al fin, un poco deprimente. «El desinterés, algo romántico, del propietario de *Bettienea*—pensó la de Norris—no es flor que se produzca en la aridez cincuentenaria: es arrebató de mozo.» Y como á un hombre en plena juventud le siguió, de vez en vez, escribiendo. Y él, como á una mujer en plena juventud, contestando.

Carteo que llegó á ser como dulce coloquio de dos amigos lejanos, poseedores de un mismo concepto sutil y amable de la vida. Para ella las cartas de Ozores, y aun más que recibirlas, el contestarlas, era una divagación sentimental que matizaba sus soledades. Para él las cartas de la dama desconocida eran evocaciones de horas apasionadas. Para los dos se mantuvo incólume el grave misterio de la edad de cada uno: fué como un tácito convenio de coquetería. Pero en el fondo de los espíritus era doloroso temor, una angustia ante la franca revelación; y al mismo tiempo el deseo, un atormentado deseo de hallarse con la verdad cara á cara. Al principio, había en las cartas, incidentales y rápidas alusiones á la vejez ya acechadora; después callaron, convencidos los dos de que aquel carteo era encubridor de una mentira. Cada uno presentía la crueldad del embuste ajeno.

Pasaron así los meses del estío y del otoño; la correspondencia entre el naviero y la inquilina se hizo cada vez más frecuente y más impregnada de un sentimiento vago, sereno, como si cada uno se correspondiera, no con un desconocido, sino con un ser imaginario. Y llegó á ser como un vago misticismo el íntimo abandono de estas cartas. Apenas si hacían mención á cosas reales; sólo de tarde en

tarde ella se refería á la casona, que era, al parecer, más grande en la invernada; y él, á los trasatlánticos que iban y venían.

Una mañana, Virgilio Ozores recibió esta carta:

«Señor de *Bettienea*: Ha llegado el momento de *separarnos*. Extraña separación de dos seres que nunca han estado juntos... Que sea nuestra despedida como fué nuestro primer saludo, á través de unas líneas muy corteses y un poco desgarradas. Nada de emociones, señor de *Bettienea*; no rebusque Vd. un poco de temblor en los trazos de esta carta: tengo el pulso firme; tengo los ojos secos. Á la edad mía... á la edad *nuestra*, ni se tiembla ni se llora por episodios sentimentales. ¿No es verdad, amigo mío?

»Le dejo á Vd. la casa en un orden perfecto. Cojo la última brazada de rosas del otoño y las reparto equitativa entre Vd., que es su dueño, las Madres del *Orphelinat*, que tanto las agradecen, y yo, que me reservo un manojo, para llevarme conmigo el perfume de esta casa lo más lejos posible.

»Mañana encenderé por última vez la lámpara del oratorio. ¡Quisiera Dios que nunca se apagara! Mi recuerdo estoy segura que nunca ha de apagarse!

»Adiós, *viejo* señor de *Bettienea*; adiós, por última vez, mi *viejo* amigo »

La documentación del trasatlántico que había de salir en la marea de la una, no fué revisada, como de costumbre, por Ozores. Al leer la carta, sintió la impresión de que en su vida se abría una sima. Desde el mismo *escritorio*, por teléfono, hizo venir con toda urgencia el automóvil, dispuesto á salir como una flecha para *Bettienea*. No fué acto reflexivo: procedía en vértigo de atolondrado.

Ya llevaba dos horas de marcha á través de carreteras vascongadas, cuando empezó á serenarse el espíritu. Y lo primero fué sentirse aturdido de su propio aturdimiento, é instantes después un impulso de hacer alto para medir con frialdad las posibles consecuencias de su viajata, sobre todo para sondear por última vez la duda, la punzante duda de la verdadera edad de Catalina Norris.

—¡Adelante, adelante!—exclamó con voz recia, cual si hubiera dado, en efecto, orden de parada. Y en la rapidez de la marcha, en el subir y el descender de agrias pendientes, iba viendo los valles hondos del país vasco: los caseríos, bajo la neblina de aquel día de invierno, pareciéndole nimbados por una aureola de paz rústica. Sentía que aquella suavidad se le pegaba al espíritu, tanto, que en ocasiones sorprendíase á sí mismo olvidado del fin de su viaje, complaciéndose nada más que en la contemplación apacible.

Pasaban por medio de villas, cuyas calles solitarias le dejaban una sensación de quietud y de reposo más benigno que los mismos campos. Á veces

un detalle nimio, sorprendido en la fugacidad, le producía una sacudida. Á veces pensaba: «¿Y si es una mujer en la primavera del vivir?»

—Mejor, mejor—se respondía, con enconada reciedumbre.—Mejor si es una joven; mejor cuanto más criatura: así no hay riesgo de novela, tal vez un poco drama. Así gozaré la espléndida serenidad de sentirme uno de esos graves caballeros que tutelan, que aconsejan, que amparan á una mujer interesante, inteligente.

Sacaba la carta y releía bamboleado por la marcha: «...á la edad *nuestra*..., las últimas rosas del otoño..., la luz que se apaga..., mi recuerdo... Adiós, viejo señor de *Bettienea*...»

Se enhiaron por una larga calle; el *chauffeur* hizo alto, y preguntó:

—Señor, ¿no come usted? Las tres de la tarde.

—Sí, hombre, sí; come cuando quieras.

.....

Á la última luz del día invernal, de nitidez cristalina, la de Norris, sentada á la vera de una lumbra-da, veía tras los cristales del balcón frontero las cumbres del Pirineo, donde las primeras nieves espejaban el azul profundo del crepúsculo. La sala estaba ya más esclarecida por la lumbre que por el cielo.

Una sirvienta entró á dar la llave de la luz. Catalina, tapándose los ojos con las manos, exclamó:

—Apaga.

Y volvió á quedar en el rojo claror intermitente. El aroma resinoso de los leños llenaba el espacio. Sobre las cimas ondulaba ahora una franja encendida, suavemente luminosa.

Oyóse lejana trepidación de un automóvil. Se acercaba. Paró. Catalina Norris tuvo un estremecimiento, una sacudida de todo su sér, y quedóse suspensa, paralizada, con zozobra de algo extraño, vagamente temido. En el silencio de angustia, los restallidos de la chabasca crepitaban como violentas desgarraduras. Abrióse la puerta de la sala; John, siempre sigiloso, acercóse paso á paso, y mesuradamente, con su vocecita tenue, dijo:

—El señor Ozores desea ver á la señora.

Catalina, al parecer recobrada de su turbulencia, contestó con sencillez:

—Que suba.

Salió el servidor; tras él la señora. Fué precipitadamente á zambullirse la cara en agua fría, á una rápida mirada al espejo.

John introdujo á Virgilio Ozores en la sala, y entonces fué Ozores el que contempló en una profunda inconsciencia la franja roja sobre las cumbres blancas.

Al aparecer de nuevo Catalina enmarcada en la puerta, la iluminó una violenta llamarada. Avanzó graciosamente, tendida la mano, abierto el rostro en

una sonrisa de suavidad casi infantil, y diciendo en tono de honda calma:

—Señor Ozores, siéntese usted y... mireme usted bien, que á eso ha venido. Mire usted mi pelo, blanco; mire usted mis manos... No; ahora no mire usted mis ojos, están imposibles; parece que es de llorar, y es de esta humareda... Para otro año, calefacción central, señor Ozores. ¡Ya estoy pidiendo!... ¿Me ha visto usted bien? Pues dígame usted ahora si yo engaño á nadie.

—Ni yo tampoco—respondió risueñamente el naviero.

—Confiese usted, señor de los trasatlánticos, que me creyó un poquito embustera.

—Confiese usted también...

—Lo confieso.

—¡Qué desencanto el suyo!—dijo Virgilio.

—¡Qué desilusión la suya!—respondió ella.

Y en la sala resonó, como un gorjeo, una doble risotada de regocijo cordial y sano. Y apenas se había extinguido, volvió á romper de nuevo, desbordante de alegría.

Tras la explosión de júbilo, vino un silencio largo, como de reposo placentero. Catalina tiró del cordón de una campanilla, al mismo tiempo que decía:

—¿Lo ve usted? Otra cosa que falta: timbres.

Presentóse John, sin avanzar ni una línea de la puerta.

—Acérquese usted—le dijo la señora.

Acercóse John correctamente.

—Un puesto en la mesa para el señor. John, el señor es el amo de la casa.

John hizo una admirable reverencia.

Era cerca de la media noche cuando volvió á trepidar el automóvil de Ozores, alejándose.

.....

Al apuntar la primavera siguiente, uno de los trasatlánticos de la naviera *Ozores y C.<sup>a</sup>* llevaba registrados en el rol del pasaje los nombres de Virgilio y de su esposa, Catalina Norris. Al zarpar la nave, la banderita azul gallardeaba en el tope del mástil.

La señora de Ozores, cogiendo de la mano á Virgilio, mostróle la flámula, diciendo:

—Como el membrete de tus cartas.

Y al apuntar el otoño, tibio y sereno, el automóvil de Catalina y Virgilio entraba por el parque señorial de *Bettienea*. El grave John esperaba con toda su gravedad á la puerta de la casa.

Descendieron los viajeros, y Ozores, dirigiéndose al mayordomo de su esposa, le dijo en aire y en tono de antigua reverencia:

—John, la señora es el ama de la casa.

FRANCISCO ACEBAL.

# TORMENTA



Cruzan como demonios los relámpagos;  
Junto á las madres, los chiquillos tiemblan;  
Los ojos de los gatos, como ascuas  
Brillan por los rincones; la tormenta  
Descarga fuertemente sobre el patio;  
Allá, en el corredor, luce una vela  
Que ilumina á una imagen de la Virgen  
De la Paloma; unos viejitos rezan:

«Santa Bárbara bendita  
Que en el cielo estás escita  
Con papel y agua bendita,  
En el ara de la Cruz.  
*Pater noster, amén, Jesús.»*

**L**A tarde es una tarde tormentosa,  
Está relampagueando por la sierra;  
Al señor Baltasar, el ebanista,  
Le ronda *la reuma* por las piernas,  
Síntoma, según dice, de que hay agua,  
Aunque después lo que hay es *Valdepeñas*.

Anda el señor Crispín algo nervioso,  
Y lo mismo le ocurre á su parienta,  
Que, en cuanto escucha un trueno, ya se sabe,  
Con la escoba al marido le da *leña*;  
Es el señor Crispín, el zapatero,  
Fuerte como el *chinchón* y la pimienta,  
Mas el ruido del trueno le acobarda  
Y la luz del relámpago le aterra.

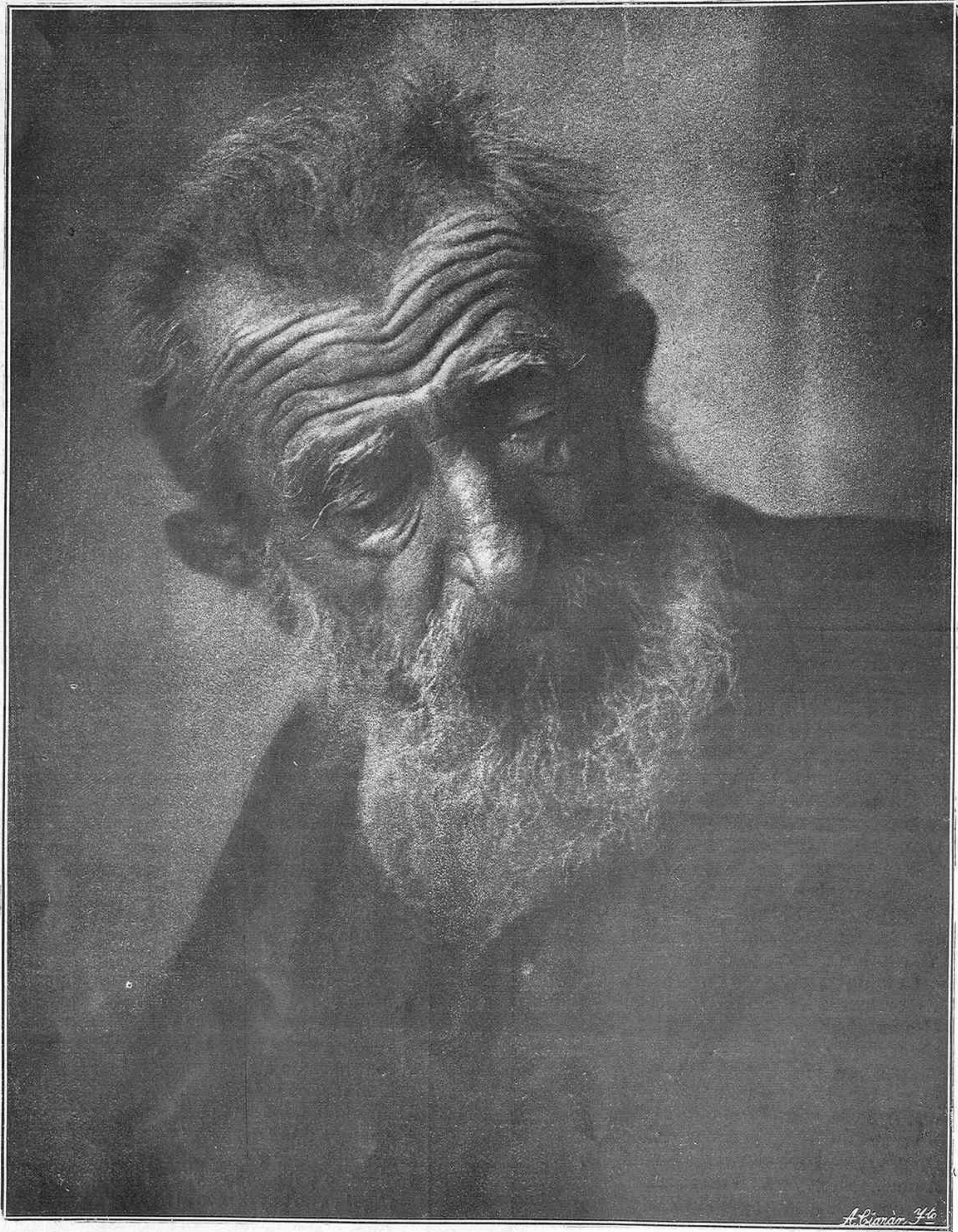
La tarde es una tarde tormentosa,  
Está relampagueando por la sierra;  
Unas vecinas cosen y otras lavan,  
Un grupo de chismosas chismorrea;

Cose el sastre; Crispín, el tachuelero,  
Mira al espacio, suda clava y tiembla.  
«*La tempetà é vichina*», como él dice,  
Y ya ve con la escoba á la parienta;  
De pronto, se oye un trueno formidable;  
Á poco, gritos y cerrar de puertas;  
La ropa, que á secar puso la Sinfo,  
Rápidamente quita de la cuerda;  
La jaula del canario y los claveles  
Libra del aguacero la Teresa;  
La mujer de Crispín coge lo escoba,  
Refúgiase Crispín en la despensa;  
Redobla en los cristales el pedrisco,  
Sucédense los truenos con más fuerza,

Cesan ya los relámpagos y truenos,  
Vuelve á reinar la calma en las viviendas,  
Vuelve el sol á lucir sus esplendores;  
Pura, que todo lo prevé, obsequia  
Con tila y con azahar á las nerviosas  
Que, con gusto, la tila saborean.

Sale el señor Crispín de su escondite,  
Tira la escoba la señá Quiteria,  
Vuelve á colgar la jaula del canario  
Y á sacar sus claveles la Teresa;  
Salen al corredor gatos y gatas;  
Canta la codorniz de la Marcela;  
Huele á tierra mojada; de muy lejos  
Aun se escuchan los truenos que se alejan,  
Y, para desquitarse de aquel susto,  
Coge el señor Ruperto la vihuela,  
Y recobra aquel patio la alegría  
Á los sones de alegres malagueñas;  
Bailan tangos la Lola y el *Lunares*,  
Unos chillan, los otros palmotean,  
Y aparece don Lesmes, el casero,  
Como nube que viene á aguar la fiesta,  
Indignado y diciendo á voz en grito:  
—¡Aquí ya no hay dinero ni hay vergüenza!  
—Aquí lo que no hay—dice la Paca—  
Es quien viva feliz sin dos pesetas;  
Se va una nube y ha venido otra  
Á nublarnos la paz de la existencia;  
Está visto, señores, *pa* nosotros  
No *s'acaba* en la vida la tormenta.

ANTONIO CASERO.



ESTUDIO DE LUZ

Fotografía de Carlos Iñigo.

# EL ORGULLO DE MI VIDA

I

Yo siento un orgullo que surge vibrante  
Del fondo del alma y asoma al semblante  
Cual nimbo de gloria, cual rayo de sol.  
Yo siento un orgullo que es himno ferviente  
Y es cetro en la mano y es lauro en la frente:  
¡Yo siento el orgullo de ser español!

Mi orgullo es de planta nacida en la cumbre,  
De alondra que vuela con ansias de lumbre,  
De chispa que ciñe la sien del volcán;  
Yo siento el orgullo del trozo de acero  
Que teme ser daga, y en yunque de armero  
Se trueca en tizona de buen capitán.

Yo pude hallar Patria magnífica y bella  
Tal vez donde Mayo perenne destella  
Ó en tierras de fuego que nadie exploró;  
Mas Dios, que del alma presiente el anhelo,  
Mirando en España la copia del cielo,  
Al darme una Patria, ¡la dicha me dió!

Yo admiro á mi Patria cual astro fulgente  
Que muestra camino seguro de Oriente;  
Yo admiro á mi Patria como un mar de luz,  
Jordán en que el orbe recibe el bautismo,  
Y vela sus armas, y aprende heroísmo  
Ciñendo la espada, besando la Cruz.

Yo adoro á la Patria por siempre bendita;  
Oyendo su nombre mi pecho palpita  
Y enciende las venas con épico ardor;  
Yo adoro al regazo sublime y fecundo  
Que dió á veinte pueblos—un sueño hecho mundo—  
Su historia, su sangre, su idioma y su amor.

II

Por grande la admiro, por buena la adoro;  
Mi Patria es prodigio que guarda un tesoro  
De santas leyendas, panales de miel;  
Su amor es milagro de esencia divina  
Que en rosa fragante transforma la espina  
Y en campo de abrojos cosecha laurel.

¡Ninguna cual ella! Si en horas de angustia  
Sintió la flaqueza de flor que se mustia,  
Muy luego á sus hijos dió ejemplo viril;  
Rasgando la sombra, luciendo cual rayo,  
Trazando la gesta que inicia Pelayo  
Y cierra con llantos el triste Boabdil.

¡Ninguna cual ella! ¡Cual ella ninguna!  
Si envidia cobarde ó adversa fortuna  
Borrarse los fastos que España trazó,

Truncada y deshecha del mundo la historia  
Se hundiera en la noche perdida su gloria;  
¡Si mueren los astros, el cielo acabó!

Por gloria del mundo, refulgen brillantes  
Las glorias del pueblo que mira en Cervantes  
Al padre sublime del Loco ideal;  
Y es gloria del mundo, que el mundo venera,  
El pueblo que pone su santa bandera  
En manos de un loco, de un nauta inmortal.

Ni eterna es la dicha ni eterna la suerte;  
Y si hay otra tierra más rica ó más fuerte,  
¡No la hay más honrada, más llena de honor!  
La fuerza es la garra que estruja, que mata;  
El oro lo obtiene robando el pirata,  
¡Y la honra es destello del Sumo Creador!

III

España es la grande, la santa, la augusta,  
La siempre abnegada, la Madre vetusta  
Que lleva en el alma sublime virtud;  
España es sonrisa que brilla en la pena,  
Es mártir con alma de nivea azucena  
Que sube al Calvario por darnos salud.

Es grande entre todas, es grande entre grandes  
Ganando victorias en Méjico y Flandes,  
Volando invencible de un mar á otro mar;  
Pero aun se acrisola su excelsa arrogancia—  
—Locura en Sagunto, delirio en Numancia—  
Subiendo al cadalso que alzó Villalar.

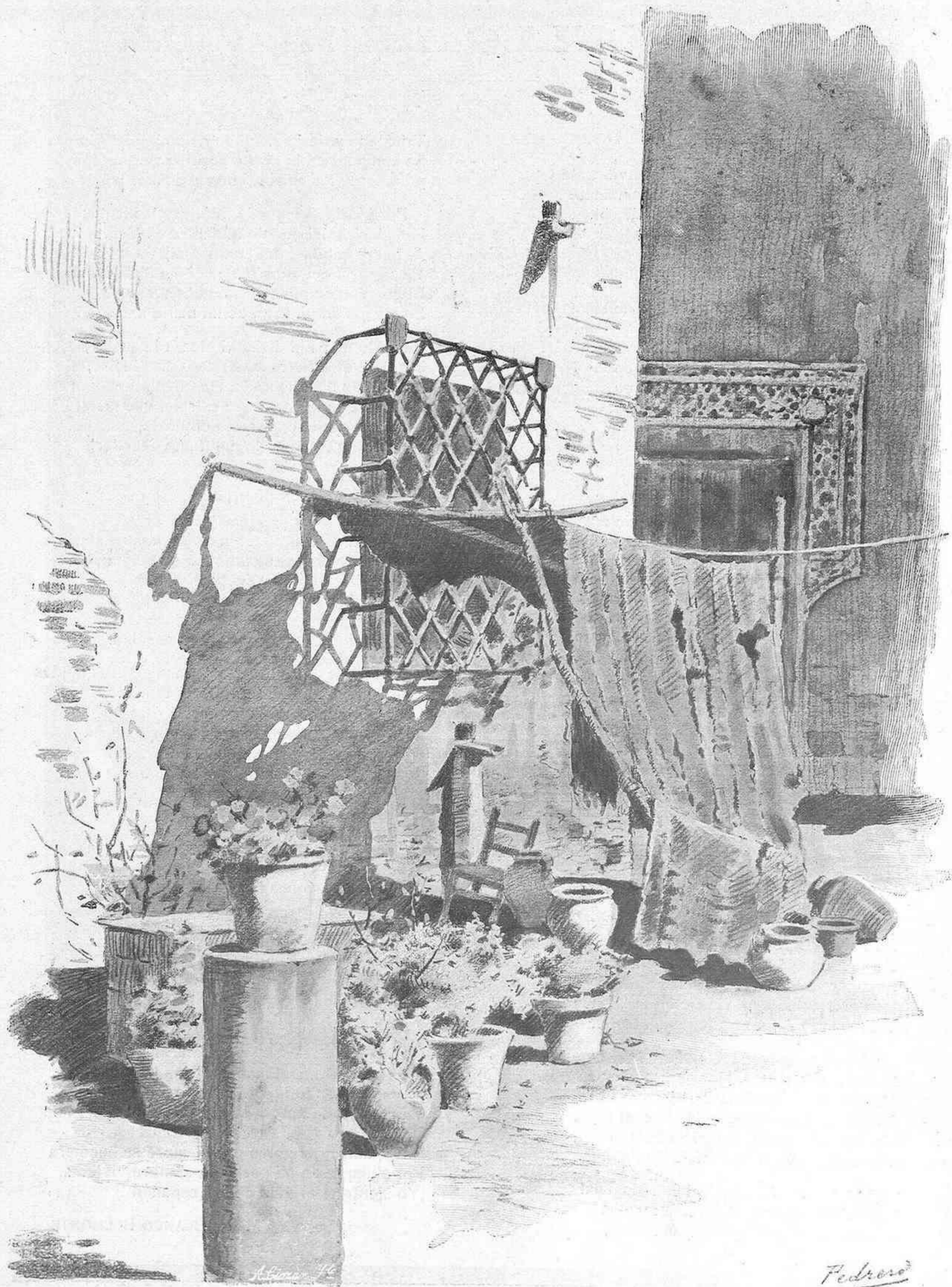
Yo he visto en mis sueños, á orillas del Tajo,  
Un yunque sonoro, blasón del trabajo,  
Un yunque-suplicio, rosal de ilusión;  
Y he visto al martillo rompiendo la escoria  
Templar corazones forjando la Historia...  
Y el yunque era rojo cual un corazón.

¡Y el yunque era España! ¡Mi Patria bendita!  
La Patria admirable que reza y medita  
Sin miedo á los golpes que la hacen sufrir,  
Y aguanta los golpes con brava entereza,  
Y yergue á los cielos su noble cabeza,  
Y aguarda los tiempos que habrán de venir.

¿Vendrán?... Del mañana Dios tiene la llave.  
¡Dios abra en lo ignoto camino á la nave!  
Ya muestra la aurora su vivo arrebol.

.....  
Si España en el polvo por siempre se hundiera  
Por siempre en mi pecho su nombre viviera...  
¡Yo siento el orgullo de ser español!

M. R. BLANCO-BELMONTE.

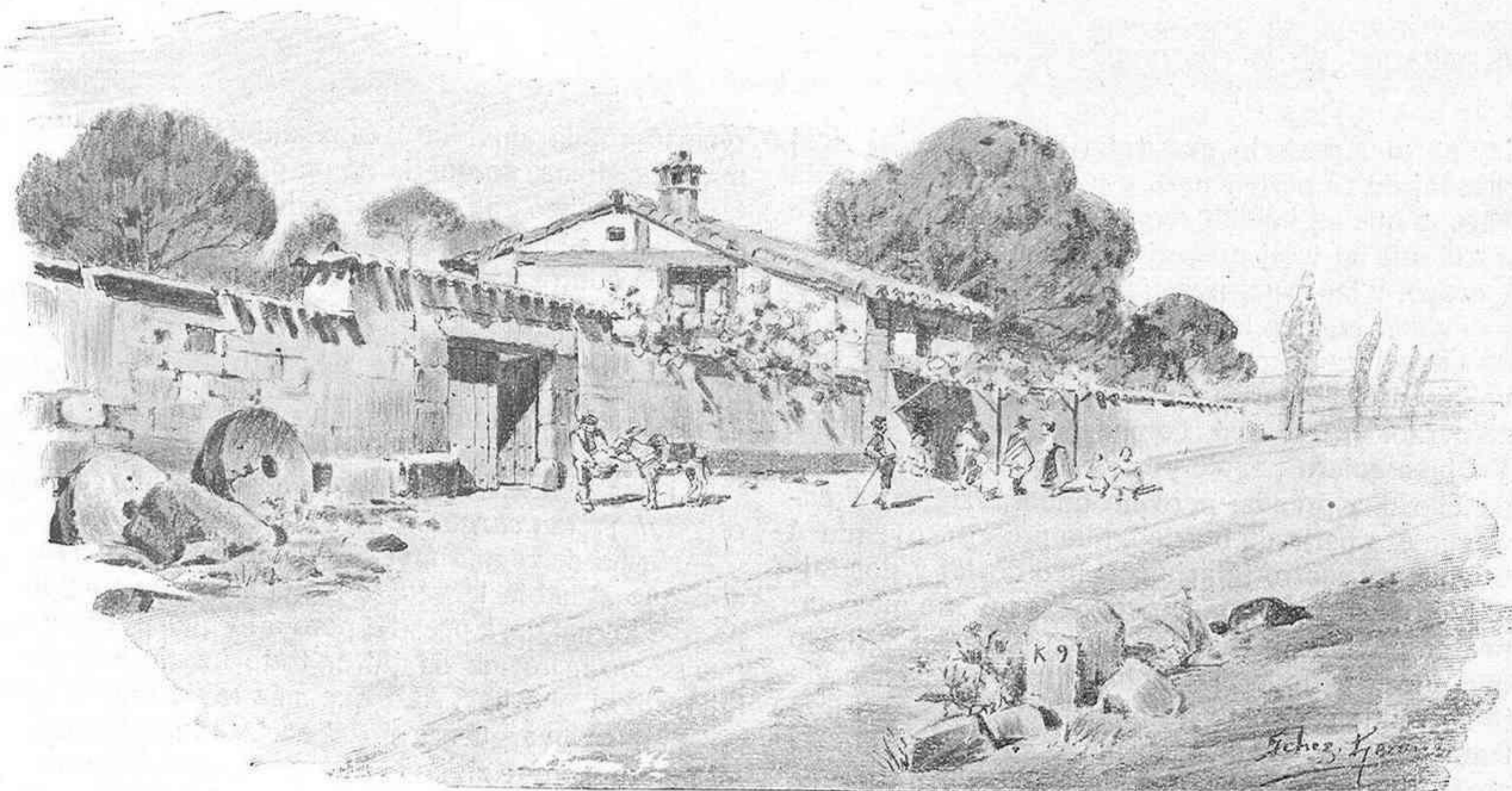


TORRIJOS

*Pedrero*

Patio de casa antigua.





## ARTIMAÑA GITANESCA Y EL AVISADO CONSEJO Ó DAR CON LA HORMA DEL ZAPATO

(CUENTO ANDALUZ)

—¿Ze pué pazá, tío *Lepijo*?

—Vayan pazando.

—No, zi vengo yo zolo.

—¿Qué t' ocurre?

—¡Tío *Lepijo* 'e mi arma! Uzté ej mi única ejperansa; zi no ze l'ocurr' á 'zté argo güeno pa zalvame, eztoy perdío. ¡Qué láztima qu' er tío *Lepe*, zu padre, que zanta gloria haiga, no muj pueda ayuar, con aqué magín tan propisio que tenía pa remedialo tóo!

—¿Tan difisi ej er cazo?

—Mu difisi.

—Puj entonse jabrá qu' echá de menoj, no zólo á mi probetico pare, zino á mi hijo qu' ezta zirviendo ar rey, y que zegún notisiaj muj va á dejá á tóoj en mantiyaj en punto á finesa 'e cacumen y á zaliaj 'e mérito.

—Eze ziento yo tamién que no 'zté aquí; y con er tío *Lepe*, *Lepijo* y zu hijo me reía yo der gitano 'e mi ejgrasia, y de...

—¡Ah! Pero ¿ze trata 'e gitanoj? Entonse ya poemas jechá la moyera en ezpírituj y en tlementina pa que zuerte bien er jugo; que zi yo zoy *Lepijo*, hijo de *Lepe*, elloj han tenío á Briján como maejtro y

hajta creo que er listo Cardona era de loj de tijera en faja y zombrero 'e catite.

—Azcuchoz ozté que la coza ez urgente.

—Vamoj á vé.

—Ejta mañana mu tremprano ejtábamoj yo y otroj amigoj á la 'ntrá 'er pueblo matando er guzanillo ca el *Venterote* cuando yegaron un cañí con zu rumí y media osena 'e churumbelej.

—Habla claro y dí gachó, gachí y chaveaj.

—Déjem' ozté, que no 'ztoy pa finuraj. Elloj ze pararon bajo 'r parrá en compañía d' un burro lozano y relusiente, máj arto qu' ozté (y dizimúleme la comparanza) bien enjalmao, con jáquima 'e madroñoj y baticola bordá, que daba goso velo. Pidieron de comé y de bebé con mucho jorgorio; maj en yegando que yegó la hora 'e pagá, ze puzieron tooj mu trijtej; la mujé 'zcomenzó á yoriqueá y er marío acabó por confesá que no tenía un chavo pa 'r gajto. Uzté sabe qu' er *Venterote* no tiene fama 'e pasiensudo... ya pué ozté figuraze la que z' armó. Grasiaj á loj que estábamoj ayí n' hubo una perdición. Ze vinieron á laj güenaj y er mar parroquiano dijo qu' ér ofresía cuanto ensima yevaban y que d' eyo ze cobrara er mezonero, jujtipresiendo en zana

ley por una parte lo que valía alguna de laj ricaj preseaj de zu pertenencia, y por otra parte, la mala basofia que lej habían zervío. Tengo que prevenile á 'zté que laj talej preseaj no eran zino de zimilor y oropé, y laj ropaj puro jarapoj y mugre añeja.

—¿Y er borrico tan hermoso?

—Ezo mezmo penzámoj tóoj. Era lo único que valía y á él s' agarró er der ventorro como un dezejperao. «¡Artó ayá, comparito!, le ijo er gitano. Yo bien quiero pagale y hajta mi avengo á vendé pa ello una prenda; pero no quedará 'zté que l' entregue eza perla de borrico, que noj ejtá oyendo á trueque de cuatro jabichuelas mal cosíaj y dos rajpaj 'e bacalao. Zi arguien conoz' ozté que me compre er poyino, jágaze 'r trato norabuena y de lo que por er tome le pagaré luego, sin echá en orvío ju corretaje.» «No te fartarán pretejtóoj pa no jasé trato.» «No ej azina, que vendé quiero el ajno pa no morinoj de jambre yo y los mfoj, y dá tregua jajta que Dioj mejore zuj horaj. Y barato lo tendré que dejá, ajogao como me encuentro. En media onsa lo doy agora mejmo zi arguno de loj prezen-tej lo toma.» En tal punto, ze levantó la gitana dando grandej vosej, poniendo á zu marío com' un guiñapo, iciéndole que «si trebajara como Dioj manda no llegaran ar transe 'e tené que marvendé aquella fló de plimavera, aquer ezpejito 'e plata, miel de cormena, regalo de las nalgas, invidia de caminantes y orguyo 'e su jinete». Con ejto ze tiraba 'e los peloj, lloraban loj macacoj abrazaoj ar borrico, y tan fiero era er cuadro, qu' er *ventero* acabó por apiadaze y perdonale er débito. «Ezo no consentiré yo, zino quedá como un cabayero, y azina, zi arguno d' uztéj entiende 'e beztiaj y quiere jasé trato...» La mardita cubisia m' atentó; yo lo vide entre la 'spáa y la paré y me jise cuenta de comprá por una miseria un animá tan alabao y querío que valía esnúo cuarenta napoleones, contri máj enjaesao como 'ztaba. «¡Yo lo compro!» «Uzté no ha comío entoavía laj roscaj que jazen farta pa entendé 'e ganao; yo quiero tratá con conoseor fino que no me venga endimpuéj con arrepentioj ni dejdesirej.» Le rejpondí que yo no nesezitaba lisionej de naiden, y que güeno ú malo er trato que se jisiera, jecho queaba y él ziguió erre que erre con que no quería vendeme el azno, y tomando á tóoj por testigoj de que zi lo jasía era po mi gran empeño y ajincando bien en que yo asetaba el mercao en firme y zin güerta atráj. Dijo máj (bruto de mí que náa me malisié): «Á mí er burro no me zirve, ni azté tampoco le va á zerví.» «¿Ez que tiene mala monta?» «¡Qué ha de tené zi ej un coche corgao!» En fin que le dí loj ocho duroj y me yevé er burro der ronzá.

—¿Y en qué 'ztá tu mal entonse?

—Puj en que al regorvé la calle me zubí en él y

rezurtó que la «invidia é caminantej», como le llamaba la gitana, no quería dá un pazo, y á juersa 'e taloneo arrancó una correndiya derecho al pretil der río que no zé cómo no caímoj de cabeza. Y aluego jué á dá contra una tapia, y aluego... aluego m' ha dicho el arbéita ¡qu' el «ezpejito 'e plata» está siego!

—¡Anda con Dioj!

—¿Qué jago yo agora con un animá que no pué andar?

—¡Por ezo desía zu amo qu' era un coche *corgao!* ¡Y tan *corgao!*

—No juí de zeguía á vé ar gitano porque prezmía que z' había largao; se lo conté ar corregidó pa que lo mandara prendé; pero á lo que paese no pué sé, po la forma en qu' er trato ha zío jecho y loj testigoj que hay... Lo que más rabia me da ej qu' er mu zinvergüensa no z' ha 'zcapao ziquiera. M' han dicho que zigue mu tranquilo en er ventorro con toa la familiota, jinchádoze á cojta mía.

—¡Ez raro que no z' haiga díol!

—Y lo que voy á jasé ej bujcalo á vé zi quié tomá zu burro y degorverme ar meno la metá 'er dinero.

—No quedará..., aunque... tal vé zí..., porque azina...

—¡Jabl' ozté resio, que yo m' enterel!

—Aguarda un poco...

—Pienz' ozté, pienz' ozté, por zu zalusita, tío *Le-pijo*. Qu' he metío en ezte berengená tóo lo ajorrao en año y medio.

—Güeno; ya 'ztá.

—¿Qué hay que jasé?

—Náa: ezperá en tu caza ar gitano, que no tardará en dí á buzcate...

—¿Á mí?

—Y á pedite 'e roillas que dejcambiej.

—¿Qué 'ztá 'zté iciendo?

—Y á dáte dinero ensima, con tá de que le rezpondaj lo que te voy á desir.

\* \* \*

—¡Ave María!

—¡Zin pecao! ¡Adelante!

—Á la paj 'e Dioj. ¡Hombre, ar fin ze le vé á 'zté 'r pelo! ¡Dend 'ezta mañana lo 'ztoy á 'zté bujcando, compare!

—¡Á mí! ¿Pa qué?

—Velay..., náa maj que pa zabé zi 'ztá 'zté contento con la compra.

—¿Por qué no?

—¿No ha notao 'zté náa?

—Náa 'e particulá.

—Pero... ¿ha probao 'zté er burro?

—Trebaando 'ztá.

—¿Y en qué, zi ze pué zabé?

—En una noria.

—¡Arma mía! ¡En lo único que podía jase argo 'e provecho!... ¡Vaya! Pa que lo zepa 'zté: er borrico eztá siego y ozté maj siego entoavía. Y he venió por ezo; porque ezta mañana he jecho con ozté una mala partía, y manque yo no zea cazteyano, tamién tengo mi consensia y he eztao con un regomeyo... azina..., jazta que ije voy á dezengañá á eze probe hombre y á degorvele zu dineró.

—Poj muchaj grasiaj, pero ya zab 'ozté en lo que queamos: er trato ej trato y no hay qu' arrepentize.

—Entonsej ze va 'zté á queá con una bejtia inúti.

—Á mí me zirve.

—... ¡Güeno! Ha llegao er momento de icir la verdá, y aquí me tien' ozté de roillas pidiéndole por la Vinge que me d' ozté mi burro, que yo l' entregaré zu media onza, y maj, si jase farta.

—Me va 'zté á ejplicá antej pa qué qui' uzté conservá eze animalito con tanto empeño.

—Mizté: zi n' hubiera 'zté tenío eza mardita noria, ¿qu' habría pasao? Qu' ozté mezmo juera venió á bujcame con quejaj y lamentoj pa descambiá; yo me jisiera rogá, y ar fin, pa arreglanos lo mejó posible, ozté m' hubieze entregao la beztia y yo le degorviera la metá 'e zu importe, perdiendo 'zté la otra metá por er dezdicho. ¿Ez mentira? Á mí me queaban cuatro napoleones; mañana, en otro pueblo, jasía la mezma faena, porque nunca farta quien, creyendo qu' eztoy con er agua ar cueyo, ze figure que me va á engañá, y... eza ej mi vía. Agora zi ozté no tiene compazió de ezte padre é familia...

—¿Y no l' ha ocurrió nunca lo que hoy conmigo?

—Nunca, en más d' un año que topé con eze borrico, qu' ez un Potozí. ¿Uzté cree que tóo er mundo tiene noria?

—Yo no tengo noria denguna. Lo que he jecho y dicho ha zío por conzejo d' un zabio que tenemoj

aquí, que ze yama er tío *Lepijo*. Vamoj á vé lo qu' él rezuerve. El pollino eztá en zu caza.

\* \* \*

—¿Queréij zabé lo que yo rezuervo? Poj que yo compro er burro pa cuidálo y pa que ze muera de viejo en mi huerta sin jase náa, y doy por él la media onsa en que zu amo lo jujtipresió.

—¡Ez que zi zana vale mil rialej!

—Si no vuz conviene vuz dejo en er mezmo punto en que eztábaj der pleito, y loj doj perderéij maj.

—Ziga 'zté, zeñó *Papelijo*.

—*Lepijo* me llaman. Á ti, compraor, por tu cubicia y mala fe, queriendo aprovecháte del atoyaero en que te figurabaj que este hombre estaba metío, te eztá bien perdé á medias lo qu' has dao, como eztabaj desidío á perdélo. Aquí tienes cuatro duros, ú zea la metá de lo que yo doy. Á ti, vendeor, por tu malisia y malaj artej, te correjpondía perder tóo, pero no quiero que te vayaj ezmamparao, y zí que tengaj argunoj poziblej pa mejó valéte zi quierez cambiá de vía. Aquí eztán loj otroj cuatro duroj, que con loj ocho qu' ezte te dió, jasen dose, y er probe animá eztá máj que pagao. ¿Eztáis conformej?

—Yo lo 'ztoy, aunque me cuejte ochenta riales la lisió.

—Y yo tamién, manque zólo zea por habé cono-sío á un hombre tan ejpabilao y tan cabá como er zeñó *Pelijo*...

—¡*Lepijo*, *Lepijo*!... Y á ver zi t' acoztumbraj á trebajá y á enzeñá á tuz hijoj á que ze ganen er pan honramente.

—Zí, zeñor, ze lo prometo..., y... ademáj le juro no gorré en mi vía por ezte pueblo..., ¡por zi acazo!

JOSÉ SÁNCHEZ GERONA.





## PRIMAVERA

La sien orlada de vistosas flores,  
Ceñido el talle de gentiles galas,  
Eres la juventud: como ella exhalas  
Aromas del pensil de los amores.

Te iluminan del sol los resplandores;  
Te acarician del céfiro las alas,  
Y con los dulces ecos te regalas  
De los himnos que entonan tus cantores.

Eres la juventud... Rendido y tierno,  
Un himno alza también mi voz severa,  
No al viejo, sino al joven... ¡Lauro eterno

Á esa edad de la vida, placentera!..  
Pero ¿quién fecundó sino el Invierno  
Los campos que esmaltó la Primavera?...

JAVIER UGARTE.



Cuadro de Alonso Pérez.

GALANTERÍA Y DISCRECIÓN



PAISAJE MONTAÑÉS

por J. G. de la Puente.



*A. García. F. L.*

EN EL BAÑO

De fotografía

## LA PUNTA DEL CUCHILLO

**P**UES, señor, que una vez había en un pueblo— que no es menester nombrar, por si el tal nombre fuese hilo que descubriese el ovillo— un viejo avaro: uno de esos desventurados seres comidos por tan terrible mal, cuya avaricia castiga la Divina Providencia, instituyéndolos en guardadores fieles y administradores celosos de una gran fortuna, de la que no han de disfrutar jamás, antes, por lo contrario, que ella es quien se sirve de los tales, y de ellos goza, oprimiéndolos, esclavizándolos, aherrojándolos como siervos humildes rendidos al palo y al hambre, incapaces de toda rebelión, de toda protesta, del menor anhelo de independencia ni de manumisión. Seres desdichados para quienes el oro es amo y es Dios á quien sirven y á quien adoran sin atreverse á llegar á él fuera de las ceremoniosas manipulaciones del culto, sin osar tocarlo con sus pecadoras manos para nada que trascienda á provecho propio, á su bienestar ni á su holgura, que no ya á su personal recreo ni satisfacción...

Llamábase este tal D. Lesmes, por mal nombre *el Seco*, y lo era, y tanto y tan de cuerpo y alma, que con ser éste un sarmentoso esqueleto forrado de amarillentos pergaminos, era un rollito de manteca pingüedinoso, comparado con la aridez espínosa de su espíritu.

Su historia, y no muy limpia, tenía el hombre. Y si hemos de recordarla, por fuerza tendremos que comenzar á referirla por el fin, que es lo conocido, partiendo de ello y sobre terreno firme, á fuer de narradores veraces, y lanzándonos por las penumbras de lo dudoso hasta desaparecer en las sombras de lo ignorado.

Don Lesmes era el vampiro del pueblo, cuya sangre lo alimentaba y de cuyas linfas se nutría. Pulpo gigantesco, sus múltiples tentáculos aprisionaban al vecindario todo, y no había en él hombre ó cosa libre de las caricias de sus ventosas absorbentes ni de las desgarraduras de su acerado pico. Poderoso era *el Seco*; incontables sus caudales, incalculables sus riquezas; suyas eran, por hipoteca ó por venta, las casas y las tierras; suyos, por préstamos viles, frutos y ganados; suyos, por imperio del miedo, el pan que se come, el agua que se bebe, el aire que se respira y hasta la luz que alumbraba. Había, en sus mocedades, heredado á un su tío, muerto en Indias, y los doblones de la herencia hicieronlo subir como la espuma; que el que hereda medra, y fueron la levadura, el germen de su colosal fortuna futura. Decíase de él que había tenido amores con *la Raposa*, una pobre vieja que, con tufo de bruja, vivía en el pueblo; claro está que de esto hacía ya muchos años, cuando *el Seco* no era una momia ni *la*

*Raposa* una pavesa, sino mozo del molino él, y una real moza, garrida y guapa ella. De casorio llegó ya á hablarse; pero ella plantólo de pronto, negándose á maridar con él, aun á trueque de quedarse, como se quedó, para vestir santos, como *el Seco* para desnudar pecadores. Antes de esto, había sido mozo de un mesonero á quien los facciosos asesinaron para robarlo; y si el criado salvó la vida, acaso por no tener sobre qué caerse muerto, no escapó sin una buena somanta y sin el enorme susto consiguiente; pues hallósele amarrado á un pilar de la cuadra, molido á golpes y medio lelo: estado anímico que perduró en él largos días y que no le permitió jamás explicar claramente el cómo ni el cuándo del atentado. Y esto es lo más importante de la historia de D. Lesmes, exceptuando— y á propósito está hecha la cosa— un pormenor interesantísimo, y es: que el viejo verrugo no vivía solo, ni, como pudiera sospecharse, con alguna vieja manida, tan cutre como él, sino con una realísima moza, más hermosa que una onza de oro, pobre niña huérfana, sobrina del avaro, á quien éste recogió por uno de esos milagros que aun se sirve operar el cielo para demostrarnos lo infinito de su poder. Llegó el viejo á adorar con paternal amor á la muchacha, y en alguna ocasión, nueva Dalila, supo ésta cortar, ó despuntar al menos, los cabellos del Sansón sensible, dominándolo, en cuanto puede dominarse monstruo de tal naturaleza como el demonio de la avaricia, logrando de él, en favor de algún sinventura, un pequeño respiro, un plazo, una tregua, que si no le proporcionaba la imposible salvación, prolongaba su angustiada agonía.

¿He de decir que esta moza, presunta y única heredera de las cuantiosas riquezas del viejo era el sueño dorado de todos los mozos del pueblo y aun de los pueblos todos del contorno? No; no he de decirlo; pues el único defectillo de la zagala, joven, hermosa, garrida, eran los caudales del tío; y esta mácula es de las que se perdonan fácilmente; sí diré que Juan Manuel, el simpaticón hijo del médico, y un poco médico él mismo, bebía los vientos por la muchacha; y no lo digo por lo que esto tuviera de extraordinario, sino porque daba la casualidad de estar la niña loquita de remate por Juan Manuel. ¡Ay, que entre los dos, entre aquel par de rosales en flor, como formidable muralla, no menos recia que la de la China, se alzaba amenazador y fiero el odioso verrugo, segador de flores, tronizador de ramas, aserrador de troncos, extirpador de raíces de todos los rosales del mundo!... Primero muerta quería el tacaño á su sobrina, que en brazos del matasanos aquél, capaz de embalsamarla á ella y de descuartizar al viejo para apoderarse de sus posibles... Ni con la mirada quería que se le volviese á hablar de ello.



Entristeci6se el mozo, que por fuerza querfa arrancar 6 la moza de las garras del ogro; y angusti6se la ni6a, que preferfa morir 6 contrariar 6 aquel que tanto la amaba y 6 cuyos paternos cuidados debfa la existencia; y, como ocurre en las novelas rom6nticas, enfermaron ambos amantes de hipocondrfa y de consunci6n, decididos 6 morir de amor y de pena. Creo yo que hasta llegaron 6 toser ya un poquito...

Entonces fu6 cuando intervino *la Raposa*, la pavesita aquella con tufo de bruja, 6 quien Juan Manuel salv6 una vez la vida, libert6ndola de las garras de los cerriles mozos del pueblo que pretendfan no menos que quemarla viva por no s6 que desaguisados atribuidos 6 sus pr6cticas hechiceras.

Una tarde, p6lido y ojeroso, ensimismado y pensativo, paseaba por la orilla del rfo Juan Manuel, cuando de entre unas espada6as, como por escotill6n en funci6n de magia, surgi6 *la Raposa*. Apart6se disgustado el mozo, esquivando la presencia de la vieja, que venfa 6 interrumpir sus hondas meditaciones; pero 6sta, encar6ndose con 6l, le dijo ni m6s ni menos que 6 Santo Tom6s el 6ngel:

—No es tan diffcil como t6 crees, aunque t6 por imposible lo tengas...

—¿Qu6 es eso—contest6 Romeo—que no es tan diffcil?

—Aquello en que t6 vas pensando.

—¿Por ventura es cierto que adivinas los pensamientos?

—Como en abierto libro leo el tuyo: en todas sus hojas hay s6lo una palabra: *Daniela*; y un solo borr6n: *Don Lesmes*...

—No en balde tienes fama de bruja...

—En la que t6 no crees, pues no crees en ellas... Por eso me salvaste la vida cuando aquellos viles pretendfan darme 6 las llamas; no puedo olvidar yo tal favor como el recibido de tu mano, y por ti, s6lo por ti, estoy dispuesta 6 ser realmente bruja unos momentos. D6jame 6 m6, que acaso yo pueda dominar al fiero le6n que tanto os atemoriza...

—¿Haciendo revivir viejos amores?—pregunt6 sonriendo el mozo.

—Con mis artes brujas, de las que tambi6n, como de nuestros viejos amores, te rfes t6.

—Menester fuera verlo para creerlo; y 6 fe, buena vieja, que si tal lograses habfa de hacer pesarte en oro.

—Sin 6l he vivido hasta aquf, y no necesito de 6l para morir. Pena me dais, pues veo que vais 6 ser las 6ltimas vftimas de ese hombre; pero yo te prometo que si de m6 os fi6is y me obedec6is en todo, t6 ser6s de Daniela y Daniela ser6 tuya..., 6 poco he de poder. Por la virtud de un poderoso amuleto que yo te entregue lograr6is cuanto dese6is. Escucha. Has de ver 6 tu amada, y de ella

has de obtener que te entregue el cuchillo con que en su casa se parte el pan. Si pregunta el viejo por 6l, cont6stesele que lo alzaron los demonios, s6lo esto; y t6, con el cuchillo, vendr6s 6 verme 6 mi choza al filo de la media noche. Te espero...

Hizolo asf el mozo, quien, no sin gran dificultad, logr6 vencer los escr6pulos de su novia, consiguiendo el cuchillo deseado, y con 6l cuidadosamente envuelto se encamin6 6 casa de la bruja 6 la hora se6alada. Recibi6lo sonriente *la Raposa* y entr6lo en su chiribitil, atrancando la desvencijada puerta. En un menudo anafe encendi6 fuego, en el que introdujo la punta del cuchillo, derramando sobre las vivas ascuas pu6ados de arom6ticas yerbas, mientras bailoteando alrededor del hornillo, pronunciaba ininteligibles palabras.

—J6rame—dijo al asombrado Juan Manuel—que cuando te cases con Daniela y los caudales del viejo sean vuestros, perdonar6is cuantas deudas hall6is pendientes de cobro: recibos, pagar6s, hipotecas..., cuanto pueda contribuir 6 aumentar con el agua de una l6grima los anchos mares que forman las que ya ha hecho derramar *el Seco*.

—¡Lo juro!—contest6 el muchacho emocionado.

—¡Si asf lo haces, Dios te lo premie, y si no, te lo demande!—termin6 *la Raposa* con la mayor solemnidad.

Tom6 el cuchillo, cuya hoja el fuego habfa pavonado filete6ndola de rojo, y dando un ligero golpe con 6l sobre una piedra, dobl6le la punta, sumergi6ndolo despu6s en el cantarillo del agua. Rebuf6 el candente hierro desplegando un air6n de vapor; apagado ya, lo sac6 la vieja y, envolvi6ndolo en el pa6uelo del mozo, di6selo 6 guardar, dici6ndole:

—Este es el amuleto por el poder de Dios. Ir6s 6 ver al *Seco*; cuando est6s ante 6l 6 solas sacar6s el cuchillo, y con 6l en la mano tornar6s 6 pedirle la de su sobrina. Te la negar6 de nuevo, y entonces t6 le dir6s estas solas palabras:

—Oye lo que te dice quien lo sabe: «Bien se puede doblar la voluntad de un hombre cuando hay golpes que doblan la punta de un cuchillo.»

Y sin m6s, entr6gaselo y vete...

Cuando *la Raposa* lleg6 6 casa del Cura, 6ste, que ya la esperaba, dijole sin m6s rodeos:

—Vamos 6 ver, *Raposa*: ¿es que vas 6 hacerme creer en brujas? ¿De cu6ndo ac6 esto de serlo t6? ¿Qu6 misterio es 6ste? ¿C6mo has conseguido que *el Seco* se ablande y consienta en la boda de esos chicos...; y, no s6lo esto, que ya es mucho, sino que d6 en la locura—que locura es en 6l—de perdonar deudas, romper recibos, cancelar hipotecas y dem6s maravillas por el estilo? Juan Manuel me ha confiado que todo te lo debe 6 ti; jura y perjura que

eres bruja de pies á cabeza, y que el milagro lo operó un amuleto que tú le diste: un cuchillo con la punta doblada... ¿Qué quiere decir todo esto?

—Pues esto quiere decir, señor Cura,—contestó *la Raposa* con gran calma — que yo no me he equivocado en mis juicios, y que en todo ello anda la mano de Dios. Ya sabe usted que yo, en mis mocedades, fui novia del *Seco*. Lo que no sabe usted, ni lo sabe él, ni lo sabe nadie, es por qué lo dejé, negándome á la boda. Á casarnos íbamos ya cuando á poco me lo matan los facciosos la noche que asaltaron el mesón... Cuando ya se repuso del susto y de los golpes recibidos, mis padres invitaronlo un día á comer, para arreglar de sobremesa los preparativos para nuestro casamiento... Pensativo estuvo Lesmes toda la comida, distraído, preocupado, jugueteando con el cuchillo del pan... Mi hermana, que gloria haya, niña entonces, se acercó á mí y me habló al oído... Yo solté la carcajada con su ocurrencia, cosas de criaturas, y la repetí en alta voz:

«Oye, Lesmes—le dije,— mira lo que pregunta la pequeña: que si te vas á volver afilador.»

«¿Y por qué pregunta esto esa chiquilla?»

«Dice que siempre que coges el cuchillo le enderezas la punta, como si estuviera torcida, estando, como está, bien derecha...»

Nos reímos todos... Todos menos él, que enmudeció, palideciendo; bañóse en sudor su frente, y levantándose iracundo, exclamó:

«¡Esta chiquilla es una charlatana, y si no fuera mirando á Dios, la estampaba contra la pared!»

¿Verdad, señor Cura, que no había para tanto?... Callamos todos; marchóse él; y yo sentí que, de pronto, cruzaba un rayo por mi mente; y lanzando un grito de locura, dije á mis padres:

«¡No, no!... ¡Yo no me caso con ese hombre!...»

Y no me casé, por más ruegos y amenazas que se pusieron en juego para hacerme cambiar de opinión, tanto por parte de él como por la de mis padres...

—Temiste su genio violento, su carácter impetuoso...

—¡Temí algo mucho peor, padre mío; temí, aunque á nadie dí cuenta de mis temores, callando como he callado hasta hoy, que casándome con Lesmes, iba á ser la mujer de un ladrón... y de un asesino!...

—¿Qué dices, *Raposa*?...

—De un asesino, padre... Usted habrá oído contar que al posadero, amo de Lesmes, lo mataron de una tremenda cuchillada en el corazón. Con tal fuerza se dió el golpe, que el cuchillo, que era de los ordinarios de cocina, después de atravesar el pecho, quedó clavado en el espinazo, de tal modo, que no se pudo arrancar de allí... por habersele doblado la punta como un anzuelo...

—¡Jesús!

—¡Desde que ocurrió lo que ocurrió en mi casa, siempre he creído que aquella puñalada la había dado *el Seco*, y que el asesino del mesonero había sido él!...

VICENTE DíEZ DE TEJADA.

## MIRTOS

Amor es niño, y sus manos,  
En que despierta la vida,  
guardan para cada herida  
Cien bálsamos soberanos.

Es muy rubio su cabello  
Y es su palabra sonrisa,  
Y es su aliento como brisa  
Que acaricia nuestro cuello.

Y en la roca  
Del desdén y del olvido,  
Siempre que pone su boca  
Un alma suspira loca:  
Loca de amor, porque toca  
Con el fuego que sofoca  
Dichas y ensueños de nido.

Amor es pajaritero,  
Y entre sus manos floridas  
Sangra y queda prisionero  
El calor de muchas vidas.

¡Carcelero,  
Rapaz, traidor y tirano!  
La suerte del mundo entero  
Está en tu mano.  
Sé con mi afán compasivo:  
Señala mi derrotero,  
Que yo quiero  
De la vida en el sendero  
Morir siendo tu cautivo  
Y en ti revivir si muero.

RODOLFO GIL.

# LA PIANOLA



## Opinión del célebre tenor Macnez.

*Ebbi occasione di visitare il magnifico Salone Aeolian di proprietà del Sr. Campos il quale volle gentilmente accompagnarmi al piano una romanza per mezzo della famosa Pianola -*

*La mia sorpresa fu grande nel riscontrare che detto congegno meccanico poteva intenerci perfetto accompagnamento anche guidato da persona che non sappia di musica. Un bambino può intender senza alcuna difficoltà e habitarla prontamente perfettamente. Per questo mi compiacco in lasciare questa mia dichiarazione al Sr. Campos con auguri di affari.*

*Umberto Macnez*

## TRADUCCIÓN

Tuve ocasión de visitar el magnífico **Salón Aeolian**, propiedad del Sr. Campos, el cual, con su amabilidad acostumbrada, quiso acompañarme al Piano una Romanza con la famosa **Pianola**.

Me sorprendió fué grande al conocer que dicha concepción mecánica pudiese producir un perfecto acompañamiento, aunque éste sea producido por persona que no sepa música.

Un niño puede sobresalir en el manejo de este instrumento, sin ninguna dificultad, y aparecer como un pianista perfecto.

Por esta razón me complazco en expresar esta declaración mía, ofreciéndosela al señor R. Campos con augurios de grandes éxitos en sus negocios.

UMBERTO MACNEZ.

**SALÓN**

PROVEEDOR DE

**SALÓN**  
**R. CAMPOS**



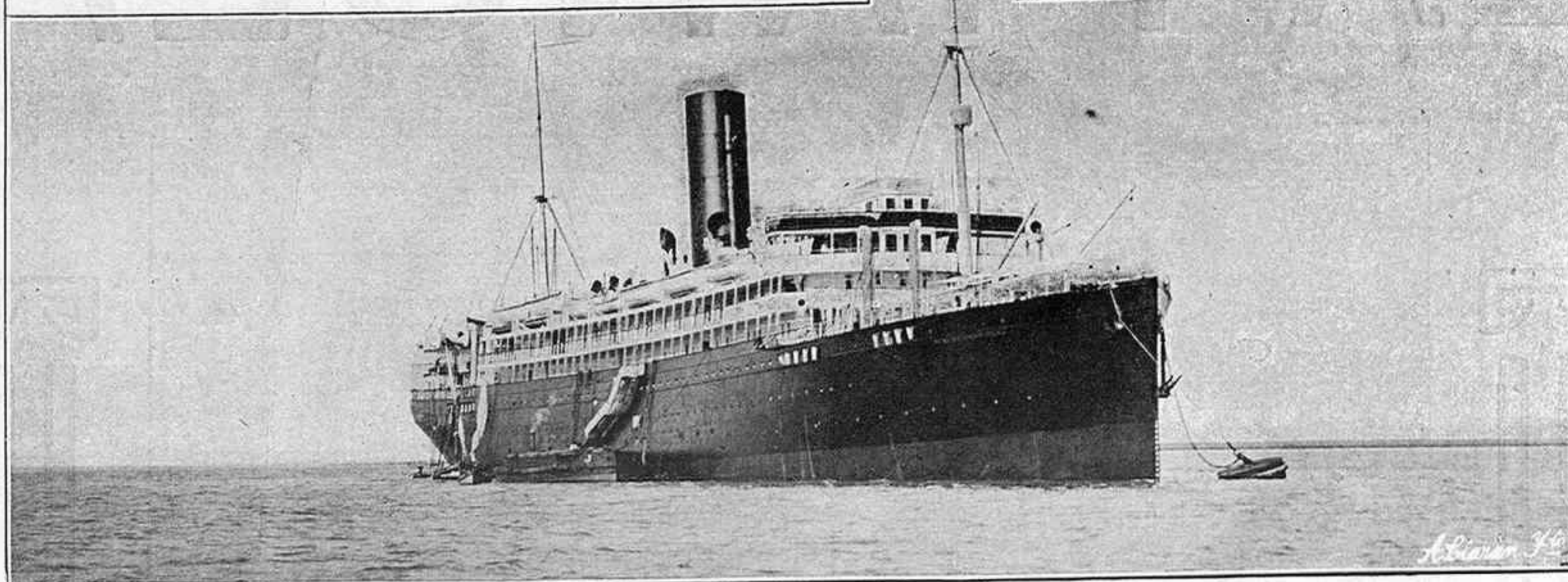
**AEOLIAN**

LA REAL CASA

**AEOLIAN**  
Nicolás María Rivero, 11.-MADRID

Servicios de la COMPAÑÍA

TRASATLÁNTICA



Vapor «Reina Victoria Eugenia», de nuestra Compañía.

**Línea de Buenos Aires.**—Servicio mensual, saliendo de Barcelona, Málaga y Cádiz, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso, desde Buenos Aires y Montevideo, directamente para Canarias, Cádiz y Barcelona. Combinación, por transbordo en Cádiz, con los puertos de Galicia y Norte de España.

**Línea de New - York - Cuba - Méjico.**—Servicio mensual, saliendo de Génova, Nápoles, Barcelona, Málaga y Cádiz, directamente para New-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico. Regreso de Veracruz y Habana, directamente para New-York, Cádiz, Barcelona y Génova. Se admite pasaje y carga para puertos del Pacífico, con transbordo en Puerto Méjico, así como para Tampico, con transbordo en Veracruz.

**Línea de Cuba - Méjico.**—Servicio mensual á Habana, Veracruz y Tampico, saliendo de Bilbao, Santander, Gijón y Coruña, directamente para Habana, Veracruz y Tampico. Salidas de Tampico, Veracruz y Habana, directamente para Coruña y Santander. Se admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico, con transbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela-Colombia.

Para este servicio rigen rebajas especiales en pasajes de ida y vuelta, y también precios convencionales para camarotes de lujo.

**Línea de Venezuela - Colombia.**—Servicio mensual, saliendo de Barcelona, Valencia, Málaga y Cádiz, directamente para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Puerto Plata (facultativa), Habana, Puerto Limón y Colón, de donde salen los vapores para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, etc. Se admite pasaje y carga para Veracruz y Tampico, con transbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las Compañías de Navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. También carga para Maracaibo y Coro, con transbordo en Curaçao, y para Cumaná, Carúpano y Trinidad, con transbordo en Puerto Cabello.

**Línea de Filipinas.**—Trece viajes anuales, arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, para salir de Barcelona cada cuatro semanas directamente para Port-Said, Suez, Colombo, Singapore, Ilo-Ilo y Manila. Salidas de Manila cada cuatro semanas, asimismo, directamente para Singapore y demás escalas intermedias que á la ida, hasta Barcelona, prosiguiendo el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por transbordo para y de los puertos de la Costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

**Línea de Fernando Póo.**—Servicio mensual, saliendo de Barcelona, Valencia, Alicante y Cádiz, directamente para Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de África.

Regreso de Fernando Póo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo; servicios por líneas regulares. La Empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques.

**AVISOS IMPORTANTES.**—Rebajas en los fletes de exportación.—La Compañía hace rebajas de 30 % en los fletes de determinados artículos, de acuerdo con las vigentes disposiciones para el servicio de Comunicaciones Marítimas.

**SERVICIOS COMERCIALES.**—La Sección que de estos servicios tiene establecida la Compañía se encarga de trabajar en Ultramar los Muestrarios que le sean entregados, y de la colocación de los artículos cuya venta, como ensayo, deseen hacer los exportadores.

# LA MODA ELEGANTE



(Modelos Green.)

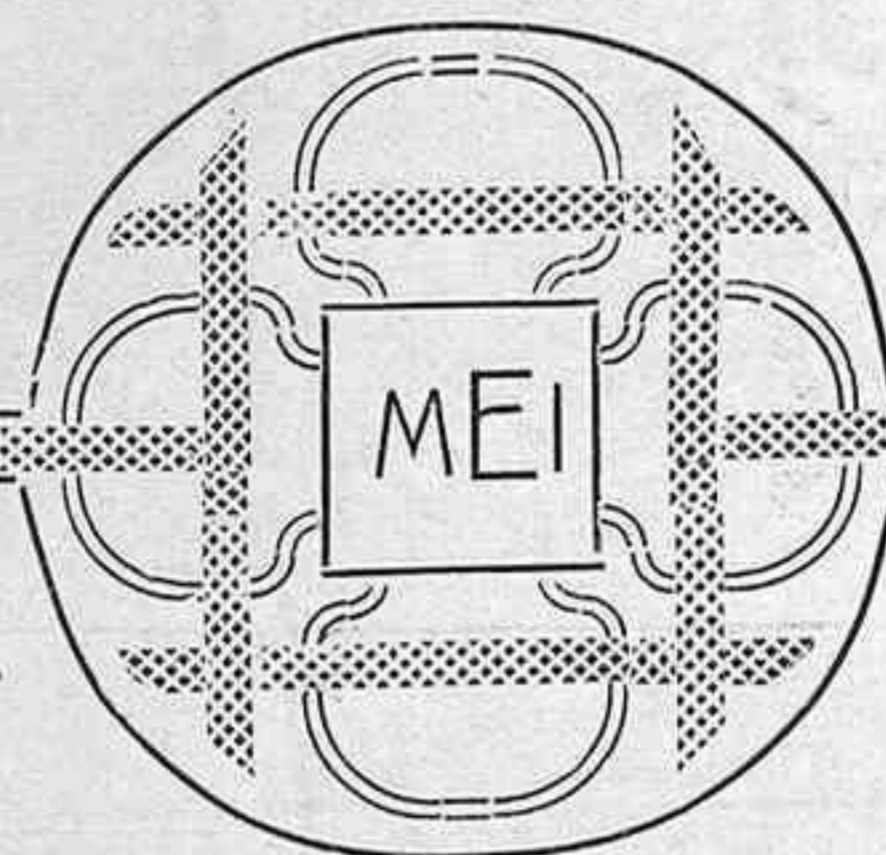
ÚLTIMAS NOVEDADES DE PARÍS

Fotografías de Henri Manuel.—PARIS

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

... PERIÓDICO ESPECIAL ...  
DE SEÑORAS Y SEÑORITAS

... SE PUBLICA LOS DÍAS ...  
6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES



AÑO LXXIII

AÑO LXXIII

## PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

### EN MADRID EDICIÓN DE LUJO (Única completa)

Un año . . . . .	36	pesetas.
Seis meses . . . . .	18	»
Tres meses . . . . .	9	»
Un mes . . . . .	3	»

### EDICIONES ECONÓMICAS

#### SEGUNDA EDICIÓN

Un año . . . . .	24	pesetas.
Seis meses . . . . .	12	»
Tres meses . . . . .	6	»
Un mes . . . . .	2	»

#### TERCERA EDICIÓN

Un año . . . . .	18	pesetas.
Seis meses . . . . .	9	»
Tres meses . . . . .	4,50	»
Un mes . . . . .	1,50	»

#### CUARTA EDICIÓN

Un año . . . . .	12	pesetas.
Seis meses . . . . .	6	»
Tres meses . . . . .	3	»
Un mes . . . . .	1	»

### EN PROVINCIAS EDICIÓN DE LUJO (Única completa.)

Un año . . . . .	40	pesetas.
Seis meses . . . . .	21	»
Tres meses . . . . .	11	»

### EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal)

#### SEGUNDA EDICIÓN

Un año . . . . .	24	pesetas.
Seis meses . . . . .	12	»
Tres meses . . . . .	8	»

#### TERCERA EDICIÓN

Un año . . . . .	18	pesetas.
Seis meses . . . . .	9	»
Tres meses . . . . .	5	»

#### CUARTA EDICIÓN

Un año . . . . .	14	pesetas.
Seis meses . . . . .	7	»
Tres meses . . . . .	4	»

## DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, 50 francos.—Seis meses, 26.—Tres meses, 14.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las subscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.  
Tanto de *La Moda Elegante Ilustrada* como la *La Ilustración Española y Americana*, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

**Administración: Preciados, 46, Madrid.**



20 Dics 413



MARIANO  
FELEZ =

A. Bianchi 34

11